

Los grandes
interrogantes de
LA RELIGION

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
profesor de Sagrada Escritura

Los grandes interrogantes de LA RELIGION

Introducción a La Biblia y a la Teología

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 34 Sevilla-3

BEATISSIMO MARTIN MARTIN

profesor de Sagrada Escritura

Los grandes interrogantes de LA RELIGION

Tratado de Teología y Filosofía

NIHIL OBSTAT

Antonio Martín Llamas Lic. en S. E.

Zamora, 1º Junio 1983

IMPRIMATUR

Lic. Benito Pelaez

Vicario General

I.B.S.N. 84-86162-23-8

Depósito Legal: B. 29.020 - 1983

Printed in Spain

Impreso en España

PROLOGO

Este libro presenta una serie de interrogantes transcendentales con sus respuestas respectivas, que comprenden lo básico o más esencial de la religión católica, lo que me ha movido a plantear el estudio de la Teología, la cual tiene su fundamento en la Biblia.

A todos en esta vida, con más o menos cultura, al contemplar la naturaleza y tratar de explicar el origen de las cosas, se nos presentan dudas, y no puede uno menos de ir preguntando: ¿Por qué es esto así? ¿Por qué existe el mundo? ¿Para qué estoy yo en él? ¿Qué hay más allá de la muerte?... y como después de estos y otros muchos interrogantes y del último «porqué» está Dios, que es el que nos puede dar una respuesta satisfactoria, de aquí que el presente libro que os ofrezco, venga a ser una práctica *Introducción a la Teología y a la Biblia*, cuyo valor, tanto de la una como de la otra, queda resaltado, por cuanto nos proporcionan a la luz de la razón y de la revelación la solución a todos los problemas que planteamos.

Otro libro, que iba a ir unido a éste por la importancia de los estudios bíblicos, lo presento aparte, y es el que, agotado ya en su 4.^a edición, seguirá apareciendo con nuevos temas (relacionados con el Antiguo y Nuevo Testamento) y con el título: *La Biblia a tu alcance* propio para «cursillos bíblicos» y para ir formando una nueva generación con mentalidad verdaderamente bíblica.

Para que el lector se dé cuenta del por qué de los interrogantes de este libro y de su contenido, le ruego vea primero la «introducción» que sigue, y luego los nuevos temas que figuran en el «índice».

Mi finalidad es dar, tanto en el anterior libro citado como en éste, ideas claras, útiles y provechosas para conseguir que los estudiosos adquieran una formación profundamente religiosa.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, 15 de mayo de 1983.

INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA Y A LA TEOLOGÍA

La Biblia o Sagrada Escritura es la palabra de Dios, el libro de la revelación, que trata de Jesucristo y de las verdades que debemos creer para salvarnos, y a la Teología, que se fundamenta en la Biblia unida a la Tradición, le compete exponer, declarar y explicar la revelación y sacar consecuencias prácticas a la luz de la razón y de la fe.

La palabra «Teología» se ve desestimada por muchos en nuestros días, y esto es debido a la ignorancia reinante. Sólo los hombres cultos saben apreciar esta ciencia, debido a las grandes enseñanzas y a su excelsa doctrina basada en principios ciertísimos suministrados por la revelación sobrenatural.

Para comprender el valor de la Teología, tenemos antes que entender los siguientes términos que van concatenados y relacionados todos entre sí: *Teología, Dios, Revelación, Tradición, Biblia, Iglesia y su Magisterio, Jesucristo, fe cristiana, fin del hombre, vida futura, la religión verdadera*, siendo ante todo, como lo más esencial, el saber quién es JESUCRISTO.

Empezaremos por dar una idea general del cauce a seguir en este estudio bíblico-teológico.

He aquí los grandes principios o serie de interrogantes transcendentales que debemos tener en cuenta y a los que les iremos luego dando una amplia contestación.

1.º ¿Qué es la teología?

La teología (palabra compuesta de *zeos* = Dios y *logos* = trata-do, discurso o ciencia) es la ciencia o conocimiento acerca de Dios.

Si la teología trata de Dios, surgen estas otras cuestiones o preguntas:

2.º ¿Existe Dios? ¿Quién es Dios...?

Si de hecho afirmamos que existe y que es un ser eterno, omnipotente y creador de cielos y tierra, etc., tenemos que saber: *cómo llegar a su conocimiento*.

Y como a esto tenemos que responder que lo sabemos por la razón y la revelación divina, surge otra nueva pregunta:

3.º ¿Qué es la revelación divina...?

Como la revelación procede de Dios, y en consecuencia es una «locución de Dios», pues Él nos ha hablado y manifestado sus hechos y dichos o palabras, y a esto tenemos que preguntar: *cómo nos ha hablado Dios y dónde se hallan esos hechos y palabras que nos ha revelado Él.*

Tenemos que recurrir a la Tradición y a la Biblia, y por tanto preguntamos otra vez:

4.º ¿Qué es la tradición? ¿De dónde parte...?

5.º ¿Qué es la Biblia?

La Biblia es el libro de la revelación divina, libro que contiene y es la palabra de Dios, y como para saberlo tenemos que recurrir no sólo a la Tradición en sí, sino al Magisterio de la Iglesia.

De aquí esta nueva pregunta:

6.º ¿Qué es la Iglesia y cuál su Magisterio?

Y como la Iglesia, así como su Magisterio han sido fundados por Jesucristo, una vez hecha la explicación oportuna.

Surge, como es natural, esta pregunta:

7.º ¿Quién es Jesucristo?

Esta pregunta es la clave de todo. Jesucristo es la Palabra eterna del Padre, y de Él tenemos una idea más completa diciendo con el Vaticano II:

«JESUCRISTO es la palabra hecha carne, "hombre enviado a los hombres", que habla las palabras de Dios (Jn. 3, 34) y realiza la obra de salvación que el Padre le encargó. (Jn. 5, 36; 17, 4.)

«Quien ve a Jesucristo, ve al Padre». (Jn. 14, 9); Él con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de «la Verdad, lleva a la plenitud toda revelación...». (DV. 4.)

Jesucristo, como veremos, es una persona histórica, que estableció en la tierra el reino de Dios, y se manifestó a Sí mismo como

Dios y como hombre a la vez, y con sus palabras y milagros nos dio a conocer a Dios como Padre y también cuantas verdades debemos creer.

De aquí el que tengamos que preguntar:

8.º ¿Qué es fe cristiana?

Conviene antes notar que por ser Jesucristo, fuente y plenitud de la revelación, surge esta cuestión fundamental, que es la que plantea la teología cristiana, y es el verdadero problema de la fe:

¿Quién es este hombre?, a saber, Jesús de Nazaret, para que creamos en Él? (Mc. 4, 41), y así podremos decir, con mayor exactitud:

Fe cristiana es creer en Jesucristo, aceptar su persona y su doctrina. Y como por ser la Escritura palabra de Dios, la fe consiste en dar una respuesta favorable a Dios que nos habla.

Al hablarnos Jesucristo de la «vida eterna» (Mt. 19, 17) y decirnos: *El que creyere (el Evangelio) y se bautizare, se salvará.* (Mc. 16, 16.)

Esto nos hace pensar en la vida presente y en el más allá de la muerte, y cabe hacer estas siguientes preguntas:

9.º ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Para qué estoy en este mundo? ¿Hay otra vida después de ésta...?

10. ¿Cuál es la religión que debo profesar para salvarme?

La respuesta a los diez grandes interrogantes dichos, no sólo a la luz de la razón, sino, principalmente, a la luz de la fe, nos marca a todos el camino que conduce a la verdadera felicidad.

En consecuencia: Todas estas diez preguntas que hemos hecho, o principios establecidos, son básicos para comprender el lenguaje de la teología en su plenitud, pues todos guardan relación entre sí.

Empezaremos por hacer una breve exposición de cada una de estas diez preguntas o temas a que nos hemos referido, y que forzosamente tenemos que irlos relacionando, y una vez entendidos, sabremos leer con más provecho la Sagrada Escritura, la palabra de Dios, que con la Tradición y el Magisterio de la Iglesia son el fundamento de la teología.

1.º ¿QUÉ ES LA TEOLOGÍA?

La teología, etimológicamente hablando, es lo mismo que ciencia o conocimiento de Dios; mas como este conocimiento acerca de Dios, puede conseguirse de dos maneras,

— una, *por medio de la sola razón natural*, apoyándonos en las cosas de este mundo, en cuanto ellas hacen elevar nuestra mente al Artífice que las ha hecho.

— y otra, *por medio de la revelación divina o sobrenatural...*, de aquí que la teología la podamos dividir en *teología natural* y *sobrenatural*, las cuales se distinguen fácilmente entre sí.

La *teología natural* (llamada también «Teodicea») es la que tiene como principio de conocimiento *la razón natural*, y como medio para conocer a Dios *las cosas creadas*.

La *teología sobrenatural* es la que tiene como principio cognoscitivo *la razón iluminada por la fe*, y como medio de conocimiento *la revelación*. Esta es la que merece el nombre de verdadera teología.

¿Qué es, pues, la verdadera teología?

Es una ciencia que trata de Dios y de las cosas relacionadas con Él a la luz de la revelación sobrenatural.

Según Santo Tomás de Aquino, en la teología o doctrina sagrada todo se estudia por relación a Dios...; Dios es el objeto de esta ciencia...

La verdadera teología, llamada «Teología de salvación», trata de Dios y tiene por objeto la investigación científica de Dios mismo: *Dios Creador, Dios Salvador y Dios Santificador*

— La teología es verdadera ciencia, porque parte de «principios» o verdades fundamentales absolutamente ciertas, las verdades reveladas; y saca de ellas, mediante un método de argumentación estrictamente científico, nuevos conocimientos, las conclusiones teológicas...

— La teología se eleva por encima de las otras ciencias por la excelstitud de su objeto, por la suprema certeza de sus conocimientos, que se fundan en el saber infalible de Dios, y por su ordenación directa al Supremo fin del hombre.

— La teología es, según Santo Tomás, ciencia especulativa y práctica al mismo tiempo, pues por una parte estudia a Dios, verdad suprema, y a todas las criaturas en sus relaciones con Dios, y por otra estudia también, siempre a la luz de la verdad divina, la conducta moral del hombre en orden a su último fin sobrenatural.

— La teología es sabiduría, pues *estudia la causa profundísima y última de todas las cosas*. Es la suprema sabiduría, porque considera esa última causa a la luz de la verdad revelada por el mismo saber de Dios. (St. Th. I, 1, 2-4.)

La Biblia y la teología

La verdadera teología es la que tiene su fundamento en la Escritura y en la Tradición apostólica o interpretación dada por el Magisterio de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II nos lo dice así:

«La teología se apoya, como en cimiento perdurable, en la Sagrada Escritura unida a la Tradición... La Sagrada Escritura contiene la palabra de Dios, y en cuanto inspirada es realmente palabra de Dios; por eso la Escritura debe ser el alma de la teología.» (DV. 24.)

Si, pues, la verdadera teología tiene su fundamento en la Biblia o palabra de Dios, no merecerá el nombre de «teología» la que carezca del fundamento bíblico.

La teología y la fe

Después de lo expuesto podemos decir también que la revelación está contenida íntegramente en la Biblia y la Tradición, y como cuando Dios revela, el hombre por la fe debe asentir a lo que Dios le ha revelado, tenemos que reconocer cierta relación entre la teología y la fe, porque la teología y la fe presuponen la revelación.

— *La fe presupone la revelación*, pero en ella se detiene para simplemente aceptarla y creerla.

— *La teología presupone también la revelación*, pero, una vez aceptada y creída por la fe, trata de sacar de ella sus consecuencias.

La teología, en cuanto *ciencia* de la fe, tiene también un principio cognoscitivo especial, a saber, la *razón humana*, con la cual procura penetrar y comprender en lo posible el contenido y la conexión de las verdades sobrenaturales.

La pregunta de San Agustín

San Agustín se hace esta pregunta interesante: «¿Cuáles son las mutuas relaciones entre fe y conocimiento?» Y su respuesta viene a ser ésta: «Entiende para creer y cree para entender.»

Aunque parezca a primera vista una frase contradictoria, tenemos que ver armonía entre la ciencia y la fe. Por la «fe de las verdades reveladas por Dios» se llega al claro y exacto conocimiento de Dios. Por eso dice San Agustín: «*Para entender es necesario antes creer*» (credo ut intelligam). Y San Anselmo de Caterbury: «Cuanto más nos nutrimos con la fe, tanto más nos satisfacemos con la inteligencia de las cosas.» La fe es el principio de todo sublime conocimiento acerca de Dios. Cuando digo, pues «creo», me sitúo en la fe *para poder*, por el pensamiento, penetrar en el contenido de la fe, y también por los datos de la misma fe puede uno llegar al conocimiento.

También es cierto que *para creer* hay que *entender primero* el sentido lógico de lo que se cree (intelligo ut credam)...

La fe se asemeja a un telescopio, con el cual se ven muchas cosas que no alcanza la simple vista; con la fe se alcanzan las que no se perciben con sola la razón.

¿Cómo ha de enseñarse la teología?

El Concilio Vaticano II en el «Decreto OT», dice: «Las disciplinas teológicas han de enseñarse, a la luz de la fe, bajo la dirección del Magisterio de la Iglesia, de tal forma que los alumnos reciban con toda exactitud de la divina revelación la doctrina católica.»

Fórmense con especial diligencia en el estudio de la Sagrada Escritura, la cual debe ser como el alma de toda la teología...

Dispóngase la enseñanza de la teología dogmática de manera que en primer lugar se propongan los temas bíblicos; expóngase luego a los alumnos la contribución que las Padres de la Iglesia del Oriente y del Occidente han aportado en la fiel transmisión y comprensión a cada una de las verdades de la Revelación...» (OT. 16.)

La evolución del dogma

El dogma es inmutable y la razón de su inmutabilidad reside en el origen divino de la verdad que él expresa. La verdad divina es inmutable lo mismo que Dios: «La verdad de Yahvé dura eternamente.» (Sal. 117, 2.) «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.» (Mc. 13, 31.)

Por tanto, el contenido de los dogmas no puede cambiar con el curso del tiempo, como dijeron los protestantes liberales (Harnack) y el modernismo (A. Loysi), ni hay que reformar los conceptos de la doctrina católica acerca de Dios, la creación, la revelación, la persona del Verbo encarnado, la redención..., ni tampoco acerca del pecado original, la inspiración bíblica, etc.

Pío XII condenó el *relativismo* dogmático, que exige que los dogmas se expresen en conceptos tomados de la filosofía predominante de cada época y que sigan también el curso de la evolución filosófica: «Semejante teoría convierte al dogma en una caña agitada por los vientos.» (*Humani generis*, Dz. 3012.)

Para más clara inteligencia por parte de todos y para evitar malentendidos y falsas interpretaciones, las verdades antiguas, creídas desde siempre, se proponen por medio de nuevos y bien precisos conceptos.

Los santos Padres ya pusieron de relieve la necesidad de profundizar en el conocimiento de las verdades reveladas, de disipar las oscuridades y hacer progresar la doctrina de la revelación.

Veamos el testimonio clásico de Vicente de Lérins, antes del año 450: «Pero tal vez diga alguno: ¿Luego no habrá en la Iglesia de Cristo progreso alguno de la religión? Ciertamente existe ese progreso y muy gran progreso... Pero tiene que ser verdadero progreso en la fe, no alteración de la misma. Pues es propio del progreso que algo crezca en sí mismo, mientras lo propio de la alteración es transformar una cosa en otra.» (Dz. 1800.)

Hay verdades que hasta un momento determinado solamente se creían de forma implícita, y luego se llegan a conocer explícitamente y son propuestas a los fieles para su creencia en ellas...

Existe también un progreso en el conocimiento que va adquiriendo de la fe cada uno de los fieles, según se va ampliando y profundizando su saber teológico.

La razón por la que es posible dicho progreso radica, por un lado, en la profundidad de las verdades de la fe y, por otro, en la capacidad que tiene de perfeccionarse el conocimiento humano.

Al magisterio de la Iglesia corresponde conservar íntegro el depósito de las verdades reveladas y darles una interpretación infalible. (Dz. 1800.)

2.º ¿EXISTE DIOS?

Corrientes racionalistas y ateas

Como la Teología todo lo estudia con relación a Dios, no faltan en nuestros días corrientes racionalistas y ateas que niegan la posibilidad de hablar científicamente de Dios, y quieren que se deje a un lado todo estudio de la teología, porque, siguiendo a Karl Marx, dicen que «desvía al hombre de la consideración de este mundo».

Por esta causa algunos se oponen a las verdaderas pruebas con las que se demuestra con toda claridad la existencia de Dios, como es vg. el principio evidente de causalidad, que establece que por medio de los efectos podemos llegar al conocimiento de su causa.

Estos suelen terminar recurriendo a las teorías de los juegos lingüísticos o a las teorías «no cognoscitavas» y «cognoscitivas»... y de este modo consiguen embrollar las ideas, no resolver la cuestión y así logran desviar del concepto de la verdadera teología.

«El ateísmo, ha dicho el Concilio Vaticano II, es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo.» (GS. 19.)

El origen de la idea de Dios

Como en la «Historia de las religiones» se ha llegado a plantear esta cuestión del «origen de la idea de Dios», aquí nos limitaremos a decir que no es admisible la doctrina marxista que sitúa en la ignorancia y el miedo el origen de la idea de Dios y de la misma religión.

Teorías parecidas han planteado algunos racionalistas, pero son inadmisibles. Lo que sí puede suceder es que el miedo o la ignorancia acompañen el fenómeno o hecho religioso, ya porque éste no se ha estudiado debidamente, ya porque no se vive en toda su pureza.

Dios, como diremos, se nos manifiesta a través de las cosas creadas, pues Él es el único ser necesario, eterno y creador de cuanto existe, y especialmente se nos manifiesta en la Biblia, el libro de la revelación divina.

Este mundo sólo tiene explicación porque existe Dios pues la existencia de las cosas no tienen razón de ser en sí misma, sino que todo lo creado nos remite al mismo Dios Creador.

San Agustín, en el magnífico pasaje del ascenso por medio de todas las criaturas, para encontrar al Creador, nos lo dice así: «Pregunté a la tierra, si era Dios, y ella dijo: "No lo soy (no soy Dios)"... pregunté al mar... a los vientos... al cielo hablé a todas las cosas que estaban esparci'as ante mis sentidos: "¡Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de Él!" Y con voz fuerte exclamaron todas: "Él nos ha hecho."» (Véase pág. 102, *Fenomenología del hecho religioso*.)

¿Existen hombres ateos?

Al preguntar si existen hombres *ateos*, queremos decir que si hay hombres que nieguen la existencia de Dios.

Yo diría que difícilmente existen verdaderos ateos que nieguen a sangre fría y con convicción la existencia de Dios.

Lo que si hay son: 1) *ateos prácticos*, es decir, hombres que admiten que Dios existe, pero desgraciadamente viven como si Dios no existiera;

2) *ateos de corazón*, que temen haya un Dios que pueda castigarlos y desearían que no existiera, a fin de poder entregarse libremente a sus pasiones, y

3) *ateos de espíritu*, o sea, los que engañados por sofismas, creen que no hay Dios.

De entre estos, unos son *excépticos*, otros *agnósticos*, que dicen que todavía no se ha demostrado eficazmente la existencia de Dios o que la idea de Dios no es demostrable...

Muchos de los ateos en nuestros días, sin duda por estar imbuidos en principios filosóficos agnósticos, apartan sistemáticamente su mente de la consideración de los argumentos que prueban la existencia de Dios, y la dirigen hacia los que más bien la combaten, y debido a esto restringen todo conocimiento científico dentro de los límites de las cosas sensibles y fenomenalísticas.

Séneca decía: «Mienten quienes dicen que están convencidos de que Dios no existe, pues aunque te lo afirmen de día, sin embargo de noche, y cuando se ven solos, comienzan a dudar.»

«En esto consiste el pecado más grande —dice Tertuliano—, en no querer reconocer a Aquel a quien no se puede ignorar.» (Apol. c. 17.)

Nota:

Las causas del ateísmo las podemos reducir al *orgullo*, que oscurece la

razón, y a la *corrupción del corazón*. No faltan blasfemos en nuestros días, que son dignos de compasión, porque no saben lo que hacen. La blasfemia no deja de ser una palabra injuriosa contra Dios y un pecado gravísimo que sólo la ignorancia puede excusar. La blasfemia es señal de bajeza, de poca cultura y de falta de educación. Véase cómo era castigada en la Antigua Ley. (Lev. 24, 16.)

¿Cómo demostrar que existe Dios?

Para demostrar que existe Dios podemos valernos de la razón humana, o sea, de nuestras fuerzas naturales, y de la revelación divina.

Hemos de empezar por los sencillos argumentos de razón, y si cito algún texto tomado de la Biblia hemos de considerar aquí a este libro como histórico simplemente (ya se demostrará por la revelación que es un libro divino, inspirado por Dios).

La razón humana nos dice que existe un ser perfectísimo, ser supremo, infinito, completamente independiente de las criaturas, el cual es al mismo tiempo causa eficiente y final de todas las cosas. Todo esto es demostrable en Filosofía.

El Concilio Vaticano I condenó el tradicionalismo rígido y el agnosticismo de cualquier clase con estas palabras: «La misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana partiendo de las cosas creadas.» (Dz. 1785.)

LA EXISTENCIA DE UN SER SUPREMO

Principio inconcuso

Tenemos que empezar por admitir que siempre ha existido algo *eterno e increado*, es decir, un ser necesario, a quien nadie ha creado y que existe por la fuerza de su propia naturaleza.

Y si alguno pone en duda o niega la existencia de ese ser eterno, al que llamamos Dios, díganos cuál es la causa primera de todos los seres existentes.

Tú has tenido unos padres, y éstos otros... ¿De dónde vinieron los primeros de todos...? Es evidente que si Dios el ser eterno no existiera, tampoco nosotros, ni el cielo y la tierra existirían. Luego la causa primera del universo es Dios.

Pruebas de razón

Preguntemos primero: *¿Quién es Dios?* Por Dios entendemos el Ser Supremo y eterno, creador de todas las cosas. Y *¿cómo puedo yo conocer la existencia de ese Ser Supremo, independiente del mundo?*

1.º *Por las cosas creadas.* Por las cosas que vemos en el mundo, conocemos un Ser Superior que las ha hecho.

En la Sagrada Escritura (considerada como libro histórico) tenemos estos claros testimonios:

1) *Por la Sabiduría (13, 1-9) donde se dice: «Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?».*

Aquí se nos dice que los paganos pudieron conocer la existencia de Dios, y porque carecen de esta ciencia los reprende llamándolos *vanos, necios...*, pues pudieron conocer a Dios con el mismo entendimiento que conocen las cosas de este mundo, las cuales se pueden conocer con la luz de la sola razón natural, y *por medio* de ellas, por el mundo visible que nos rodea, por la grandeza y hermosura de las cosas creadas pudieron llegar al conocimiento de su Hacedor.

2) *Por la carta de San Pablo a los Romanos (1,18 ss): «Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo... En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó: porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias..., y alardeando de sabios, se hicieron necios...»*

En este texto se ve también claramente como los paganos no sólo pudieron, sino que de hecho conocieron a Dios y no le glorificaron y por eso son inexcusables y dignos de represión. El *eterno poder y la divinidad* son cognoscibles mediante las criaturas por la sola razón natural sin otro auxilio sobrenatural.

3) *Por el conocimiento de la ley natural mediante la propia conciencia*, es decir Dios ha grabado su ley en nuestros corazones, por eso dice el apóstol:

«En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin ley cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí uno y otro se acusan o se excusan». (Rom. 2, 14-15).

Los paganos, aun cuando no tienen una ley escrita como la tienen los judíos, sin embargo experimentan en su interior la obligación de observar la ley natural grabada por Dios, lo que supone ya cierto conocimiento más o menos confuso de Él como legislador.

4) *Por la razón teológica.* Es una confirmación de lo dicho, pues el objeto de nuestros sentidos son las cosas sensibles o los fenómenos; pero lo propio del entendimiento humano es penetrar en las *causas últimas de las cosas*. Ahora bien, las cosas sensibles, como contingentes o producidas que son, exigen una causa última necesaria; y esta causa última y necesaria, de la que todo depende y a la que todo tiende, es el Ser que necesariamente existe.

Luego fácilmente se deduce que el entendimiento humano puede llegar a conocer con certeza la existencia de Dios. St. 1, q. 12, a. 12).

Consecuencia lógica

Después de lo dicho, no cabe duda que los cuerpos celestes y terrestres que vemos, nos obligan a admitir la existencia de Dios.

Las estrellas del cielo, y la tierra con sus criaturas *no pueden haberse originado por sí mismas*, ni los astros pueden moverse en los cielos por sí mismos.

La existencia de los cuerpos celestes, ¿acaso no es bastante para concluir afirmando la existencia de Dios?

«*Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó?*» (Is. 40, 25). ¿Quién no ve que las estrellas del firmamento manifiestan la omnipotencia de Dios, y que las inmensas riquezas de la creación muestran su bondad?

En realidad este mundo no puede haberse formado por sí mismo, como ni una ciudad haberse edificado por sí.

No hay efecto sin causa. Si vemos una casa, un cuadro, una estatua, inmediatamente se nos ocurre la idea de un albañil, de un pintor, de un escultor que hayan hecho esas obras. Una obra supone un obrero. Un reloj supone un relojero..., así el mundo supone y prueba la existencia de Dios, causa primera de todos los seres.

Narración:

Un día, durante la revolución de 1793, el impío Carrier decía a un campesino de Nantes:

—Nosotros vamos a derribar vuestros campanarios y vuestras iglesias.

—Es posible —contestó el campesino—, pero *nos dejaréis las estrellas*, y mientras este *alfabeto del buen Dios* exista, nos servirá para enseñar a nuestros hijos a deletrear su nombre adorable.

Así para probar que Dios existe, no hay necesidad de largos discursos: basta abrir los ojos y contemplar las maravillas de la creación. (Hillaire. La Rel. demostrada.)

Todas las cosas nos hablan de Dios: «*Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves del aire, y te lo dirán; a los reptiles de la tierra y te instruirán, y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de*

Dios que es el Dueño de todo viviente; y el espíritu de todos los hombres?» (Job 12, 7-10).

Sólo Dios es el que existe *por sí mismo*. Como dijo a Moisés en la zarza encendida: «YO SOY, Yahvé, el que es». Yo soy por mi esencia. Todos los demás seres reciben el que tienen de Dios.

Ejemplo práctico del astrónomo y el globo

El célebre astrónomo Atanasio Kircher, fallecido en Roma el año 1680, tenía un amigo que negaba la existencia de Dios y afirmaba con frecuencia que los cuerpos celestes se habían producido por sí mismos.

En una de las visitas que hizo al astrónomo, observó en un rincón de la estancia de éste un globo labrado con arte exquisito, por lo que preguntó a Kircher: «¿Quién ha hecho este hermoso globo?». Respondió el astrónomo: «No lo ha hecho nadie; se ha producido por sí mismo».

El amigo tomó a mal esta contestación, por lo cual añadió el sabio: «Si las inmensas esferas celestes se han hecho por sí mismas, ¿por qué no habrá podido hacerse por sí misma esta pequeñísima esfera?».

Con esta respuesta quedó muy pensativo el amigo incrédulo, que llegó por fin a reconocer que su argumento carecía de toda fuerza.

2.º Por el movimiento, el orden y los seres vivientes del mundo

1) *El mundo se mueve*; por consiguiente, debe existir un Motor. Y, ¿quién es ese motor sino Dios? La ciencia demuestra que la materia es inerte, y que ningún cuerpo puede ponerse en movimiento por sí mismo; en consecuencia, existe un ser infinitivo que imprime movimiento a todo el universo, y Él es su Supremo-Ordenador. Y como todo movimiento supone un motor es necesario llegar a un *primer motor inmóvil*, y este motor inmóvil, motor también eterno y necesario que pone todo en movimiento no es otro que Dios.

Si la tierra, el sol, la luna y las estrellas recorren órbitas inmensas sin chocar jamás unas con otras, si la misma tierra es un globo colosal de cuarenta mil kilómetros de circunferencia, que realiza, según afirman los astrónomos, una rotación completa sobre sí mismo en el espacio de un día, moviéndose los puntos situados sobre el ecuador con la velocidad de *veintiocho kilómetros por minuto...*, todo nos proclama la existencia de un movimiento, y como todo movimiento suponga un motor, ¿quién puede ser este motor sino Dios?

2) *El orden que reina en el mundo*, supone una causa superior inteligente. Todos vemos que en el universo reina el orden más perfecto: cada cosa está en su sitio. El día sucede a la noche, y ésta a aquél; las estaciones suceden a las estaciones. La tierra, los cielos, las estrellas y los diversos elementos del universo, todo concurre a la armonía maravillosa del conjunto...? No supone este admirable orden un ordenador inteligente? Y ¿quién puede ser sino es Dios?

No han faltado quienes hayan dicho que el universo es obra de la *casualidad*, mas la casualidad no existe, es una palabra inventada por el hombre para disimular su ignorancia, y la casualidad no puede producir nada. Poned piedras y ladrillos en un montón ¿podrán ellas hacer una casa por sí mismas, si no hay albañiles que las vayan colocando en orden? Igualmente, arrojad miles de letras mezcladas en una imprenta, ¿podrán llegar a formar un libro, si no hay un obrero que las ordene...? ¡Jamás!

3) *La existencia de los seres vivientes, son otra prueba para demostrar la existencia de Dios*. Las ciencias físicas y naturales nos enseñan que hubo un tiempo en que no existía ningún ser viviente sobre la tierra. ¿De dónde pues, ha salido la vida que ahora existe en ella: la vida de las plantas, la de los animales y la vida del hombre?

Los ateos dicen que ha brotado de la *materia por generación espontánea*, mas nadie puede admitir esto, porque la materia carece de vida, y por lo mismo no puede darla, y después de los experimentos de Pasteur, ya no hay sabios que admitan ni se atrevan a defender la *hipótesis de la generación espontánea*. Luego es necesario reconocer una *causa distinta del mundo*, que fecunda la materia y hace brotar la vida, y por tanto la existencia de los seres vivientes prueba la existencia de Dios.

3.º Por el testimonio de los sabios

1) *Filósofos griegos:*

— *Platón* (427-347 a. C.): «El ateísmo es una enfermedad del alma, y ninguno que ha sido ateo durante la vida, llega siéndolo a al vejez».

«Vosotros deducís que yo tengo un alma inteligente, porque advertís orden en mis palabras y acciones: concluid, pues, contemplando el orden que reina en este mundo, que existe también un alma soberanamente inteligente, que existe un Dios.»

— *Sócrates* (469 a. C.) decía a los ignorantes presumidos y soberbios: «Sólo Dios es verdaderamente sabio.»

— *Plutarco* (46-120 d. C.): «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades sin murallas, sin literatura, sin leyes, sin riquezas; pero no hallarás ninguna sin templos, sin dioses, sin oraciones... Tengo por cosa más fácil fundar una ciudad en el aire que juntarse los hombres y perseverar unidos sin religión y sin Dios.»

No hay duda que *el consentimiento de todos los pueblos* es otra prueba de la existencia de Dios, pues todos, cultos o bárbaros, en todas las zonas y en todos los tiempos, han admitido la existencia de un Ser supremo. Esto nos dice que es imposible que todos se hayan equivocado acerca de una verdad tan importante y tan contraria a las pasiones, por eso debemos exclamar con la humanidad entera: ¡*Creo en Dios!*»

2) *Filósofos latinos:*

— *Cicerón* (106-443 a. C.), gran orador romano: «¿Quién es tan necio que mirando al cielo, no sienta que existe Dios...?». «No hay pueblo tan salvaje ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste.»

— *Séneca* (siglo I de nuestra era), escritor romano: «Todo hombre tiene conocimiento de Dios, y jamás ha habido un pueblo tan fuera de toda ley y moralidad que no crea en Él.»

3) *Testimonios de astrónomos y físicos:*

— *Copérnico* (nació en Polonia en 1473): «No se puede contemplar el orden magnífico que gobierna el universo sin mirar ante sí y en todas las cosas al Creador del mismo, fuente de todo bien.»

— *Kepler*, astrónomo alemán (nació en 1571): «Día vendrá en que podremos leer a Dios en la naturaleza como leemos en las Sagradas Escrituras.»

— *Newton*, astrónomo, físico y matemático (1642-1727): «El orden admirable del sol, de los planetas y cometas es obra de un Ser Todopoderoso e inteligente...». «Quien niega la existencia de Dios merece ser encerrado en un manicomio.»

«En un paseo nocturno un amigo pidió al gran Newton que le diera un argumento corto de la existencia de Dios. Newton le mostró el cielo, en que empezaban a brillar las estrellas y no dijo más que una sola palabra: «Allí». (Lord Kelvin).

— *Volta*, físico italiano (1745-1824) escribe: «He estudiado y reflexionado mucho: Ahora ya veo a Dios en todo.»

— *Edison*, Tomás, gran físico norteamericano (1847-1931) al que

se le debe la construcción de la primera central eléctrica, y perfeccionador del teléfono, después de subir por primera vez a la Torre Eiffel de París, escribió estas palabras:

«A Eiffel, ingeniero y audaz constructor de la gigantesca y original obra de la moderna ingeniería, le dedica estas palabras un hombre que tiene en la mayor estima y admira a todos los ingenieros, principalmente al mayor de todos: Dios.»

— *Linneo* (nació en Suecia en 1707) y declaró: «En todas partes, en los minerales, las plantas y los animales, halló las huellas de un Dios eterno, omnipotente, sabio y bondadoso. Lleno de asombro y admiración me postro ante Él en el polvo y le adoro.»

A la lista de los sabios citados podíamos añadir los nombres de Herschel, Pasteur, David Umfri, Faye, Marañón y muchos más, y finalmente decir con el doctor Jellineck, profesor de Politécnica de Danzig: «El hombre que no ha llegado aún al desenvolvimiento espiritual necesario, es un enfermo de la vista, es como un ciego que por sus cataratas no puede percibir el encanto de un panorama albino que tiene entre sus ojos...»

Dios, ciertamente, no puede ser ignorado. Sólo el ignorante niega su existencia. El rey y profeta David llama en el salmo 14 «necios» a los ateos: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios.»

«Dios es el ser increado que existe antes que todo lo demás.» (S. Ireneo).

Advertencia:

Estos y otros muchos testimonios, como el de las ciencias: la filosofía, la astronomía, la física nuclear, la biología, la zoología y la botánica, que hablan elocuentemente del Dios sapientísimo, eterno y omnipotente, puedes hallarlos en una obra concebida con erudición y escrita con estilo moderno, es la obra del P. Jesús Simón S. I., titulada: *A Dios por la ciencia*.

¿Qué dicen los que niegan la existencia de Dios?

El marxismo asienta esta proposición: «*La materia es la única realidad existente*», o con otras palabras: «Todo es materia, por tanto no hay Dios.»

Entablemos diálogo:

Yo os digo a vosotros, marxistas: Si no hay Dios, como afirmáis, sin aducir pruebas (porque no las hallaréis), decidnos: ¿Quién ha hecho la materia? Alguien debe haberla hecho, porque de la nada no puede salir nada...

Ante esta pregunta, ya sé que os refugiáis en el ingenioso subterfugio de *la eternidad* de la materia diciendo: es cierto que de la nada no puede salir nada; no obstante, no hay ningún Dios que

haya hecho la materia, porque ésta es eterna, es decir, existe desde siempre; por tanto se hizo por sí misma.

¿Cómo os atrevéis a hacer esta afirmación puramente gratuita cuando la misma ciencia no presenta prueba alguna para demostrar la eternidad de la materia?

¿Cómo es posible que una materia inerte, sin vida, sin inteligencia ni razón, haya podido crear seres vivientes e infinitad de astros en el espacio miles de veces mayores que la tierra, y poner este mundo en el orden admirable que lo vemos con estaciones, días y años? ¿Quién puede explicar este mundo sin la existencia de un Dios inteligente, ser increado, necesario y eterno?

¿Qué dicen los marxistas positivistas?

Yo no admito *nada real y positivo* fuera de la materia; no reconozco sino lo que se puede comprobar con la experiencia y rechazo como hipotético todo lo que no cae bajo el dominio de los sentidos, y por tanto niego la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma y la vida futura.

¡Nadie ha visto a Dios...! Nadie ha visto a Dios con los ojos del cuerpo, porque Él es espíritu; pero, aunque no lo veamos, ¿acaso no estamos viendo sus obras? ¿Has visto tú a los albañiles y arquitectos que levantaron construcciones maravillosas como las catedrales de Milán, de Sevilla, de Santiago de Compostela y otras? Esas obras y tantos monumentos portentosos nos hablan de artífices inteligentes que existieron, y si levantamos la vista a un cielo tachonado de estrellas y a tantísimas obras maravillosas que hay en este mundo, ¿podremos negar que hay un Dios infinito, omnipotente y creador de todas ellas...?

Porque tú no veas el pensamiento o ciudades donde no hayas estado, ¿te atreverás a negar que existen...?

Dios existe. ¡No os empeñéis en negarlo...!

* * *

Los marxistas nos hablan de la influencia de los intereses económicos sobre la historia y sobre las ideas del hombre; mas aunque influya de hecho en muchas cosas, ¿podrán sostener que este influjo sea único y el más importante?

La existencia de Dios es deducida por la razón humana *independientemente* de los intereses económicos. El hombre deberá dar siempre una respuesta al problema de su existencia y del mundo, incluso en el hipotético advenimiento de la sociedad comunista, y por lo mismo reconocer a Dios.

El que lee libros y literatura de Marx y sus seguidores (jesa sí que es producto de la imaginación de los autores del marxismo!),

si en vez de leer tales conceptos ideológicos, que contiene afirmaciones gratuitas, leyese el Evangelio de Cristo y lo estudiara debidamente, al reconocer que es una persona histórica que nació en Belén de Judá en tiempos de César Augusto y conociera que Él era Dios como lo demostró con sus profecías y milagros y especialmente el de su resurrección, sabría a su vez que toda otra doctrina palidecería al lado de la suya, y sin duda aceptaría toda su revelación mediante la fe (p. 63).

Si creemos en el testimonio de otros hombres sobre cosas que no hemos visto, ¿por qué no dar fe o crédito a las palabras de Jesucristo consignadas en su Evangelio y que nos revelan la solución de los problemas que atormentan a la humanidad?

Razón y fe, estas dos sublimes actividades del hombre son anteriores e independientes de las condiciones económicas en que el hombre vive; no son, por esto, una *supraestructura* como ellos dicen, porque nacen directamente *del hombre en cuanto hombre*.

Consecuencias funestas del ateísmo

Amigos míos: Quiero terminar este pequeño trabajo diciéndoos a todos los que vivís alejados de Dios, que volváis la vista a Él, porque el ateísmo conduce a las más funestas consecuencias.

Si no hubiera Dios ni otra vida, el hombre quedaría privado de todo consuelo en las miserias de la vida, se destruiría la moral y el hombre se entregaría a sus perversas pasiones, haciendo imposible la sociedad.

Si no hay Dios, la sociedad es imposible, pues sin Él no se conciben virtudes sociales, ni justicia, ni caridad, ni espíritu de sacrificio ni patriotismo.

Todas las sociedades desde el origen del mundo hasta ahora, han reposado sobre tres verdades fundamentales: *la existencia de Dios, la del alma y la de la vida futura*. Removed estas tres bases morales, y arrojaréis las sociedades al abismo de las revoluciones y las condenaréis a muerte.

Los horrores y las matanzas de la Revolución del 93 y de la *Commune* de París en 1871, no eran más, como se ha reconocido, que el ateísmo en práctica.

Para fundamento estable de la sociedad es necesario el reconocimiento de la existencia de Dios.

Dos ejemplos gráficos:

1) *El de Robespierre, abogando por la creencia en Dios*. — El 7 de noviembre de 1793, en tiempo de la Revolución francesa, fue prohibido el culto católico. Desde aquel punto, nadie tuvo segura su propiedad ni su vida.

Robespierre, el caudillo de la Revolución, reconoció que aquello no podía continuar más, y declaró: «Si no hubiese Dios, sería menester inventarlo.» Entonces cerró la Convención (1794) y declaró públicamente: «Que verdaderamente existe Dios y que el alma del hombre es inmortal.» Al mismo tiempo permitió nuevamente el culto católico.

Sin religión, los hombres se truecan en animales feroces. Por eso, los mismos legisladores enemigos de la religión procuran que sus súbditos sean religiosos.

2) *El del rey Federico II de Prusia (1740-1746).* — Este hombre, muy avanzado, amigo de Voltaire y despreocupado de toda idea religiosa, notó en los últimos años de su reinado que a medida que iba creciendo la irreligiosidad tomaban preponderancia los crímenes.

Entonces declaró públicamente: «He obrado, respecto de la religión, con demasiada ligereza. Con gusto renunciaría a la mejor ganada de mis batallas si con eso podía despertar en mi país nuevamente el amor a la religión.»

El ateísmo conduce al vicio y al crimen. Por eso, los gobiernos que quieren borrar la religión en el pueblo son enemigos del Estado.

Se impone el estudio de la verdadera religión en todos los colegios, porque cuando se vive sin religión y sin temor de Dios, continuará la violencia, los secuestros, el terrorismo, los crímenes y toda clase de males en una nación.

«Teme a Dios y guarda sus Mandamientos, en esto está el ser y la felicidad de los hombres.» (Ecl. 12, 13.)

Dios dijo al pueblo de Israel por medio de Moisés: «*Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos!*» (Dt. 5, 29.)

3.º ¿QUÉ ES LA REVELACIÓN SOBRENATURAL?

Dios se nos da a conocer por medio de la *Naturaleza* y por la *divina revelación*.

En la *Naturaleza*, o sea, en el mundo sensible, se ven las huellas de Dios, pues todos los seres vivientes o sin vida dan testimonio de Él, pues como tenemos dicho: *Por la luz natural de la razón*, partiendo de las criaturas, podemos conocer a Dios como ser supremo y creador, como principio y fin de todas las cosas. (DV. 6.)

A la *Naturaleza* se le ha llamado un libro donde se lee la grandeza de Dios; pero existe otro libro donde podemos leer aún más claramente a Dios y es el de la *revelación*, que ordinariamente se llama *revelación sobrenatural*, para distinguirla de la revelación natural, o sea, del conocimiento de Dios que se alcanza por las criaturas.

¿Qué entendemos por «revelación»?

Revelación (de la palabra latina «*revelare*» = descubrir, quitar el velo o poner de manifiesto) es la manifestación de algo oculto y escondido.

La *revelación*, de que aquí hablamos, es *de origen divino*, pues procede de Dios, y de ella podemos dar esta definición:

Revelación divina o sobrenatural es una locución amorosa de Dios a los hombres, pues Dios, movido de amor, dice el Vaticano II, ha querido revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad por Cristo, la Palabra hecha hombre (DV. 2).

¿Es posible la revelación y existe de hecho?

1) La *revelación es posible*: por parte de Dios, porque Él es infinitamente sabio y como omnipotente puede manifestarse y comunicarse de la manera que le plazca; por parte del hombre, porque tiene entendimiento y voluntad para recibirla; y por parte de la verdad u objeto revelado, aunque superen la inteligencia humana, como son los misterios, vg. el de la Santísima Trinidad, pues aunque sean incomprensibles a la razón humana, no son absurdos ni contradictorios, ni ininteligibles...

2) *La revelación divina existe*, y es un hecho histórico, porque nos consta que Dios nos ha hablado. Toda la historia del pueblo judío y cristiano supone la revelación divina.

Los judíos afirman que Dios habló al pueblo de Israel por medio de Moisés y de los profetas, y los cristianos sostienen que Dios les ha hablado por medio de Jesucristo.

Para demostrar el hecho de la revelación cristiana que comienza con la promesa del futuro Redentor, se podría empezar por la revelación patriarcal y mosaica y terminar por la revelación de Cristo; pero el método mejor es proceder de este modo:

Mostrar que existió un hombre, JESUCRISTO, que nos enseñó, *en nombre de Dios*, una doctrina obligatoria para todos, que no sólo afirmó que era Legado divino, sino que lo confirmó con muchísimas profecías y milagros y lo mismo la veracidad de su doctrina. Este hombre es Dios a la vez y su revelación es divina, y por lo mismo, ésta es la religión que debe ser aceptada y abrazada por todos los hombres.

Como todas estas cosas son hechos históricos y se encuentran en documentos también históricos como los Evangelios... véanse las pruebas para demostrar que estos libros son históricos, íntegros y verídicos (p. 51, luego hablaremos de Jesucristo pág. 63).

Dios nos ha hablado

Este es un hecho histórico de gran trascendencia, pues nos consta que Dios nos habla no sólo por medio de la naturaleza en la que nos ha dejado «un testimonio perenne de Sí mismo» (DV. 3), sino que también habló primeramente por medio de los profetas para que todos le reconocieran como Dios único, vivo y verdadero, y «últimamente nos habló por su Hijo» (Heb. 1, 1-2), Jesucristo, el Verbo o Palabra hecha hombre.

En Jesucristo, pues, por ser la Palabra suprema y definitiva del Padre, culmina la revelación, y Él, por tanto, es la plenitud de toda la revelación, y es el que *nos habla palabras de Dios* (Jn. 3, 34) (DV. 4).

Dios habló a nuestros primeros padres... y a Abraham, y a Moisés... y a los profetas... y en dicha revelación manifestó a los hombres sus atributos, sus resoluciones, su voluntad, etc.

Algunos preguntan, y ¿en qué forma hacía Dios la revelación? ¿Cómo les hablaba...? Veámoslo:

¿En qué forma se ha hecho la revelación de Dios?

Por lo general se ha hecho en esta forma: Dios hablaba a algunos hombres *en particular*, y luego les mandaba *anunciar* a sus hermanos la revelación recibida.

Así vemos que Dios habló en particular a Noé, a Abraham y a sus descendientes, a Moisés, etc. (porque como dice San Juan Crisóstomo en ellos halló más purificado el corazón).

— A Noé lo envió Dios a los hombres corrompidos que vivían antes del diluvio (2 Ped. 2, 5; Gén. 6, 3).

— A Moisés lo envió a los oprimidos israelitas y al faraón (Ex. 3, 7 ss).

— Por excepción aconteció hablar Dios a *muchos a la vez*, como lo hizo antes de dar la Ley en el Sinaí (donde habló a todo el pueblo israelita). (Ex. 20; Dt. 4, 36; 5, 22).

— También en el bautismo de Jesús (donde Dios Padre dejó oír aquellas palabras: Éste es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido) (Mt. 3, 17).

— Dios hizo también revelaciones *por medio de los ángeles*, como cuando envió a Tobías a San Rafael... (Tob. 5, 4).

Dios invisible nos habla

Veamos ejemplos que indican sus modos de hablar, y antes observemos esta semejanza:

Si alguno está en una habitación, tras una cortina trasparente, ve a los que pasan por la calle, y éstos no le ven a él. Pero si se manifiesta por su voz, los transeúntes pueden conocer quién es el que está detrás de la cortina. Lo mismo sucede con Dios, el cual nos ve, pero escondido a nuestros ojos (Is. 45, 15).

He aquí varias maneras de manifestarse:

Cuando Dios hablaba con los hombres sucedía que:

— Unas veces tomaba un aspecto sensible; por ejemplo de un ángel o de un hombre (Jue. 6, 11).

— Otras hablaba desde una nube (como desde el Tabernáculo o desde el monte Sinaí (Núm. 12, 5; 11, 25; Ex. 24, 16).

— Otras veces desde el fuego (como en la zarza encendida (Ex. 3, 2).

— En el resplandor de la luz (como a San Pablo (Hecn. 9).

— En el murmullo del viento (como a Elías (Rey. 19, 12-15).

— Por interior ilustración, en visiones, en sueños (Nú. 12, 6, 8).

Los pregoneros de la divina revelación fueron los patriarcas, los profetas y especialmente JESUCRISTO, a quien seguirían los apóstoles enviados por Él a todas las naciones... Jesucristo es el

«testigo fiel» (Apoc. 1, 5), venido al mundo para dar testimonio de la verdad (Jn. 18, 37...).

Depósito de la revelación

Sabiendo que Dios habló a nuestros primeros padres en el paraíso y a Noé y a Abraham... y después a Moisés y a los profetas... y últimamente a nosotros por medio de su Hijo, al que envió para salvarnos, cabe preguntar: ¿Dónde se hallan esos dichos o palabras de Dios?

Las que nos dijo por medio de los profetas se hallan contenidas en el Antiguo Testamento, y las de Jesucristo en el Nuevo.

Las verdades reveladas, podemos decir, se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, mas al estar tan íntimamente unidas y compenetradas la Sagrada Tradición y la Escritura Santa, ellas «constituyen el depósito único de la palabra de Dios encomendado a la Iglesia» (DV. 10).

4.º ¿QUÉ ES LA SAGRADA TRADICIÓN?

Tradición (de la palabra latina *trádere*) significa «entrega», «transmisión» de una cosa o una verdad.

La Sagrada Tradición (que se denomina también «Tradición apostólica») es la transmisión de la doctrina de Jesucristo ya oralmente, ya por escrito (2 Tes. 2, 15).

División de la Tradición, en tradición *objetiva*, que es el conjunto de verdades, de hechos, de milagros..., que constituyen el depósito de la revelación, y en tradición *subjetiva*, que es el conjunto de personas, por cuya mediación llegaron hasta nosotros los hechos y dichos de Jesucristo.

Los transmisores de esta doctrina o cauce de las verdades reveladas por Dios, son:

1) *Los apóstoles*, los primeros en recibirla de labios de Jesucristo.

2) *Los Romanos Pontífices y obispos*, como sucesores de los apóstoles.

3) *Los Santos Padres de la Iglesia*, los Concilios, los escritos litúrgicos...

El Evangelio oral y escrito

El Concilio Vaticano II nos dice:

«Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos, se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades. Por eso Cristo nuestro Señor plenitud de la revelación (2 Cor. 1, 20: 3, 16 y 4, 6), mandó a los apóstoles a predicar a todo el mundo el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta...» (DV. 7.)

Los apóstoles y demás varones apostólicos por medio de la predicación oral anunciaron el mensaje de la salvación... El «Evangelio oral» precedió al escrito (Mt. 28, 19; Mc. 16, 15), y más tarde cuando el Evangelio se había predicado en gran parte del mundo, los apóstoles y discípulos inspirados por Dios, creyeron conveniente escribir después de una cuidadosa investigación y plena exactitud (Lc. 1, 2-3; Hech. 8, 14; etc.), parte de la doctrina que predicaban, y así que-

daron fijados de un modo concreto los Evangelios con los puntos fundamentales de las divinas enseñanzas de Jesucristo.

Cristo, fuente y plenitud de la revelación

Cristo, el Verbo encarnado, es la verdadera Palabra de Dios enviada a los hombres. Él es la fuente y plenitud de la revelación...

De Cristo, *única fuente divina*, manan como formando una sola cosa la Tradición Sagrada y la Escritura Santa, pues tan unidas están entre sí como las aguas del río a su cauce, de tal modo que no puede concebirse una Escritura independiente de la Tradición, ni una Tradición independiente de la Escritura. (DV. 9).

Tanto la Sagrada Escritura como la Sagrada Tradición deben ser consideradas con igual afecto y reverencia, ya que la certeza que la Iglesia tiene de las cosas reveladas no la tiene por la sola Escritura.

Nota:

El problema de si en la Tradición habría verdades que sólo estarían en ella y no en la Escritura, queda aludido, y por lo mismo abierto a la discusión, por estas dos sobrias afirmaciones del Concilio: 1) «La Iglesia conoce por Tradición el canon (número de los libros inspirados) de la Escritura»; 2) La certeza que la Iglesia tiene de las verdades reveladas «no le viene solamente por la Escritura»...

Los dogmas definidos por la Iglesia están todos de algún modo incluidos en la Biblia, pues no inventa ni crea dogmas, sino que *los aclara*.

5.º LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA

¿Qué es la Biblia?

Esta lección trata de dar unas nociones generales sobre la Biblia, el libro más importante y autorizado que hay en el mundo por ser el único divino. ¿Qué es? ¿Quién la escribió...?

Si pudiéramos todos los libros de todas las bibliotecas del mundo y cuantos se hallan escritos en la actualidad en un montón a un lado (los que formarían una gran montaña) y en otro solamente la Biblia, ésta tiene más valor que todos los demás libros que hay en el mundo. ¿Por qué? Porque sólo ella es el libro por excelencia, el único divino o inspirado por Dios.

LA BIBLIA es la «palabra de Dios escrita» (C. Trento), «una carta de Dios omnipotente a su criatura» (San Greg. M.). La Biblia es el libro de la revelación divina...

NOMBRES DE LA BIBLIA. Tiene entre otros: *Sagrada Escritura, Libros Sagrados, las Divinas Letras, las Sagradas Escrituras*, o simplemente *la Escritura*.

La Biblia consta de dos partes principales: **ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO**.

LIBROS DE LA BIBLIA. Tiene 73 libros: 46 del A. T. (los que fueron escritos antes de Jesucristo) y 27 del N. T. (que se escribieron en el siglo primero después de Jesucristo).

¿En qué se diferencia una Biblia católica de una protestante? En que a la protestante le faltan 7 libros que son: *Tobías, Judit, Sadrabur, Eclesiástico, Baruc y los dos de los Macabeos*. Por tanto la Biblia protestante tiene 66 libros y la católica 73.

Las protestantes no llevan notas explicativas, están hechas por Sociedades bíblicas y no tienen censura de la Iglesia.

Los católicos admitimos la Biblia como norma de fe, pero «la Biblia interpretada por la Iglesia. Los protestantes dicen que la Biblia es clara

y cada cual la puede interpretar a su manera y así resultan ¡tantas sentencias como cabezas!, por eso hay entre ellos más de 300 sectas... y contra esto está la misma Escritura, en la que se nos dice hay cosas difíciles de entender y necesita ser explicada. (Véanse estos textos: Hech. 8, 30-31; 2 Ped. 3, 15 y 17), y la interpretación libre puede conducir a otros al error y al engaño: Mt. 15, 14, y hacerles doblemente dignos de castigo eterno (Mt. 23, 14-15)...

Inspiración y verdad de la Escritura

El Concilio Vaticano II nos dice:

1.º La Sagrada Escritura es el libro de la revelación, que ha sido escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo.

2.º La Santa Madre Iglesia, fiel a la fe de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que escritos por inspiración del Espíritu Santo (Jn. 20, 31; 2 Tim. 3, 16; 2 Ped. 1, 19-21; 3, 15-16), tienen a Dios como autor y como tales han sido confiados a la Iglesia.

3.º En la composición de los libros, Dios (no se valió de su propia «mano» para escribirlos), sino que se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería.

Según esto, tenemos que la Biblia tiene dos autores: Dios, autor principal, y el hombre, autor secundario e instrumental, pero entendamos que no es un instrumento muerto como la pluma o el bolígrafo cuando nosotros escribimos, sino que es un instrumento vivo y racional, pues cada uno de los autores humanos de la Biblia podía hacer valer su manera de pensar, en lo que escribía, como un pintor describe un edificio que ve con clara luz, pero lo pinta de diferente manera, según su estilo y la perfección de los instrumentos que posee.

1) ¿Qué entendemos por «inspiración bíblica»?

«Inspiración bíblica» es una acción divina o influjo sobrenatural, por el cual Dios «ilumina» el entendimiento del autor sagrado al escribir un libro, y «mueve» eficazmente su voluntad para expresar la verdad que Él quiere (resultando así, como hemos dicho, *Dios autor principal del libro, y el hombre, autor secundario e instrumental*).

Decir, por tanto, que la Biblia está inspirada por Dios es lo mismo que afirmar que Dios es su autor principal. Pero notemos que la Biblia es «el libro de Dios y el libro del hombre», y como el hombre obra como instrumento de Dios al escribirla, su pensamiento es a la vez pensamiento de Dios, y de aquí que, al interpretar la Biblia, no podamos darle una interpretación como la que damos a un libro puramente humano.

Tenemos que atender al «sentido» de la Biblia, que no es otro que el concepto o verdad que el Espíritu Santo (autor principal de la Biblia) quiere expresar por medio del hagiógrafo o autor sagrado.

2) ¿Puede haber error en la Biblia?

No puede haber error alguno en la Biblia en cuanto es considerada como palabra de Dios. El Concilio Vaticano II, después de decir que «todo lo que afirman los hagiógrafos o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo», dice: «*síguese que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación.*» (DV. 11.)

Nota:

Con viene advertir que las palabras «para nuestra salvación» no deben interpretarse como limitativas a las verdades saludables, porque entonces habría que admitir como hipótesis posible que Dios condescendiese con la ignorancia humana y por tanto que permitiese error material en las cosas que tratasen de «verdades no saludables»; pero como esto no se compagina con las normas que se establecen en orden a una recta interpretación de la Escritura, tales palabras tienen un sentido *modal* y no limitativo, lo que quiere decir que «la verdad contenida en la Sagrada Escritura está esencialmente ordenada a la salvación de los hombres», o sea, que todas las partes de la Escritura son verdaderas, porque todas deben ser consideradas como «historia de salvación» y no como historia profana, es decir, lo narrado en la Biblia guarda toda su verdad, toda su significación en el orden de la salvación.

La Biblia es un libro divino

Decir que la Biblia es un libro divino, es lo mismo que decir que está inspirado por Dios, y por tanto que Él es su autor principal. Tenemos muchas razones para decirlo:

1.º *Por el testimonio del pueblo judío*, dado por dos de sus historiadores: *Filón y Flavio Josefo*, contemporáneos de Jesucristo, que dicen que están dispuestos, si es preciso, a dar su vida en defensa de la Biblia por ser Dios su autor principal, y ser Él el que les ha hablado por medio de los profetas.

2.º *Por los testimonios de Jesucristo y de sus apóstoles* que nos dicen que Dios es el autor principal de la Biblia, porque Él movió a los autores humanos a escribirla (2 Ped. 1, 20-21) y porque de hecho lo que dijeron los profetas, lo dijo Dios por su boca (Mt. 1, 22; Hech. 1, 16;...)

3.º *Por los Concilios*, que son la voz de la Iglesia, nos dicen que los 73 libros de la Biblia se llaman «canónicos», porque la Iglesia los ha incluido en el «Canon» o catálogo de los libros sagrados, reconociéndolos como inspirados por Dios. Nosotros sabemos que son 73 los libros inspirados por Dios por el Magisterio de la Iglesia, y si los protestantes no admiten la Tradición ¿por dónde saben que son 66 si la Biblia no lo dice?...

4.º *Por la «nota profética»*. Esta es una prueba muy clara para decir que Dios es el autor principal de la Biblia. En la Biblia existen profecías escritas que anuncian el porvenir, y como sólo Dios conoce lo futuro, o sea, cuanto ha de suceder, al anunciarlo en la Biblia y ver que luego se cumple con toda exactitud, resulta que esta escritura es *una Escritura divina*.

Advertencia:

Sería muy práctico en una clase bíblica hacer que los asistentes divididos en dos grupos, uno buscase los textos del A. T. de las profecías siguientes, y el otro los del Nuevo, y luego se leyesen en alta voz para que todos se dieran cuenta del cumplimiento de las profecías.

Las profecías en la Biblia

La Biblia es un tejido de profecías, y considerada la profecía en sentido estricto en cuanto es anuncio del futuro es obra exclusiva de Dios, pues sólo Él conoce el porvenir. Y así lo dice el profeta Isaías: «Anunciadnos lo porvenir, para que sepamos así que sois dioses.» (Is. 31, 23.) «¿Quién predijo estas cosas desde antiguo? ¿No fui yo, Yahvé? Pues fuera de Mí no hay otro Dios.» (Is. 45, 21.)

Las profecías en la Biblia son innumerables.

1.º *Las hay mesiánicas*, o sea, las que en el Antiguo Testamento hablan del Mesías y se cumplen en Jesucristo, como son vg. las dichas sobre su nacimiento, pasión y muerte, etc., con lo que veremos que de nadie se ha escrito su vida antes de nacer, sino sólo de Jesucristo. Veamos algunas y comparando los textos del A. T. con los del Nuevo, veremos su exacto cumplimiento:

1) *En Gén. 12, 2-3* vemos que Dios hace una promesa a Abraham, unos 2.000 años antes de Cristo, al decirle: «En ti serán benditas

todas las naciones...», y luego San Pablo en *Gál. 3, 16*, refiriéndose al Génesis dice: «*En ti, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas...*»

2) *Miqueas 5,2* (profecía escrita 7 siglos antes de C.) compárese con *Mt. 2, 3-6* y veremos que al preguntar Herodes dónde debía nacer el Mesías, los príncipes de los sacerdotes y escribas contestaron: «*En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta.*»

3) *Isaías 7, 14* (ocho siglos antes) dijo que el Mesías nacería de una Virgen y llevaría el nombre de Emmanuel, y en *Mt. 1, 22-23* lo vemos cumplido: «*Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta, que dice: He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le pondrá por nombre Emmanuel.*»

4) También *Isaías (61, 1-2)* habló de la misión del Mesías y luego Jesucristo en la sinagoga de Nazaret se aplicó a sí mismo la lectura de esta profecía en la que dice que ha sido enviado a predicar el Evangelio, dar vista a los ciegos, etc., pues terminó diciéndoles: «*Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír.*» (*Lc. 4, 21.*)

5) En el *Salmo 22, 19*, lo que dijo David mil años antes, lo vemos cumplido en Jesucristo, pues en *Jn. 19, 21* se dice: «*Para que se cumpliera la Escritura: se han repartido mis vestidos, y echado suerte a mi túnica.*»

6) *Zacarías (5 siglos antes)* dijo que entraría Jesús en un asnillo triunfalmente en Jerusalén, también se cumplió el domingo de ramos, pues así lo dice el evangelista: «*Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta.*» (*Mt. 21, 4-5.*)

7) En *Hech. 10, 43* leemos: *De Jesucristo dieron testimonio todos los profetas...*, y cuanto de Él dijeron (escrito en el A. T.) lo vemos cumplido en el Nuevo en Jesucristo, y así vg. cuanto se nos dice del Siervo paciente en *Is. 53*, se nos refiere cumplido en *Hech. 8, 35*. También lo que dice el *Salmo 69, 22* de que le *dieron a comer hiel y en su sed le dieron vinagre*, se cumplió en Jesucristo (véase *Mt. 27, 48*)... y otros muchos pasajes.

8) En general podemos decir que la Biblia trata de Jesucristo, y Él lo dijo así: «*Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de Mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.*» (*Lc. 24, 44.*)

También dijo Jesucristo: «*Investigad las Escrituras..., ellas son las que dan testimonio de Mí.*» (*Jn. 5, 39.*) Léase también el pasaje de *San Lucas 24, 25-27...*

9) *San Pablo* (1 Cor. 15, 11) nos dice que Jesucristo murió, fue sepultado y resucitó *según las Escrituras*. Por tanto, lo que nos dice de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo en los Evangelios, estaba ya predicho siglos antes en las Escrituras del A. T. y vemos que se cumple en Él.

10) También Jesucristo dijo: «*Mirad que subimos a Jerusalén y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron del Hijo del hombre.*» (Lc. 18, 31), y en los mismos Evangelios sus muchas profecías, vg. las tres predicciones sobre su pasión, muerte y resurrección; la negación de Pedro, la entrega de Judas, el abandono de los discípulos, etc.

Otras diversas profecías

Son muchísimas, y sólo citaré algunas:

1) *Predicción hecha por Dios a Abraham*. En Gén. 15, 13-16 leemos: «*Ten por cierto que tus descendientes vivirán como extranjeros en un tierra no suya, donde serán reducidos a servidumbre y oprimidos, durante cuatrocientos años y tú serás sepultado en buena ancianidad...*»

¿Quién no ve luego, leyendo el Éxodo y Josué, el cumplimiento de esta profecía, que se repetirá en el N. T.? (Hech. 7, 6 ss.)

2) *Predicción de la ruina de Heli y de sus hijos*. Un profeta de parte de Dios se la anunció (1 Sam. 2, 33-34), la que comunicaría luego a Samuel, y al fin se cumplió. (1 Sam. 4, 12.)

3) *Predicción hecha por el profeta Aías a Jeroboán*. A éste le dijo que sería dividido el reino de Israel en dos, y él gobernaría sobre diez tribus (1 Rey. 11, 31) y luego se cumplió. (1 Rey. 12, 20.)

4) *Profecía contra Betel*. Por hacerse idólatra Jeroboán, al ir como sacerdote a quemar incienso en el altar se le presentó un profeta de Judá, y le dijo que de la casa de David, nacería un hijo que se llamaría Josías, y quemaría sobre aquel lugar huesos humanos. (1 Rey. 13, 1-2.) Esta profecía se cumplió 200 años más tarde. (Véase 2 Rey. 23, 16-18.)

Por no estar citando profecías, baste que uno se fije al leer la historia de Abraham, la de Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, etc., hasta David y los profetas, y no podrá menos de admirar tantas profecías y la providencia de Dios para con ellos y su exacto cumplimiento.

5) *En los Hechos podemos* notar lo que Dios predijo a San Pablo que Él estaría con él y nadie se atrevería a hacerle mal (Hech.

18, 10) y de hecho lo libró de la cárcel (16, 25-26) y cuando tramaron los judíos con juramento no comer ni beber hasta quitarle la vida, Dios estuvo con Él y le dijo que lo mismo que has dado testimonio de mí en Jerusalén, lo darás en Roma también. Y apeló al César (23, 11 ss; 25, 11-12)... Y en la travesía a Roma tan accidentada, se le apareció el Señor, cuando todos habían perdido la esperanza de salvarse, y le dijo: «No temas, Pablo; comparecerás ante el César, y Dios te hará gracia de todos los que navegan contigo.» (27, 24)...

Además de las muchas profecías cumplidas hay en la Biblia otras muchas sin cumplir, como son las de la conversión del pueblo judío, el gran juicio de naciones, el triunfo de la Iglesia, etc., y porque «la Escritura no puede fallar» (Jn. 10, 35), se cumplirán también.

Advertencia:

Las muchas profecías referidas y muchas más que pudiéramos citar, son una gran prueba de que esta escritura que las contiene es una Escritura divina; mas no faltan algunos que pongan sus reparos sobre una o dos que no se ven explícitamente citadas con claridad; vg.:

1) Para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por su profeta, diciendo: *De Egipto llamé a mi hijo.* (Mt. 2, 15). Esta cita es de Os. 11, 1. La palabra «hijo» la emplea el profeta para designar a Israel, y San Mateo la emplea para presentar a Jesús como Hijo de Dios. (Éx. 4, 22.)

Hay que saber que además del sentido «literal», hay en la Biblia otro que se llama «típico», y así entenderemos porque el dicho de Oseas se cumple en Jesús. (Véase mi *Introducción General S. E.*, 5.^a edic. p. 179.)

2) «Para que se cumpliese lo dicho por los profetas, sería llamado nazareno.» (Mt. 2, 23.) Algunos por este texto, que no se ve expresamente por ninguna parte en la Biblia quieren negar la verdad de ésta en otras profecías, y ver simples acomodaciones del evangelista; mas a esto hemos de decir que ésta, sin duda, es una cita implícita, que bien pudiera referirse a este versículo de Isaías (11, 1): «Saldrá un retoño del tronco de Isai y de sus raíces brotará un renuevo.»

«Retoño» en hebreo se dice *netzer*, que de alguna manera nos recuerda al «nazareno», retoño que está vinculado al trono de David..., y del que había de salir el Mesías.

Además dicha expresión, ¿no podría ser un dicho que andaba en boca de los profetas sin estar consignado expresamente en la Biblia?

No debe haber duda alguna de que los acontecimientos de la vida de Jesús han sido «predichos» por los profetas de un modo

real y verdadero, y se han cumplido porque Dios los había predicho por ellos, y no se puede admitir que sean los evangelistas los adaptadores de tales acontecimientos a las profecías del A. T. Ellos han sido instrumentos (vivos y racionales) en manos de Dios y han consignado «todo y sólo lo que Dios quería», e independientemente de ellos Dios dio cumplimiento a todas las profecías.

Así también «los habitantes de Jerusalén y sus príncipes, sin saberlo, dieron cumplimiento a las escrituras de los profetas que se leen cada sábado» (Hech. 13, 26-27).

Dificultades en la Biblia

En la Biblia surgen dificultades que provienen de la manera de interpretarla, máxime cuando se trata de aplicar el principio general de la inerrancia absoluta (o sea, carente de error) en la Sagrada Escritura a los acontecimientos de las ciencias profanas, esto es, a las físicas y las históricas que se contienen en la misma Escritura.

Veremos algunas y otras que también suelen surgir de ciertas audacias exegético-históricas, como dijo Pío XII en la «*Humani Generis*»...

Ejemplos:

1) En la Biblia se nos habla de la salida y de la puesta del sol, y que éste se mueve alrededor de la tierra (Ecl. 1, 5), siendo así que el sol es el centro alrededor del cual giran la tierra y demás astros. Además al sol y a la luna se les llaman las mayores lumbreras (Gén. 1, 16), cuando hay estrellas mucho mayores...

2) En la Biblia también se nos habla del conejo y de la liebre como animales rumiantes, y el murciélago es catalogado entre las aves (Dt. 14, 7; Lev. 11, 4 y 19), siendo así que según la ciencia, los primeros animales son roedores, y el murciélago es mamífero.

Respondemos: Los autores sagrados no nos hablan científicamente, pues la Biblia no es un manual de ciencias físicas, sino que su fin primario es enseñarnos el camino de la salvación, y aquí nos hablan en consonancia con el lenguaje común que suelen utilizar todos los hombres, o sea, según las apariencias. Y así todos, aun los sabios suelen decir: «Llegaremos sobre la puesta del sol...», y al sol y a la luna las llamamos lumbreras «mayores» porque así aparecen a primera vista..., y al murciélago, porque se le ve volar, es considerado como ave.

3) Algunos ante las dificultades que se les presentaban en los libros históricos, por analogía con los fenómenos naturales, se atre-

vieron a decir: Así como los fenómenos físicos o naturales son descritos *según las apariencias*, así debemos juzgar de las cosas históricas.

Respondemos: Lo que se afirma de las cosas físicas no puede aplicarse a las cosas históricas, porque es grande la diferencia entre unas y otras, ya que el objeto de las ciencias naturales es *el fenómeno externo tal como aparece a los sentidos*, y el objeto de la historia es *el hecho tal como ha ocurrido en realidad*. Por tanto no es lo mismo decir: «el sol sale» que «Pedro mató a Pablo». En el primer caso el juicio se dirige a aquello que aparece a la vista...; mas en el segundo, se refiere a la cosa en sí misma, a un suceso real.

4) En la Encíclica «*Humani Géneris*», Pío XII advirtió que había algunos que en las cosas históricas traspasaban audazmente los límites y cautelas establecidas por la Iglesia. Y de un modo particular, dijo, es deplorable el modo extraordinariamente libre de interpretar los libros históricos del Antiguo Testamento.

Y así decían que había en la Biblia ciertos hechos de narraciones mitológicas o tradiciones... como si no tuvieran verdadera realidad objetiva.

Respondemos: No negamos que en la Biblia haya algunos hechos que se encuentren también en tradiciones populares o en alguna narración mitológica de algunos pueblos de la antigüedad, vg. babilónicos...; pero de aquí no se puede concluir que hay muchas cosas en la Sagrada Escritura que son un mero ornato poético y simbólico, vg. los árboles del paraíso, la serpiente tentadora, etc. y así otras cosas que se narran, como si fueran sólo puras imágenes bíblicas sin verdadera realidad objetiva.

Conviene saber que ha habido excavaciones hechas el pasado siglo en diversos lugares de Mesopotamia, que nos han dado a conocer los documentos más antiguos de los pueblos asirio y babilónico, el mito de Adapa y la epopeya de: «*El poema de la creación, el mito de Adapa y la epopeya de Gilgames*», los cuales guardan cierta analogía con algunos de los hechos narrados en los primeros capítulos del Génesis. También se habla de que en la legislación mosaica hay alguna de las leyes que estaban a su vez en el código de Hamurabi...

A esto diremos que los hechos narrados por los pueblos orientales y los narrados en la Biblia parten sin duda de su primitiva fuente real, esto es, de las enseñanzas primitivas que Dios hizo a la humanidad, y aunque se transmitieran por diversos conductos por tradición oral, *al ser consignados en la Biblia por razón de la inspiración*, las hemos de considerar purificadas de todo error, y por lo mismo al transcribirse en ella *responden mejor a la realidad objetiva de los hechos*.

Pío XII en la citada Encíclica dijo como «era deplorable el modo extraordinariamente libre de interpretar los libros históricos del A. T.», y tal interpretación, seguida por algunos, llega a tropezar con los dogmas definidos por la Iglesia, como lo es en el Génesis, el pecado original...

A los que han querido desbancar o desvirtuar el pecado original se les puede decir que se fijan en lo dicho por San Pablo a los Romanos en el cap. 5 y tal como ha sido interpretado por la Iglesia: «*Por un hombre entró el pecado en el mundo...*», cómo está definido en el Concilio de Trento y cómo Pío XII dijo que el poligenismo no era compatible con la doctrina del pecado original, etc...

5) *El evolucionismo*. La Biblia habla de la formación del primer hombre del barro y el soplo de vida infundido por Dios... y hombres de ciencia dicen que el hombre procede por evolución del mono... ¿A qué atenernos?

Respondemos: La Biblia nos dice que Dios, después de haber creado toda clase de animales, creó al hombre y a la mujer; los que formó como dice el texto sagrado (Gén. 2, 7. 21-22). Se ve la intervención directa de Dios en la formación de nuestros primeros padres, ni nos dice que proceda del mono o de otro animal (los que supone antes formados); no obstante ha surgido la teoría de la evolución o transformismo. La afirmación del transformismo *moderado* de que el cuerpo del hombre proceda por evolución vg. del mono, no pasa de ser una teoría, carente de pruebas, pues hasta ahora no se ha demostrado la evolución de una especie en otra.

El transformismo absoluto no puede admitirse en la formación del hombre, porque el alma, como se demuestra también por la filosofía, es espiritual y como tal no puede originarse de la materia.

«*La teoría evolucionista* ha quedado sin demostrar y casi ningún hombre de ciencia la sostiene ya.» (Dr. Jordi Cervós, catedrático y director del Instituto de Neuropatología de la Universidad Libre de Berlín, considerado como la primera autoridad mundial del cerebro. «Verbo», revista científica, agosto-octubre, 1982.)

6) *El pecado de Adán y Eva*. Algunos dicen que fue sexual...

Respondemos: Según la Biblia este pecado fue de desobediencia. El hecho es que aquel pecado cometido fue de desobediencia con raíz en la soberbia, por querer ser como Dios; pero no fue sexual, porque el querer «conocer» el bien y el mal aquí era prácticamente el querer ser semejante a Dios y alcanzar la sabiduría (Gén. 3,6). Además Adán y Eva eran inmunes de la concupiscencia y la tentación les vino de fuera (2 Cor. 11, 3; Sab. 2, 24) y porque les era lícito el acto conyugal, ya que Dios les había dicho: «*Creced y multiplicaos...*» (Gén. 1, 28).

7) *Respecto a la teoría del «poligenismo»*: Pío XII en la enc. «*Humani G.*» dijo que los católicos no pueden seguir el poligenis-

mo, o sea, abrazar la opinión de que después de Adán vivieron en la tierra hombres no salidos de él por vía de natural generación, pues no se ve claro cómo tal opinión pueda armonizarse con la doctrina del pecado original. Según la Biblia no hay poligenismo, y «los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo. Todos procedemos de Adán y Eva; no de Adán y Eva de otras parejas. Todos los hombres han pecado en Adán y Eva. (Rom. 5, 12)». (Dr. Díez Macho). La hipótesis del «poligenismo» no tiene fundamento en la Biblia (Véanse: Gén. 2, 5; 3, 20; Hech. 17, 26; 1 Cró. 1, 1; Lc. 3, 32).

8) *Las promesas en la Biblia.* En la Biblia hay magníficas promesas que Dios ha hecho por medio de los profetas, siendo la principal la de un reino futuro de justicia y de paz, y alrededor de esta promesa vemos expresiones proféticas referentes a una abundancia de bienes materiales: fertilidad exuberante de la tierra, longevidad, felicidad y paz y que Jerusalén será la capital del mundo..., y todo esto se verificará una vez convertido el pueblo judío y plenamente purificado de sus pecados.

Para muchos son una incógnita estas profecías, pues dudan si se refieren a promesas solamente de bienes materiales o son expresiones de bienes espirituales.

Los que sostienen que no se puede admitir que sobrevenga a Israel tanta grandeza de bienes temporales, nos dan esta respuesta: Tales promesas de orden material son como un envoltorio o símbolo de bienes espirituales, a la Iglesia, llegando a decir que no se han cumplido, ni se cumplirán.

Los que dicen que no se cumplirán tales promesas, se parecen a los que en los postreros días, como dice el apóstol San Pedro, «vendrán con sus burlas escarnecedoras que viven según sus propias concupiscencias y dirán: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron nuestros padres todo permanece igual...» (2 Ped. 3, 3-4).

Respondemos: 1.º Que haya una promesa de un reino «el reino de David», es evidente. Dios le dijo a Samuel que instituyera la realeza ante la petición del pueblo. Saúl fue rechazado por sus desobediencias. David es elegido... y el Señor le dice: Que permanecerá su dinastía para siempre y su trono será estable por siempre y no apartaría de él su misericordia, como la apartó con Saúl... (2 Sam. 7, 11-16) y en el Salmo 89, 30-38 dice: «*Haré subsistir por siempre su descendencia, y su trono mientras subsistan los cielos...* Si sus hijos traspasaran mis mandamientos, los castigaré, pero no retractaré cuanto ha salido de mis labios».

Siguió la realeza con Salomón..... y a su muerte se dividió el reino de Israel en dos... Vino el destierro con el último rey, Sedeías, de la descendencia davídica... y pareció que toda promesa había desaparecido...

Pasaron los siglos... y un día el ángel Gabriel anuncia a María que el Hijo del Altísimo que de ella nacería, «*el Señor Dios le daría el trono de David su padre...*» (Lc. 1, 31-33)...

¿Será ahora cuando se establezca el reino prometido? Jesús en su vida pública comenzó diciendo: «*Se acerca el reino de Dios...*» y nos enseñó a rezar: «*Venga a nosotros tu reino...*» Y en las parábolas y bienaventuranzas también habló del reino de Dios... Y los apóstoles, al fin de su vida mortal, le dijeron: «*¿Es ahora cuando vas a establecer el reino de Israel?*» (Hech. 1, 6)...

¿Se han cumplido las promesas hechas a David? Yo diría: No, pues aunque es cierto que se ha iniciado un reino de justicia con Jesucristo, aún no ha llegado el reino estable, y seguiremos rezando: «*Venga a nosotros tu reino.*»

Como este reino se relaciona con la conversión del pueblo de Israel, diré a los que les interese este tema, que lean entre otros textos, los siguientes:

— En Oseas 3, 4-5...: «pero después se convertirán y buscarán a Yahvé, su Dios y A DAVID SU REY y con temor acudirán al Señor y a su bondad al fin de los tiempos».

— En Jeremías 23, 5-6: «He aquí que vienen días, dice el Señor, en que Yo suscitaré A DAVID UN VÁSTAGO JUSTO, que reinará COMO VERDADERO REY, con sabiduría y ejercerá el derecho y la justicia en la tierra. En sus días se salvará Judá e Israel vivirá en seguridad. Y éste será el nombre con que le llamarán: Yahvé nuestra justicia». (Como estos textos podríamos citar otros muchos.)

La misma Historia es testigo de que estas profecías se hallan sin cumplir y notemos que cuando Jeremías y Oseas dicen esto, David había muerto ya siglos antes. ¿Qué rey, pues, será éste que Dios suscitará para su pueblo? Será uno que nacerá de su seno y que tendrá audiencia especial con Yahvé. Aparecerá después que se reúnan en Israel y en los días de su conversión y será descendiente de la dinastía davídica.

En el anuncio de los profetas tenemos que ver al David escatológico, o sea, al germen o vástago de esta dinastía (Jer. 33, 17; 23, 5; Ez. 34, 23; 37, 24; etc.)

Algunos ven en dicho vástago de David al mismo Mesías en persona, mas no veo clara esta afirmación ante los siguientes textos: Jer. 33, 7. 14-18; Zac. 6, 9-15; 3, 6; Ag. 2, 21-23...

Nota:

Como mi fin era indicar dificultades, y la explanación de ésta supone casi un libro, y como ya lo tengo publicado, y es *Israel y las profecías*, a él remito a mis lectores, donde verán una amplia explicación con la exégesis de los textos, y comprenderán cómo los dos varones de presagio de que nos hablan Zacarías y Ageo, representan las dos autoridades supremas civil y religiosa escatológicas.

2.º Las promesas de orden temporal anunciadas por los profetas son también grandiosas y magníficas y están reclamando su cumplimiento literal, y tenemos razones para esperarlas:

— Porque los profetas que anunciaron los padecimientos de Cristo, han anunciado también sus futuras glorias (1 Ped. 1, 10), y si las profecías sobre Cristo humilde y paciente se han cumplido literalmente como lo atestiguan el tiempo y la historia, ¿por qué no se han de cumplir las demás?

— Benedicto XV en su encíclica «*Spiritus Paraclitus*», también nos lo atestigua citando estas palabras de San Jerónimo: «Porque no es posible que tantas promesas como cantan en sentido literal los santos profetas, queden reducidas a no ser otra cosa que fórmulas vacías y términos materiales de una simple figura retórica; ellas deben, por el contrario, descansar en un terreno firme, y cuando queden establecidas sobre los cimientos de la historia podrán elevarse hasta la cumbre del sentido místico.»

En consecuencia, la Biblia juntamente con la Historia nos irán dando la clave de esta solución. (Véase mi libro anteriormente citado.)

Advertencia importante

Conviene saber, ante las dificultades que se presentan acerca de la Biblia, qué son los «géneros literarios» y cuáles son los sentidos principales que se dan en ella.

Géneros literarios

El Concilio Vaticano II al decir cómo hay que interpretar la Sagrada Escritura, nos recuerda la doctrina de las Encíclicas de los Papas a partir de León XIII, sobre los «géneros literarios», y dice:

«Habiendo Dios hablado en la Escritura por hombres a la manera humana, para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que Él quiso comunicarnos debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los escritores sagrados y qué intentó Dios manifestar con sus palabras.

»Para descubrir la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas hay que atender a los «géneros literarios», puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diversas en textos de diverso género: históricos, proféticos, poéticos o en otras formas de hablar».

El mismo Concilio Vaticano II nos dice que por géneros literarios hemos de entender: «Formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo...»

Hay muchos que para resolver las dificultades con que tropie-

zan en la Biblia, se contentan con decir que se trata de un género literario. No debemos jamás camuflar nuestra ignorancia con esa frase sin dar pruebas de la existencia de tal género, pues no hay que establecerlo «a priori» como dice Pío XII en la «Divino afflante Spiritu...».

Para precisar los conceptos bíblicos hemos de reconocer que la Biblia tiene *un valor objetivo previo* a nuestros conocimientos, y por tanto, cuando alguien pretende hacer una afirmación o negación opuesta al texto sagrado, justo es que se le exija una prueba que convenza porque de lo contrario sería permitir siembra de errores o confusiónismo.

Sentidos principales de la Biblia; literal y típico.

El *sentido* en la Biblia es el concepto o verdad que el Espíritu Santo (autor principal de la Biblia) quiere expresar por medio de las palabras del hagiógrafo o autor sagrado.

El *sentido literal* es el que está expresado inmediatamente por la letra o palabras del autor sagrado.

Y el *sentido típico o real* es el que se expresa por *medio de una cosa* que a su vez significa otra cosa, es decir, se da sentido típico cuando la cosa o persona o los hechos expresados por las palabras son figura de otras cosas. He aquí unos ejemplos:

— *Jonás* es figura o tipo de Cristo (Mt. 12, 39).

— *La serpiente de bronce* es figura de Cristo crucificado (Núm. 21, 9 y Jn. 3, 14).

— *El cordero pascual* es también figura de Cristo inmolado, y esto lo sabemos porque se nos revela en el N. T. y así nos lo dice San Juan: «Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos» (Ex. 12, 46 y Jn. 19, 36). (Véase mi *Introd. Gral. S. E.*, 5.^a edic.).

Nueva dificultad del Génesis

Después de las ya expuestas, me voy a referir a las que surgen de la historia de los hijos de Adán y Eva. Y lo que sigue es una copia de la exégesis que pongo sobre el 4.º Cap. del Génesis en mi libro: «*Santa Biblia ilustrada y comentada*» y que me han propuesto.

Adán y Eva tuvieron varios hijos e hijas (Gén. 5, 2) y tal vez fueron muchos. La Biblia expresamente nos nombra a tres: Caín, Abel y Set (Las hijas no se nombran porque no suelen entrar en las genealogías bíblicas).

Caín era labrador y Abel pastor. De las ofrendas hechas a Dios, las de Abel le eran de más agrado (Heb 11, 4). Si las de Caín no le fueron gratas a Dios es porque le ofrecía lo peor de los frutos de sus cosechas mientras que Abel, ofrecía a Dios los mejores cor-

deros de su rebaño, y por eso se entristeció Caín y intió envidia hacia su hermano.

«La envidia es el odio por la felicidad de los otros» (S. Agustín). La envidia es gran pecado, es una enfermedad, «es invención de Satanás» (S. J. Crisóstomo).

¿Se casaban entonces hermanos con hermanas? Ciertamente que así era, pero más tarde, cuando el vigor de la naturaleza y la pureza de la sangre o raza humana degeneró, ya se establecieron leyes que prohibían el matrimonio dentro de ciertos límites de parentesco (Lev 18).

Algunos hallan incongruencias en el capítulo 4.º del Génesis al confrontar la Biblia con datos de la ciencia originadas por el estudio de la historia antigua del paleolítico con la historia del neolítico, y así dicen que, como Caín era agricultor y hombre del paleolítico primitivo, no se ve que pudiera ser labrador ya que la agricultura no empieza sino en el neolítico. Y tampoco se explica el que Caín tuviese miedo de que alguien le encontrase y le matase, siendo así que no había más hombres que sus padres y, a lo más, hermanas suyas.

A esto diré que tales incongruencias pueden desaparecer al considerar que la Biblia omite innumerables datos y cientos o miles de personas que pudieron vivir durante la vida de Adán, si éste, según la Biblia, vivió 930 años, y Set, 912... (Véase mi *Introducción Esp. A. T.* 5.ª edic.)

Adán, después de engendrar a Set a los 130 años, vivió aún 800 años más, y tuvo bastantes hijos e hijas (Gen. 5, 4).

Hay que reconocer que la Biblia sólo pretende enumerar los descendientes de Adán que le interesan, para que se vea luego el cauce de la Historia de la salvación a través de Noé y de Abraham... del que había de nacer Cristo.

De Noé se dice que a los 500 años engendró a Sem, Cam y Jafet, y esto no quiere decir que antes no hubiera engendrado otros muchos hijos, sino que éstos los enumera para demostrar que, después del diluvio, de los tres hijos referidos de Noé, descienden cuantos hombres hay en la tierra.

Además, muchos de los sabios, ¿acaso no se mueven dentro de conjeturas? ¿Quién puede sostener que muchos de los datos de la ciencia humana son infalibles...? Afirmaciones no faltan, mas lo interesante son las pruebas fehacientes, pues, si prescindimos de éstas, nos quedaremos en meras hipótesis.

Dificultades contra la santidad de la Biblia

Etas dificultades que algunos dicen oponerse a la santidad de la Biblia, son las descripciones de escenas inmorales, actos de crueldad e imprecaciones (que pueden verse en mi *Manual de Sda. Escritura. Introd. Gral.* 5.ª edic.

Respondemos:

1.º En la Biblia aparecen ciertamente descritos ciertos *relatos inmorales*, adulterios y otros diversos pecados; mas no se oponen a la santidad de la Biblia.

Tales pecados son el retrato de una humanidad caída y cargada de miserias y defectos, y en aquellos personajes pudiéramos vernos nosotros retratados...; no obstante hallamos también modelos de penitencia, vg. en un David que compuso el bello salmo del *Miserere*, acto de contrición que ha hecho derramar a los pecadores arrepentidos muchas lágrimas de devoción y penitencia.

Además hemos de advertir que la Biblia narra sencillamente estos actos sin aprobarlos, y es más, lo mismo que alaba los actos buenos, así la mayor parte de las veces reprueba los malos, y en general nos dirá que *«la virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables.»* (Prov. 14, 34).

2.º *Hay también actos de crueldad*, como las guerras o «anatemas» de la conquista de Canaán, ordenadas por Dios, los que algunos aducen también contra la santidad de la Biblia, pero para juzgar de estas guerras es necesario atender primero al fin que Dios se propuso, que era no ver pervertido a su pueblo (Dt. 7, 4-16), y segundo a las costumbres bárbaras de aquella época, a la idolatría y a los vicios tan torpes de los cananeos.

Además todo pecado es digno de castigo, y Dios dueño de las vida de los nombres tiene derechos a castigar según justicia.

Por otra parte aquellos «anatemas», con seguridad que no hicieron tantas víctimas inocentes como ahora una incursión aérea en nuestras guerras. Hay dice C. Charlier, mucho fariseísmo, porque hay cristianos que se horrorizan al hablar de aquellos anatemas, y se regocijan ahora de un bombardeo enemigo, que hace mucho mayor número de víctimas.

3.º *Hay además imprecaciones* o proposiciones que expresan deseos de mal contra otros y contra sí mismo. Hay ejemplos sobre todo en los salmos en que se pide el castigo y exterminio de los enemigos; mas esto no obedece al deseo de venganza o al odio de enemistad contra ellos, sino al deseo de que brille la justicia de Dios y se restablezca el orden conculcado por los pecadores.

Hay que tener en cuenta que Dios promete bendiciones al que cumple su Ley y amenaza con maldiciones a los transgresores, vg: Lev. 26 y Dt. 28, y que el imprecante en la Biblia, sea David u otra persona suelen tomar la causa de Dios como causa propia, y así en virtud de la alianza entre Dios y su pueblo, los enemigos de Israel son enemigos de Dios, y la honra de Israel honra de Dios, y por lo mismo las derrotas de Israel redundan en desdoro de Dios.

y por eso también al tratar los gentiles de aniquilar al único pueblo que adoraba a Dios, el salmista lo aborrece como enemigo de Dios.

En las imprecaciones hay, pues, que advertir que una cosa es el deseo de *venganza personal*, condenado por Dios, y otra el celo por la honra divina que devora el deseo del salmista.

En las imprecaciones nunca se desea un mal espiritual, sino material y temporal, y éste propiamente no como tal mal, sino en orden a un bien, y además pueden tomarse como deseos de males temporales no a los hombres en sí mismo, sino contra el reino del pecado...

En cuanto a las imprecaciones de Job y de Jeremías podemos decir que se reducen a «desahogos de la naturaleza» en momentos en que se ve uno oprimido por los dolores físicos o morales.

Nota:

Respecto a la inspiración de la Biblia, algunos dudan que todas las frases de ellas sean palabra de Dios, y a esto diremos que todas las sentencias que hay en la Biblia están inspiradas *formalmente*, o sea, por razón de la consignación, mas no siempre *materialmente*. He aquí un ejemplo claro: Cuando afirma el hagiógrafo: «Dijo el impío: *No hay Dios*» (Sal. 14, 1), lo que está inspirado es que el impío lo dijo... y cuando el hagiógrafo o autor sagrado duda o no sabe o sabe de una manera vaga... Una cosa es que *Dios no sepa o dude* (lo que es imposible) y otra cosa muy distinta es que *Dios atestigüe la duda, ignorancia del hagiógrafo*. (Véase mi *Instrucción General* a la S. E., quinta edición, páginas 78 y 79.)

EL ESTUDIO DE LOS EVANGELIOS

Después de las dificultades expuestas sobre la Biblia, me ha parecido oportuno poner a continuación un tema, que creo importante, sobre el verdadero origen de los Evangelios, para dar a conocer algunas teorías racionalistas que atacan la historicidad de los Evangelios, y los estudiosos sepan responder a ellas.

(Es copia de una «Introducción a los Evangelios» que hice en mi libro: «*BIBLIA para el estudio y enseñanza de la Religión*», pág. 257 ss.)

El Evangelio y los Evangelios

«Evangelio» es una palabra que significa «Buena Nueva» o buena noticia, la noticia gratísima de la redención de los hombres hecha por Jesucristo. «Evangelio» es el nombre que damos a la doctrina de Jesucristo y a los libros en que está contenida.

Llámanse «Evangelios» los cuatro libros donde se narra la vida, los milagros y las principales palabras de Jesucristo.

Los Evangelios reconocidos por la Iglesia son cuatro: «Evan-

gelio según San Mateo, según San Marcos, según San Lucas y según San Juan». Propiamente no hay más que un Evangelio, porque una es la «Buena Nueva» anunciada por Jesucristo. Y así dijo San Ireneo: «Cristo nuestro Señor nos ha dado un Evangelio bajo cuatro formas», y Orígenes: «El Evangelio es uno en realidad aun cuando venga de cuatro escritores.»

Los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas se llaman sinópticos por la semejanza que suelen guardar entre sí. San Juan narra otros hechos que complementan los tres anteriores.

Los Evangelios nos dan a conocer a Jesucristo, que es el Mesías prometido a los patriarcas y anunciado en el Antiguo Testamento por los profetas.

El Evangelio oral y escrito

1) El Evangelio primeramente fue oral. La Buena Nueva por excelencia, la doctrina de Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, fue predicada al mundo, primeramente por El, luego por sus Apóstoles, a quienes envía a predicar. He aquí los testimonios que lo confirman:

«E iba Jesús recorriendo toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino» (Mt. 4, 23). «Id y predicad diciendo: “Que se acerca el reino de los cielos”» (Mt. 10, 7). «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a todas las criaturas» (Mc. 16, 15).

Los Apóstoles eran los testigos de Jesús, y afirmaban: «No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído» (Hech. 1, 8; 4, 20). Su predicación fue el Evangelio oral, o sea, prolongación de la predicación de Jesús.

2) El Evangelio escrito. Después de haberse predicado en gran parte del mundo el Evangelio, se sintió la necesidad de fijar por escrito la enseñanza oral que se había predicado. Y así algunos de los Apóstoles y discípulos, inspirados por Dios, para bien de las comunidades cristianas y fieles, escribieron parte de la doctrina que predicaban, o sea, de las divinas enseñanzas de Jesucristo.

La predicación apostólica fue una instrucción a la que se ha dado el nombre de «catequesis», formada a base de los hechos y palabras de la vida de Jesús. Lo hicieron porque la fe depende de la predicación de la palabra o Evangelio de Jesucristo (Rom. 10, 17).

EL VERDADERO ORIGEN DE LOS EVANGELIOS

El verdadero origen de los Evangelios escritos fue el Evangelio oral, o sea, la predicación de Jesucristo y de sus Apóstoles. Entre el itempo que vivió Jesús y el de la composición de los Evangelios pasa un tiempo de poco más de veinte años.

La Iglesia fundada por Jesucristo es para los católicos la verdadera Maestra, intérprete y norma para discernir o juzgar de la autenticidad, de la inspiración y el sentido de los libros bíblicos.

1) Teorías racionalistas

Para el protestantismo en su primera etapa, o sea, para Lutero, Calvino y sus discípulos, la Biblia era un libro inspirado por Dios, es decir, todo él era de origen divino y no tenía nada de humano, pues el autor humano bajo la inspiración divina había sido un instrumento meramente material.

Admitieron la Biblia como única norma de fe y rechazaron la tradición y el Magisterio de la Iglesia. De esta manera la razón individual del hombre, esencialmente limitada y variable y sujeta a mil contradicciones y pasiones, al quedar como un juez de la Palabra de Dios, terminó por despojar a la Biblia de su carácter sobrenatural. Este error facilitó la propaganda de las ideas antibíblicas y racionalistas a los protestantes de los siglos XVII y XVIII: Samuel Reimar, David Federico Straus (1808-1874), Fernando Christian Baur (1792-1860), Eichorn, Gotlob Paulus, Renán, Wellhausen, etc. Estos niegan el milagro y lo sobrenatural; y al no saber cómo explicar los milagros, una vez despojada la Biblia de todo elemento sobrenatural, unos intentaron explicarlos como efectos puramente naturales, manifestaciones especiales de las fuerzas de la naturaleza; y con lo artificioso de su invento incurrieron en puerilidades e inexactitudes.

Otros quisieron sostener que los Evangelios son un mito, una leyenda; y como para la formación de una leyenda se necesita cierto período de tiempo, retardaron la fecha de composición de los tres primeros evangelios hasta la mitad del siglo II. Después, al reconocer la figura excelsa de Cristo y que los Evangelios habían sido escritos en el siglo I, terminaron negando la divinidad de Jesucristo.

Por este camino la Biblia deja de ser considerada como libro divino y revelado; viene a quedar reducida a un libro puramente humano y legendario: terminan ellos y sus secuaces en el escepticismo bíblico.

2) Método de la «historia de las formas»

El nombre «historia de las formas» no es otra cosa que la «historia de la formación» del texto de los Evangelios sinópticos.

Este método trae su origen de sus dos principales fundadores: Martín Dibelius, que escribió en 1919 el libro denominado: «Historia de la formación de los Evangelios», y Rodolfo Bultmann, que escribió «La historia de la tradición sinóptica», en 1921.

Este método tiene su origen en H. Gunkel y en Wellhausen

(† 1918), quienes lo aplicaron al Génesis. En cambio, Dibelius y Bultmann, valiéndose de la crítica literaria, de la sociología y de la historia de las religiones, quisieron aplicarlo también a los Evangelios.

El principio y fundamento del método es éste: la cuna en la que nace y crece el mensaje evangélico es «la primitiva comunidad cristiana»; y esta comunidad, de la que proceden los Evangelios, tiene estas características:

1.^a Que se asemeja a los ambientes populares, a las masas anónimas en las que nacen leyendas...

2.^a Que tiene carácter propio, el ser «creativa». Esta comunidad, después de haber sido impresionada por algún hecho o palabra que le habían referido los testigos oculares o auriculares, lo ha desarrollado después, añadiendo elementos legendarios que eran producto de la fantasía popular o de las religiones del ambiente.

Bultman y sus secuaces se atreven a afirmar que en los Evangelios hay solamente un pequeño núcleo histórico de la vida de Jesús y de su mensaje, que se reduce a muy poca cosa, y que es bien poco lo que sabemos de Jesús y casi nada con certeza de su vida y de su doctrina. Pero nada más falso como veremos.

3) Posición de la Iglesia

El Cardenal Bea, en su obra «La historicidad de los Evangelios», año 1962, y Monseñor Weber, Arzobispo de Strasfour, en «Orientaciones actuales de los estudios exegeticos sobre la vida de Cristo», del mismo año, salen al paso de esta doctrina demoleadora. Nos dicen que los protagonistas de este método son racionalistas con prejuicios contra todo lo sobrenatural y que están imbuidos, por lo general, de filosofía existencialista, y que la teoría que sostienen lleva consigo un cúmulo de suposiciones y afirmaciones gratuitas.

La comunidad cristiana primitiva no es una comunidad anónima ni una comunidad que tenga actividad alguna creadora y menos esa actividad que aumenta o inventa con la fantasía, sino una comunidad bien conocida; que es solamente depositaria del mensaje de Cristo, y no es creadora de una doctrina; que los apóstoles, testigos oculares y autorizados, son conscientes de su misión y fieles transmisores de lo que atestiguan: «investigando cuidadosamente todos los hechos desde el principio», como lo hace el evangelista San Lucas (1, 2-3).

Los apóstoles, por otra parte, no sólo lo transmiten fielmente, sino que vigilan para que lo transmitido sea conservado puro y sin alteraciones. (Hech. 8, 14.) «De estos hechos —afirman— somos testigos.» (Hech. 2, 32; 3, 15; 5, 32; 10, 39.)

Los Evangelios se remontan a la predicación de los Apóstoles,

«ministros de la Palabra» (Lc. 1, 2); su predicación es sobre cosas esenciales, a modo de Catecismo, adaptada a los oyentes en los diversos ambientes; esta predicación respeta siempre la sustancia y las líneas maestras de la vida de Jesús y de su mensaje. Los Evangelios en cuanto son una obra humana contienen en algunas sentencias las mismas palabras de Jesús, y esto ocurre sin duda en aquellas en las que los evangelistas sinópticos concuerdan, y en las demás hemos de reconocer el pensamiento fiel de Jesús; y en cuanto son obra divina, o inspirados por Dios, contienen la palabra infalible de Dios. (Este trabajo puede verse más ampliado en «Introducción Especial al N. T.», 5.ª ed., B. Martín Sánchez.)

La doctrina de la Iglesia la tenemos clara en el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática DEI VERBUM, en la que se confirma el origen apostólico de los Evangelios y se afirma «sin vacilar su historicidad» y que ellos nos transmiten fielmente «lo que Jesús hizo y enseñó». (DV. 18 y 19.)

Los Evangelios nos transmiten verdad objetiva y no mitos o suposiciones, y a su vez nos transmiten fielmente el pensamiento y la doctrina de Jesús, esto es, según el sentido, aunque en todo caso no podamos afirmar que son las mismas palabras materiales de Jesús.

Nosotros tenemos el deber de tratar siempre con el máximo respeto las Sagradas Escrituras y sobre todo los Evangelios, porque son la Palabra de Dios, y todos debemos hablar, obrar y enseñar, como dice Monseñor Weber, «para edificación y no para destrucción». (2 Cor. 10, 8.)

Fecha en que se escribieron los Evangelios:

La opinión tradicional (prescindiendo de las teorías del «proto Marcos») y conforme a los decretos de la Comisión Bíblica: *San Mateo*, entre el año 40 y el 50; *San Marcos*, antes del 60; *San Lucas*, del 60 al 63, y *San Juan*, al final del siglo I, sobre el año 95.

LOS CUATRO EVANGELIOS SON AUTÉNTICOS, ÍNTEGROS Y VERÍDICOS

Autoridad humana de los Evangelios

Aquí no intentamos sino resumir algunos conceptos sobre la historicidad de los cuatro Evangelios.

Todo cuanto contienen los Evangelios debemos creerlo, esto es, merecen fe humana por ser verdaderamente históricos, o sea, porque son auténticos, íntegros y verídicos.

Un libro es auténtico cuando ha sido escrito en la época y por el autor que le asignan.

Un libro es íntegro cuando ha llegado hasta nosotros sin alteración, tal como fue compuesto por el autor.

Un libro es verídico cuando el autor no puede ser sospechoso de error o de mentira.

1.º Autenticidad de los Evangelios

Los Evangelios son auténticos por haber sido escritos en la época que se les asigna y por los autores a quienes se les atribuye.

Pruebas de la autenticidad:

1.^a *Por la índole o redacción y estructura interna* de las historias evangélicas, en las cuales se ve claramente que sus autores eran testigos oculares (San Mateo y San Juan) o contemporáneos (como San Marcos y San Lucas) de los sucesos que narran.

2.^a *Por la imposibilidad de todo fraude* en cosa de tanta transcendencia o sea tan importante y esencial, dada la vigilancia de los Apóstoles, que no hubieran permitido que se abusara de su nombre para engañar a los fieles, y por la firme creencia de los primeros cristianos.

3.^a *Por el testimonio del pueblo cristiano* o sea por la tradición no interrumpida junto con el asentimiento de muchos paganos sin contradicción de los mismos enemigos de aquel tiempo. Ya a mediados del siglo II se tenían en la Iglesia los cuatro Evangelios como auténticos y se les distinguía de los demás escritos apócrifos.

4.^a *Por los testigos antiquísimos y de mayor excepción como son:*

San Clemente Romano, discípulo de San Pedro y Papa desde el año 91 al 100, cita los cuatro Evangelios.

San Ignacio de Antioquía, discípulo de San Juan, cita también los Evangelios a principios del siglo II.

San Justino, apologista y mártir, por los mismos años afirma que los Evangelios eran leídos en los oficios del domingo.

San Ireneo, Obispo de Lyon (120-202), discípulo de San Policarpo, amigo éste de San Juan, invoca contra los herejes nuestros cuatro Evangelios. He aquí sus palabras:

«Mateo publicó el Evangelio entre los hebreos y en su lengua, en la época en que Pedro y Pablo predicaban el Evangelio en Roma y fundaban la iglesia. Más tarde Marcos, discípulo y secretario de Pedro, nos transmite por escrito las verdades que enseñaba este apóstol. Lucas, discípulo de Pablo, escribía en un libro el Evangelio que predicaba su Maestro. Finalmente, Juan, el discípulo predilecto del Señor, publicó un Evangelio mientras residía en Éfeso, en Asia... Tal es la certeza de nuestros Evangelios, que hasta los mismos herejes la reconocen y testifican.»

Orígenes, que vivió del año 185 al 254, afirma que «hay cuatro Evangelios, que son los únicos recibidos sin dificultad en toda la Iglesia de Dios» y nombra a sus autores.

Tenemos además los importantes testimonios de *Tertuliano* (145-230), de *Clemente de Alejandría* (140-214) y los testimonios de todos los Padres de la Iglesia, también de los escritores de los siglos III y IV y siguientes.

Nos consta también de la autoridad de los Evangelios en la obra titulada *Pastor de Hermas* escrita entre los años 139 y 154, en el Catálogo de *Murator*, compilado entre 160 y 170 y la *Armonía de los cuatro Evangelios*, de Taciano, compuesta hacia el año 170.

Nadie puede negar la autoridad de estos Libros Santos, porque tienen caracteres de veracidad mil veces más notables que todas las historias del mundo.

Finalmente, transcribiremos un testimonio de *Papías*, Obispo de Hierápolis, en Frigia, que escribió sobre los años 130, discípulo del apóstol San Juan y compañero de San Ignacio de Antioquía y de San Policarpo de Esmirna. Este testimonio que prueba la autenticidad de los Evangelios, lo quieren emplear los racionalistas para afirmar lo contrario. He aquí las palabras de Papías:

«Mateo escribió en hebreo los discursos del Señor (gr. *logia* del Señor), y cada uno los ha traducido o interpretado como podía. El anciano (esto es, San Juan) decía también esto: Marcos, intérprete de Pedro, escribió cuidadosamente cuanto recordaba; sin embargo, no escribió por orden lo que Cristo dijo e hizo pues no había oído ni seguido al Señor; pero más tarde acompañó a Pedro, quien conforme a la necesidad, enseñaba los discursos del Señor, sin seguir en ellos un orden riguroso: así que Marcos no hizo mal en escribir las cosas según las recordaba, pues su intento único era no omitir nada de cuanto había oído ni introducir error alguno.»

Objeciones:

El testimonio de Papías, según los racionalistas, va:

1.º Contra la autenticidad del Evangelio de San Mateo, porque la palabra griega *logia*, que emplea, significa «discursos, oráculos, palabras», y con ella Papías quiso significar que San Mateo hizo una colección de los discursos de Jesucristo, y no su vida o sus hechos.

Respondemos: 1) Que por el contexto es evidente que escribió no solamente discursos, sino los hechos de Jesucristo, y porque de la declaración que hace al hablar de San Marcos al que designa con la misma palabra *logia* todos han entendido que habla de su Evangelio. *Logia* equivale al *dabar* hebreo, que significa no sola-

mente *palabra* sino toda cosa, y corresponde a los hechos y dichos del Señor.

2) Porque el historiador Eusebio que tuvo en sus manos y estudió los fragmentos de Papias entiende dichas palabras como referentes al Evangelio de San Mateo, y así dice: «Mateo... compuso su Evangelio en lengua patria».

2.º *Contra el Evangelio de San Juan*, aducen también los racionalistas el pasaje de Papias y otras palabras que le siguen, en el que se empeñan en afirmar que habla de dos Juanes, uno el apóstol y el otro el presbítero Juan, para de este modo negar que el apóstol fuese autor del cuarto Evangelio.

Respondemos: 1) Que el texto de Papias, según la creencia de muchos, incluso de algunos racionalistas, no está exento de corrupción.

2) Que aun admitiendo la autenticidad del texto y que en realidad fueran dos Juanes ¿no podría referirse, como dice el P. Círrica Prat, a Juan Marcos, el Evangelista que ya había escrito su Evangelio, y el segundo al sénior (presbítero o anciano) a San Juan Apóstol?

3) También tenemos un testimonio de San Ireneo que habla del Apóstol San Juan, como si fuese único en la Iglesia de Éfeso.

4) Aunque nos pusiéramos en el supuesto de que según Papias, Juan el presbítero fuese distinto de Juan el apóstol (cosa que no se ha demostrado ni está clara ¿qué podía hacer un testimonio particular contra doscientos que afirman lo contrario?

La existencia de un segundo Juan distinto de Juan Evangelista y autor del 4.º Evangelio es una teoría que no tiene consistencia histórica.

2.º Veracidad de los Evangelios

Los cuatro Evangelios son veraces por las siguientes razones:

1.ª *Porque los Evangelistas no podían engañarse humanamente en sus escritos:*

1) Porque los hechos que narran eran recientes, públicos y conocidos por todos.

2) Porque lo que narran lo habían visto o recibido de boca de testigos oculares dignos de fe y eran conocedores de los usos, costumbres e ideas religiosas de entonces.

2.ª *Porque los Evangelistas no quisieron engañar al escribir. Lo demuestra:*

1) Su estilo sencillo y lleno de candor, y aun las mismas variantes accidentales sobre un mismo hecho entre los Sinópticos.

2) Porque de sus narraciones no pudieron esperar ningún provecho material; antes bien, alcanzaron persecuciones y el martirio,

pudiendo decir con Pascal: «Yo creo fácilmente las historias cuyos testigos se dejan degollar en comprobación de su testimonio».

3) Porque la crítica enemiga los ha examinado con la mayor prevención y saña, como jamás se haya examinado libro alguno, y no ha podido encontrar error o falsedad.

3.^a *Porque los Evangelistas no hubieran podido engañar, aunque hubieran querido.* Se prueba:

1) Porque vivían todavía numerosos testigos presenciales de los hechos del Evangelio, y hubieran protestado, y los mismos enemigos del cristianismo no hubieran dejado de descubrir la impostura.

2) Porque se trata de hechos conocidos y narrados por los historiadores profanos y controlados por los monumentos de la época y por los mismos judíos enemigos.

3.º Integridad de los Evangelios

Los Evangelios son *íntegros*, es decir, han llegado intactos hasta nosotros, conservándose como salieron de las manos de sus autores, sin mutaciones *esenciales*, y si se nota alguna que otra variante es accidental y debida a errores de copistas o de traductores.

1) *Nuestros Evangelios no han sido alterados*, porque el texto actual está conforme con los *antiguos manuscritos*. Existen más de dos mil trescientas copias, hechos en pergamino, todas ellas antiqüísimas, pertenecientes a distintas regiones y escritas en diversas lenguas, y todos ellas ofrecen el mismo texto sin variantes substanciales, como lo han comprobado sabios modernos católicos y protestantes.

2) *Era imposible toda alteración substancial*, porque han sido siempre reverenciados como divinos, y aprobados por los apóstoles; han sido custodiados con sumo cuidado por los primeros Pontífices y cristianos y tenidos con gran veneración al ser leídos todos los domingos en los oficios. Era imposible falsificarlos, y más al ser conocidos por los católicos, herejes e incrédulos, pues en caso de mutación substancial hubiera surgido protesta unánime de todos ellos.

Conclusión

Nos vemos precisados a decir con el P. A. Hillaire: «Son, pues, los Evangelios el libro más autorizado; el más íntegro, el más verídico de todos los libros. Estamos por consiguiente, tan ciertos de los milagros de Jesucristo como de sus enseñanzas. Los testigos

que los narran los han visto; estos testigos no se engañan; sus narraciones han llegado hasta nosotros en toda su integridad. El impío Rousseau dice: «¿Cómo recusar el testimonio de un libro escrito por testigos oculares que lo firmaron con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que nunca han cesado de darlo a conocer en toda la tierra, y por el cual han muerto más mártires que letras tienen sus páginas?»

Si los hechos del Evangelio no fueran verdaderos, el Cristianismo nunca se hubiera podido establecer y conservar en la tierra. (Véase mi libro «Manual de S. Escritura. III. Nuevo Testamento». 5.ª edición.)

7) Porque se trata de hechos conocidos y narrados por los mismos protagonistas y controlados por los numerosos de la época y por los mismos indios contemporáneos.

2. Autenticidad de los Evangelios

Los Evangelios son auténticos es decir, han llegado intactos hasta nosotros, es decir, como salieron de la mano de sus autores, sin modificaciones, añadidos, ni de otra alguna que los altere. La autenticidad es el hecho de que el texto de un documento es idéntico al original.

La autenticidad de los Evangelios se prueba por el testimonio de los mismos autores, por el testimonio de los contemporáneos, por el testimonio de los sucesores, por el testimonio de los lectores, por el testimonio de los copistas, por el testimonio de los traductores, por el testimonio de los editores, por el testimonio de los libreros, por el testimonio de los vendedores, por el testimonio de los compradores, por el testimonio de los lectores, por el testimonio de los copistas, por el testimonio de los traductores, por el testimonio de los editores, por el testimonio de los libreros, por el testimonio de los vendedores, por el testimonio de los compradores.

La autenticidad de los Evangelios se prueba por el testimonio de los mismos autores, por el testimonio de los contemporáneos, por el testimonio de los sucesores, por el testimonio de los lectores, por el testimonio de los copistas, por el testimonio de los traductores, por el testimonio de los editores, por el testimonio de los libreros, por el testimonio de los vendedores, por el testimonio de los compradores.

3. Conclusión

Los hechos narrados en los Evangelios son auténticos, es decir, han llegado intactos hasta nosotros, como salieron de la mano de sus autores, sin modificaciones, añadidos, ni de otra alguna que los altere.

6.º LA IGLESIA Y SU MAGISTERIO

1) La Iglesia de Jesucristo

La fundación de la Iglesia es uno de los temas más fundamentales. Por el Evangelio, documento histórico, sabemos que Jesucristo empezó a anunciar el establecimiento de un reino que llamó «reino de Dios» y «reino de los cielos»...

La palabra «reino» equivale a «reinado, gobierno o imperio». El reino de Dios es su reinado sobre el mundo.

«*El reino de Dios está cercano*», dijo Jesucristo, y viene a nosotros cuando se dirige a los hombres la *palabra de Dios* que, al ser recibida, crece como la semilla depositada en tierra buena. (Mt. 13, 3 ss.)

El reino que se incoa en la tierra y tiene su término en el cielo es propiamente la Iglesia, y así lo dice el Vaticano II: «La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino». (LG. 5.)

¿Cómo se nos presenta esta Iglesia?

El mismo Concilio Vaticano II nos lo dice así:

«La Iglesia se nos presenta como “una comunidad” que vive y se desarrolla en el tiempo, esto es, como Pueblo de Dios, constituido por el bautismo, en camino a través de la historia, destinado a reunir a todos los hombres, los que Dios quiere salvar no individualmente o aislados entre sí, sino constituyendo un pueblo que le conozca en la verdad y le sirva santamente.» (LG. 9.)

¿Qué hizo Jesucristo para fundar su Iglesia?

Lo diremos también con las mismas palabras del Concilio: «Para establecer esta su santa Iglesia en todo el mundo hasta el fin de los siglos, Cristo confió al colegio de los doce el oficio de enseñar, gobernar y santificar. Entre ellos eligió a Pedro, sobre el cual

después de la confesión de fe, decretó edificar su Iglesia; a él le prometió las llaves del reino de los cielos.» (UR. 2.)

Jesucristo, pues, fundó la Iglesia con la elección o institución de los apóstoles, y por ser Él también Dios, la Iglesia es una obra divina.

¿Cuál es la misión de la Iglesia?

La misión de la Iglesia es la misma misión de Cristo, la de anunciar la verdad salvadora, o sea, el Evangelio a todas las gentes de la tierra y santificarlas con los sacramentos como medios de gracia de salvación.

El dijo a sus apóstoles: «*Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará, mas el que no creyere se condenará.*» (Mc. 16, 15-16.)

Muchos fueron creyendo este su mensaje y se bautizaron y por el bautismo se fueron incorporando a su Iglesia.

El Conc. Vaticano II dice: «La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social. El fin que le asignó es de orden religioso.» (GS. 42.)

¿Qué es la Iglesia?

«La Iglesia es una congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa.» (P. Astete.)

Pío XII dijo que lo más excelente que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo».

«Si buscamos, dice, una definición de la esencia de esta verdadera Iglesia de Cristo, que es santa, católica, apostólica y romana Iglesia, no se puede hallar más excelente y egregio, nada más divino que aquella expresión con que se llama «Cuerpo místico de Cristo.» (Enc. *Mystici Corp.*)

Y esta es la doctrina San Pablo, quien nos dice que la Iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el Cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza de ese Cuerpo.

«Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos, constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo.» (1 Cor. 12, 1-11.)

La Iglesia es una obra por medio de la cual Dios quiere salvar a todos los hombres. (*La Iglesia es «sacramento»*. Véase p. 123.)

Fundamento de esta Iglesia

Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro al que le prometió el primado o autoridad suprema, al decirle:

«Y Yo te digo que tú eres Pedro (la piedra) y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que atares sobre la tierra, será atado en el cielo.» (Mt. 16, 17-19.)

Jesús, por estas palabras, hace una promesa a Pedro, la de fundar una Iglesia o nueva comunidad religiosa, de la que él será el Primado.

— *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra...* Pedro es piedra(esto significa su nombre, en arameo *Kefa*), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, es decir, sobre Pedro descansa y fundamenta la Iglesia, pues Pedro con su autoridad da unidad, estabilidad y firmeza en toda ella.

(Las otras metáforas de las «llaves» y «atar y desatar», así como la «jerarquía», «el sacerdocio común y ministerial o jerárquico» y otras cuestiones pueden verse tratadas ampliamente en mi libro: *BREVE TEOLOGÍA*.)

— *El primado de Pedro pasa a sus sucesores.* La razón es clara, porque, según las palabras de Jesucristo, la autoridad de Pedro es el *fundamento de la Iglesia*; y el fundamento de un edificio debe durar tanto como el edificio mismo y cuenta con la promesa de Jesucristo. (Mt. 28, 20.)

Los sucesores del Pedro son los Papas, y desde San Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción. (Véase la lista de los Papas en mi *Historia de la Iglesia*.) Lo mismo podemos decir de los obispos sucesores de los apóstoles. Estos ordenaron a obispos que les sucedieron y estos a otros, hasta la época actual...

La Iglesia es apostólica, pues trae su origen de los apóstoles, y ninguna de las sectas existentes hay que pueda trazarnos su genealogía desde ellos.

— *La Iglesia luterana* fue fundada por Lutero en 1517.

— *La iglesia anglicana*, por Enrique VIII en 1534.

— *La secta de los Mormones*, por José Smith en 1830.

— *Los adventistas* por Guillermo Miller en 1831... Luego divididos en 1844 y surgieron los «Adventistas del 7.º día»...

— *Los testigos de Jehová*, fue fundada por Carlos Taze Russel en 1870, modificada por su discípulo Rutherford en 1918, y han aparecido como falsos profetas... (Yo he publicado un libro titulado: «*Los testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores*», en el que se pone de manifiesto cuanto se puede saber de esta secta, y como su Biblia es una Biblia falseada y tergiversada...), etc. Son muchísimas las sectas, más de 300 y pueden verse en catálogos que circulan...

2) El Magisterio supremo de la Iglesia

El Magisterio supremo de la Iglesia es el poder que la Iglesia ha recibido de Jesucristo para enseñar a todos con plena autoridad las verdades reveladas y las que tengan connexion con ellas.

El *Magisterio de la Iglesia reside* en el Papa con los obispos del orbe católico, y por eso decimos que ellos con sus delegados forman la *Iglesia docente*, y los demás fieles forman la *Iglesia discente*.

Pruebas a favor del Magisterio de la Iglesia

1.^a Porque Jesucristo fundó su Iglesia al frente de la cual puso a San Pedro y a sus apóstoles y sucesores, y ellos recibieron de Él *la potestad de enseñar su doctrina por todo el mundo* y les fue prometida su asistencia hasta el fin de los siglos. (Mt. 16, 18-19; 28, 19-20; Mc. 16, 16), y a ellos precisamente les dijo: *El que a vosotros oye, a Mí me oye...*» (Lc. 10, 16.)

2.^a Porque a los apóstoles les da el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas y por tanto también el don de entender y de interpretar las Escrituras. (Jn. 14, 26; Lc. 24, 45.)

3.^a Porque de hecho los apóstoles nos interpretan las Escrituras y nos dicen el verdadero sentido. (Hech. 1, 15-22; 2, 14-18; Heb. 4, 1-10; etc.)

El Magisterio de la Iglesia es infalible

La Iglesia no puede errar en las cosas de fe y de moral. La razón es porque Cristo hizo a San Pedro «fundamento de toda la Iglesia» para darle unidad y solidez, y porque le prometió además a esta su Iglesia una duración imperecedera con una *ayuda eficaz* o asistencia especial (Mt 28, 19-20).

Ahora bien, esta unidad y solidez no es posible si no se conserva la verdadera fe. Luego Pedro (y por tanto sus sucesores) es el supremo Maestro en la fe en toda la Iglesia, y por tanto es infalible.

La infalibilidad del magisterio reside en el Papa con los obispos, dispersos o reunidos en Concilio, y en el Papa por separado cuando enseña *ex-cathedra*, es decir, como pastor y maestro de todos los fieles, declara una doctrina de fe o de moral para la Iglesia entera.

— Cristo dio a sus apóstoles su misma misión (Jn 20, 21), e hizo a San Pedro la promesa de que no desfallecería su fe, y le dio el encargo de confirmar a sus hermanos en la fe (Lc 22, 32). Tam-

bién prometió a los apóstoles el Espíritu Santo para que les enseñe todas las cosas (Jn 14, 26; Lc 24, 45).

Advertencia:

De lo anteriormente expuesto nos consta que la asistencia del Espíritu Santo fue prometida a su Iglesia *docente* (Id, enseñad...), y no nos consta por texto alguno de la Biblia que fuera prometida a cada uno en particular.

No creemos, pues, que sea cierto, como dicen algunos protestantes, que el Espíritu Santo habla en particular a cada uno de los lectores de la Biblia, pues si así fuera, al ser Él «el que guía hacia la verdad completa» (Jn 17, 12), y ser «espíritu de verdad», ¿por qué hay entre ellos más de 300 sectas y no tienen la misma doctrina contradiciéndose en los mismos puntos? Luego es necesario reconocer el Magisterio de la Iglesia.

Necesidad del Magisterio de la Iglesia

El Magisterio de la Iglesia es sumamente necesario por la razón dicha, a fin de permanecer todos unidos en la verdad, y porque la Sagrada Escritura perdería su valor a nuestros ojos, si la Iglesia con su Magisterio o predicación viva no nos certificara *cuántos y cuáles son los libros de origen divino*. San Agustín dijo: «Yo no creería al Evangelio si no me moviera la autoridad de la Iglesia».

El Concilio Vaticano II, como ya advertimos, nos dice: «La Iglesia conoce por Tradición el canon o número de los libros inspirados de la Escritura», pues no lo sabemos por la misma Escritura, y de aquí la necesidad del Magisterio de la Iglesia depositaria de ellos.

Historia de la Iglesia (resumen)

El tiempo histórico de la Iglesia empieza con Cristo, su fundador. Con su Ascensión al cielo terminó su *acción visible* sobre la tierra; mas notemos que su misión después de su resurrección continuará hasta que dure el mundo, pues dijo a sus apóstoles: «*Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos*» (Mt. 28, 20).

La Historia de la Iglesia es una realidad que tiene su razón de ser en Cristo, persona histórica (pág. 64).

He aquí un resumen de los hechos más esenciales:

— *La inauguración oficial de la Iglesia* tuvo lugar el día de Pentecostés, y desde entonces empezó a extenderse por todo el mun-

do. En su primer sermón San Pedro convirtió a unos 3.000 judíos que se agregaron a la Iglesia por el bautismo (Hech. 2, 41).

— *La vida de los primeros cristianos*. Vida en común (Hech 4. 32-35). Tenían sus reuniones eucarísticas (Hech. 20, 7).

— *Pruebas y persecuciones*. La Iglesia naciente empezó a tener sus pruebas, como Cristo lo tenía anunciado: «A mí me han perseguido y a vosotros os perseguirán» (Jn. 15, 20). Muchas fueron las persecuciones. Se enumeran 10 principales, que empezaron con Nerón y culminaron con Diocleciano y Juliano el apóstata.

— *Constantino el Grande* y la libertad de la Iglesia con el edicto de Milán en el año 313. Con Teodosio I la religión católica pasó a ser la religión del Estado (a. 379-395).

— *Vida de las comunidades cristianas y la convención de los bárbaros* (siglos v y vi).

— *Las Cruzadas*, expediciones de carácter religioso-militar para rescatar los Santos Lugares del poder musulmán.

— *Cisma de Oriente*. Separación de la Iglesia de Oriente de la de Occidente, o sea, de Roma, año 1054...

— *La reforma de la Iglesia en el siglo xvi*...

— *Extensión de la Iglesia mediante la evangelización*...

— *Principales problemas de la Iglesia*...

Advertencia:

Todos estos capítulos pueden verse tratados en compendio en mi libro «Breve Teología».

7.º ¿QUIÉN ES JESUCRISTO?

Para responder debidamente a esta pregunta hay que haber leído bien la Biblia, especialmente los Santos Evangelios, *la Biblia trata de Jesucristo*: Él es su figura central, porque en Él convergen todas las profecías.

El mismo Jesucristo hizo un día esta pregunta a los fariseos (los intelectuales del pueblo judío, que se preciaban de saber las Sagradas Escrituras): ¿QUÉ OS PARECE DE CRISTO...?, y nos dice el Evangelio que «no supieron responderle» (Mt. 22, 41-46).

Si hoy hiciéramos esta pregunta a muchos de los que se llaman cristianos: ¿QUIÉN ES JESUCRISTO? ¿Sabrían respondernos?

Empezaremos por hablar de su nombre, luego de su anuncio en el Antiguo Testamento, y por fin diremos unos rasgos generales de su vida y los testimonios existentes acerca de Él.

1.º Nombre de Jesucristo

El nombre de JESUCRISTO se compone de JESÚS = Salvador, y de CRISTO (palabra griega, en hebreo MESÍAS) = Ungido. Y por eso unas veces le llamamos JESÚS, otras CRISTO, otras EL MESÍAS, otras JESUCRISTO y otras EL SEÑOR (lo que equivale a llamarlo nuestro DIOS, pues a Dios le designa en el A. T. con la palabra «Señor»).

Antes de la Encarnación se llama el Verbo, y después de la Encarnación se llama Jesús = Salvador, porque vino a salvarnos.

2.º Jesús es el Salvador esperado, el Mesías

JESÚS es el Salvador que Dios había prometido a Adán en el paraíso, y luego a los Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob...

JESÚS es el Mesías que venían anunciando los Profetas.

He aquí las razones que tenemos para decir que Jesús es el Mesías:

1.ª Porque en Él se cumplen las profecías hechas en el A. T. (Véanse éstas en la pág. 34.)

2.ª Porque el mismo Jesús se llamó a sí mismo Mesías, vg. en

el coloquio con la samaritana (Jn. 4, 25) y ante el tribunal del sumo sacerdote Caifás (Mt. 26, 64).

3.^a Porque los «ángeles» en su nacimiento lo anunciaron como Mesías Señor, el Salvador (Lc. 2, 10...).

— *La misión de Jesús de Nazaret* fue revelar el misterio de Dios como *Padre*, pues nos enseñó a llamarlo así, cuando dijo cómo debíamos de rezar: «*Padre nuestro...*». Y si Dios es «nuestro Padre», o sea, Padre de todos los hombres, todos debemos mirarnos como hermanos...

También Jesús se nos dio a conocer como Hijo de Dios, igual al Padre, y se nos reveló como Dios... y que había venido al mundo «a salvar a los pecadores...» (1 Tim. 1, 15). Y por medio de la Iglesia continúa su misión salvadora.

3.º Jesucristo es una persona histórica

Jesucristo es una persona histórica, porque sabemos que nació en Belén de Judá, y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato... (Mt. 2, 1; Jn. 19, 1).

De Jesucristo nos hablan los Evangelios, que son libros históricos, íntegros y verídicos. (Véase p. 51.)

Y de Él nos hablan también los demás libros del N. T. y varios historiadores profanos hacen mención de Él, vg. Flavio Josefo, contemporáneo suyo, y además otro como Plinio el Joven, Tácito, Suetonio y algunos más.

— *Flavio Josefo*, historiador del judaísmo (a. 30-100 d. C.), en sus *Antigüedades Judaicas* dice: «Jesús, hombre sabio, si es que puede ser llamado hombre... Él era el Cristo. Fue crucificado, pero al tercer día se apareció resucitado a sus seguidores; y aun hoy continúa existiendo la descendencia de aquellos que de él tomaron el nombre de cristianos». (Antig. judaicas, XVIII, 63-64.)

— *Plinio el Joven*, gobernador de Bitinia y del Ponto, en el año 112 d. de C., escribe una carta al emperador Trajano para saber las normas a que debía atenerse en el modo de tratar a los *cristianos*, los cuales se reunían *para cantar himnos a Crtsio, como si fuese un Dios* (Cartas X, 97).

— *Tácito*, en sus *Anales*, escritos hacia el 116 d. de C., trata de los cristianos que había en la misma Roma, ya en tiempo del imperio de Nerón (54-68 d. de C.), cuando afirma que el emperador, para apartar de sí la sospecha de haber incendiado a Roma, acusó y castigó «a aquellos que la plebe detestaba por sus abominaciones y llamaba con el nombre de cristianos. Nombre que provenía de Cristo, el cual fue crucificado por el gobernador Poncio Pilato, sien-

do emperador Tiberio. Esa detestable superstición, momentáneamente suprimida, brotó de nuevo, no sólo en Judea, cuna del mal, sino también en Roma». (An. XV, 44.)

— *Suetonio*, historiador de los Césares, desde Augusto hasta Domiciano; en su obra, compuesta entre el 110 y el 120, alude dos veces a los cristianos; una en la vida de Nerón, la otra hablando del emperador Claudio, que reinó del 41 al 54 d. de C. Lo cual demuestra que diez o veinte años después de la muerte de Jesús, no sólo el nombre, sino también los mismos seguidores del Salvador habían llegado a Roma. (Vida de Nerón, n. 16; Vida de Claudio, n. 225.)

Rasgos principales de la vida de Jesucristo

1) Jesucristo nació en Belén de Judá, de la Virgen María, según lo tenían anunciado los profetas varios siglos antes, y fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y de un modo totalmente virginal sin intervención de varón (Mt. 1, 18-25; Lc. 1, 26 ss.).

2) El Verbo se hizo carne; el Dios invisible, para ayudar a los hombres, aparece como hombre en medio de los hombres. El Hijo de Dios (la segunda Persona de la Santísima Trinidad) se hizo hombre, permaneciendo siempre Dios, o como dice el Catecismo: «Dios, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre.»

3) Pasó treinta años de vida oculta en Nazaret enseñándonos el amor al trabajo, a la oración, a la vida de obediencia.

4) Durante tres años ejerció su ministerio público, predicando a las multitudes, formando su Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, al frente del cual puso a San Pedro y a los apóstoles; hizo muchos milagros para confirmar su misión y su doctrina.

5) Hacia los treinta y tres años de su edad tuvo lugar su Pasión y su muerte en la cruz; y al tercer día resucitó para nunca más morir.

Con sus milagros, y especialmente con su Resurrección, demostró que era no solamente hombre, sino DIOS.

La vida de Jesucristo la tienes en el Evangelio. Debes leerlo con frecuencia, para conocerlo bien, y una vez leído reconocerás que es Dios y hombre a la vez.

4.º Testimonios acerca de Jesucristo

1) Los Evangelistas dicen de Jesucristo:

«Jamás persona alguna ha hablado como este hombre» (Jn. 7, 46).

«Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas» (Lc. 2, 47).

«Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades» (Lc. 5, 15).

2) Los Apóstoles también dijeron de Él:
«¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?» (Mt. 8, 27).

«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt. 16, 16).

«Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn. 6, 68).

«Pasó haciendo bien y curando a todos... De Él dan testimonio todos los profetas» (Hech. 10, 38 y 43).

3) Otros testimonios acerca de Jesucristo:

Judas dijo: «He entregado la sangre inocente» (Mt. 27, 4).

Pilato: «Yo no hallo en éste ningún crimen» (Jn. 18, 38).

El buen ladrón: «Nosotros justamente sufrimos por nuestros pecados, pero éste nada malo ha hecho» (Lc. 24, 41).

Los mismos fariseos decían: «Ya veis que todo el mundo se va en pos de Él» (Jn. 12, 19).

«Todos quedaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc. 7, 16).

«Él es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn. 4, 22).

«Jamás hemos visto cosa parecida» (Mc. 2, 12).

5.º ¿Qué ha dicho Jesucristo de sí mismo?

Jesús dijo:

«Yo soy el Mesías» (Jn. 4, 26). «Yo soy Rey» (Jn. 18, 37).

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn. 14, 6).

«Yo soy la luz del mundo...» (Jn. 8, 2).

«Yo soy la Resurrección y la Vida» (Jn. 11, 25).

«Yo soy el pan de vida» (Jn. 6, 35).

«Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último» (Apoc. 22, 13).

«Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn. 10, 30).

«De nuevo los judíos trajeron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: "Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?" Respondieronle los judíos: "Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios..." "¿Decís vosotros 'blasfemas' porque dije: 'Soy Hijo de Dios...?'»

«El Padre está en mí y yo en el Padre» (Jn. 30, 31-38).

«El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn. 14, 9).

Jesucristo mismo se proclamó Hijo de Dios y Dios verdadero.

Cuestiones principales acerca de Jesucristo

— *Misterio de la Encarnación.*

— *Jesucristo es Dios y hombre a la vez.*

— *Jesucristo es el Hijo de Dios.*

— *Jesucristo es Dios.*

1.º Misterio de la Encarnación

El misterio de la Encarnación es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre.

El profeta Isaías (8 siglos antes) anunció que el mismo Dios en persona «*vendrá y os salvará*» (Is. 35, 4), y de hecho luego San Pablo lo dijo así: «*Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores*» (1 Tim. 1, 15).

Para entender el misterio de un Dios hecho hombre, tenemos que partir de otro misterio, el de la Santísima Trinidad. Estos dos grandes misterios: *el de la Trinidad y el de la Encarnación* se nos revelan en la Sagrada Escritura.

Existe un solo Dios, y en Él hay tres Personas que se distinguen entre sí, y son: *Padre, Hijo y Espíritu Santo*.

Las tres divinas Personas tienen una sola naturaleza o esencia común. (Recuérdese la imagen de un árbol con tres ramas, las tres son distintas y tienen un tronco común).

Una de las tres divinas Personas el Hijo se hizo hombre, no la Divinidad se hizo humanidad. Con todo, la naturaleza divina quedó íntimamente unida con la humana, en la Persona divina del Hijo, de manera que una misma Persona es hombre y Dios.

En consecuencia: El Hijo de Dios, que es Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad es la que se encarnó, esto es, se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María. Él bajó a la tierra y trató con los hombres, y lo que Él dijo y los milagros que Él hizo, los podemos ver consignados en los Evangelios.

¿Cómo se verificó la Encarnación?

Conviene saber que en Nazaret vivía una joven sencilla y humilde, llamada María, y Dios quiso encumbrarla a la dignidad de Madre suya, y por eso llenarla de gracias y hacerla Inmaculada.

Cuando estaba en su casa orando se le apareció un ángel y le dijo que sería Madre del Altísimo. Ante este saludo inesperado, Ella le contestó: «*¿Cómo puede ser esto si no conozco varón?*», lo que equivalía a decir, según muchos expositores, que su voto de virginidad se lo impedía, y sólo cuando le dio una explicación satisfactoria de que concebiría no por obra de varón, sino por virtud del Espíritu Santo, exclamó: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*» (Lc. 1, 38). «Esta palabra, dice San Bernardo, es la que hizo bajar del cielo a la tierra la Palabra de Dios».

Entonces fue cuando *el Verbo (la Palabra del Padre) se hizo hombre y habitó entre nosotros* (Jn. 1, 14).

Bien podemos decir que el Hijo de Dios tomó cuerpo y alma humanos, como *vistiéndose* de nuestra naturaleza, para poderse manifestar aquí en la tierra y así hablar con los hombres...

¿Tuvo Jesucristo cuerpo aparente?

No tuvo cuerpo aparente como lo tomaron algunas veces los ángeles, sino real, pues lo recibió de la Virgen María, y así lo dice San Pablo: «*fue nacido o formado de una mujer*» (Gál. 4, 4), y es, según la carne, descendiente de David (Rom. 1, 3). Cristo mismo confirmó la realidad de su cuerpo al resucitar con estas palabras:

Palpad y ved; que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo (Lc. 24, 39).

2.º Jesucristo es Dios y hombre a la vez

Es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre, y por eso se llama el *Hombre-Dios*.

Cristo es *verdadero Dios* (como luego demostraremos), y es a la vez *verdadero hombre*, que tiene su genealogía (Mt. 1, 1 ss.), y descendiendo de David según la carne (Rom. 1, 3) y tiene verdadero cuerpo humano (Lc. 24, 39), pues estuvo sujeto como el nuestro al dolor y a la muerte, y tuvo hambre, sed y cansancio...

En Cristo hay dos naturalezas, una divina y otra humana que se unen «en una sola Persona» (Conc. Calcedonia).

En Jn. 1, 1 y 14 vemos que el Verbo o Hijo de Dios, que «era Dios» se hizo carne, lo que equivale a decir que sin dejar de ser Dios se hizo hombre, y por tanto, después de la encarnación, el Verbo posee la naturaleza humana y a la vez divina, y así del mismo supuesto o Persona se dice que es verdadero Dios y verdadero hombre.

— En el texto Jn. 1, 58: «*Antes que Abraham fuera, yo soy*» se nos dice que en Cristo hay *un solo Yo*, una sola Persona divina y dos naturalezas.

Por razón de la naturaleza divina o como Dios, existió antes que Abraham y antes de todos los siglos, y por razón de la naturaleza humana es posterior a él y a la Virgen de la cual quiso nacer.

— En Fil. 2, 6: Cristo que era en forma o naturaleza de Dios e igual a Dios, fue el mismo que tomó forma de siervo o naturaleza humana, haciéndose semejante a los hombres.

Una conclusión lógica es que la Virgen, Madre de Cristo es verdaderamente *Madre de Dios*. En Mt. 1, 16 leemos: «*María de la cual*

nació Jesús...». Ahora bien Jesús es Dios. Luego la Virgen es Madre de Dios. No decimos que sea Madre de la divinidad, sino de una Persona que es Dios y hombre a la vez.

3.º Jesucristo es el Hijo de Dios

— El mismo Jesucristo se llamó así, el «*Unigénito Hijo de Dios*» (Jn. 3, 16).

— *Jesucristo es Hijo de Dios*, porque así lo atestiguó con juramento ante el sumo sacerdote Caifás (Mt. 26, 64).

— San Pablo lo llama *Hijo propio de Dios* (Rom. 8, 32).

— Dios Padre llamó a Jesucristo, en el bautismo y en la trasfiguración, *Hijo suyo: Este es mi Hijo amado* (Mt. 3, 17, 17, 15).

Al ser llamado Jesucristo Hijo propio y unigénito de Dios», se distingue de los ángeles y hombres en gracia, que también son hijos de Dios (pero no naturales sino adoptivos). A ellos no les ha comunicado Dios su naturaleza o esencia. (Fil. 2, 6), y sólo por gracia los ha tomado en lugar de hijos. (Gál. 4, 5).

— San Pedro dijo a Jesús: «*Tú eres el Hijo de Dios vivo*» (Mt. 16, 16).

La expresión *Hijo natural de Dios* equivale a decir: que Él es Dios, por recibir de Él su naturaleza, como el hijo de un hombre, es hombre.

Notemos que Jesucristo dice a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre*; pero no dice *nuestro Padre y nuestro Dios...* La expresión *Mi Padre y mi Dios* está dicha en sentido propio y único, porque sólo Él con el Padre y no nosotros compartimos su esencia o naturaleza divina.

Pero, ¿cómo explicar el nacimiento del Hijo de Dios?

Para comprenderlo recordemos que el Hijo de Dios tiene dos nacimientos: uno eterno y otro temporal.

Uno eterno, porque Él *viene del Padre* desde toda la eternidad, y así lo decimos en el Credo de la Misa: *nacido del Padre antes de todos los siglos*. Nace del Padre de manera semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre; por eso al Hijo de Dios se le llama también *el Verbo* (la Palabra).

Otro temporal, porque *cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo* (a su Verbo o Palabra), *nacido de una mujer*. (Gál. 4, 4).

Entonces fue cuando el ángel del Señor llevó la embajada de María, y el Espíritu Santo descendió sobre ella, y el Hijo de Dios tomó carne de María y se hizo hombre como nosotros y para poder sufrir por nosotros. Como hombre sufrió y como Dios dio a sus sufrimientos valor infinito.

El fin de la Encarnación fue redimir a los hombres.

En consecuencia: Jesucristo es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo, y por lo mismo el Hijo de María es Hijo de Dios.

Nota:

Herejías en torno a Jesucristo

Vamos a hablar de la divinidad de Jesucristo y del misterio de la Santísima Trinidad, y para tener una idea de las herejías principales que ha habido en torno a la persona de Jesucristo, diremos lo sucedido en los cuatro primeros Concilios:

- 1.º en Nicea, a. 325 se condenó a Arrio, que negó la divinidad de Jesucristo.
- 2.º en el de Constantinopla I, a. 318 se condenó a Macedonio, que negó la divinidad del Espíritu Santo.
- 3.º en Efeso, a. 431 se condenó a Nestorio, que decía que había dos personas en Cristo...
- 4.º en el de Constantinopla II, a. 451 se condenó a Eutiques, monofisita que decía que en Cristo había una sola naturaleza...

(Estas herejías pueden verse brevemente expuestas en mi libro *Historia de la Iglesia*.)

4.º Jesucristo es Dios

Hubo un hereje en el siglo IV, llamado Arrio, que se atrevió a negar la divinidad de Jesucristo; mas su error fue condenado en el Concilio de Nicea (a. 325), el cual declaró que Jesucristo es consubstancial al Padre, es decir, que tiene la misma sustancia o esencia con Él, y por tanto es Dios (Dz 54).

Actualmente han surgido otros herejes en nuestros días que como Arrio niegan la divinidad de Jesucristo, y son los llamados «testigos de Jehová».

Importa mucho que tengamos ideas claras y una firme persuasión de la divinidad de Jesucristo, pues en esta convicción descansa nuestra fe.

Si tuviéramos a Jesucristo sólo por el más sabio de los hombres, la religión cristiana quedaría reducida a una humana invención. Mas si Él es Dios, su religión es divina y sus doctrinas no pueden ponerse en duda. Por eso, cuando el joven rico dijo a Jesús: ¡Maestro bueno! Él le contestó: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es

bueno, sino sólo Dios (Lc. 18, 19), dándole a entender que ante todo le debía tener por Dios, sin lo cual nada le podría aprovechar.

Antes de seguir aduciendo pruebas en favor de la divinidad de Jesucristo, vamos a contestar a una pregunta que formulan los testigos de Jehová, los que nos mueven a hablar primeramente del misterio de la Santísima Trinidad, que ellos no quieren reconocer y es el motivo por el cual niegan que Jesucristo sea Dios.

¿QUIEN ES «EL VERBO» SEGÚN SAN JUAN?

Esta pregunta es el título de un folleto de los «testigos de Jehová», en el que intentan poner de manifiesto que Jesucristo no es Dios. Y ¿por qué no creen en la divinidad de Jesucristo? Porque les parece imposible el misterio de la Santísima Trinidad.

Para entendernos vamos a contestar a las siguientes preguntas:

1) ¿Cómo podemos conocer a Dios?

Lo podemos conocer de dos maneras: a través de las criaturas, llegando por los efectos a la causa (p. 15), o a través de la fe, o sea de la Biblia, el libro de la revelación, fiándonos de la autoridad del mismo Dios que nos lo revela.

A través de las criaturas podemos comprender que Dios es un ser necesario que no ha podido tener principio, y también que Dios es un ser infinitamente sabio y poderoso por haberlo creado todo sacándolo de la nada.

Pero el misterio de la Trinidad no se puede conocer a través de las criaturas, sino a través de la Palabra de Dios, que se nos revela en la Biblia en la que podemos ver claramente la existencia de este misterio.

2) ¿Qué nos dice la Biblia del misterio de la Trinidad

He aquí los testimonios que nos hablan de él:

1.º En general podemos decir que todo el A. T. nos habla de Dios Creador Omnipotente, que se nos presenta como *Padre* misericordioso...; el N. T. nos habla del *Verbo* o *Hijo de Dios*, especialmente los Evangelios..., y del *Espíritu Santo* los Hechos de los Apóstoles, el Evangelio y Carta 1.ª de San Juan y las cartas de San Pablo.

2.º Jesucristo nos reveló este misterio al decir a sus discípulos: *Id, pues, enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28, 19).*

En este texto, aunque se enuncian tres Personas, se dice, sin embargo, «en el nombre» (en singular) y no en los nombres, porque el nombre denota el ser, y en Dios no hay más que una esencia que es común a las tres Personas.

3.º En el bautismo de Jesús se nos dice:

«He aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre Él, mientras una voz del cielo decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias» (Mt. 3, 16-17).

Aquí se nos revela claramente la Trinidad: *El Padre* en la voz; *el Hijo amado* es el Hijo de Dios, que se bautiza, y el *Espíritu Santo* que se manifiesta en forma de paloma.

4.º *«Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado que estará con vosotros para siempre...; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ese os lo enseñará todo»* (Jn. 14, 16 y 26).

Aquí aparece distinto el *Espíritu Santo* que es enviado del *Padre* y del *Hijo*, que lo envían...

Nota:

En las cartas de los apóstoles aparecen también varias fórmulas trinitarias: Véanse: 2 Cor. 13, 13; 1 Ped. 1, 1-2; etc.

3) ¿Cuántos Dioses hay y cuántas personas?

— Primeramente diré que hay tres Personas distintas, como lo demuestran los textos anteriormente citados:

1.ª *La persona del Padre*, pues hay un Dios personal que aparece claramente en la Biblia, pues vemos que Él habla a Adán y a Eva, a Caín..., a Noé..., a Abraham, a Moisés y a los profetas.

2.ª *La Persona de Jesucristo*, que viene a la tierra y se proclama Hijo de Dios, y elige apóstoles y los manda a predicar su doctrina por todo el mundo...

3.ª *La Persona del Espíritu Santo*. «Los testigos de Jehová» niegan que sea «persona», y dicen que es solamente «un soplo o viento, poder o energía»; pero la Biblia nos dice que es una verdadera «Persona», porque el Espíritu Santo «enseña», «habla» y «da testimonio» (Véase Jn. 10, 13) y el texto antes citado). Ahora bien, «hablar», «enseñar» y «dar testimonio» son propiedades personales. Luego el Espíritu Santo es una Persona.

Hay tres Personas distintas, y nosotros decimos que no son tres Dioses, sino un solo Dios.

No hay más que un solo Dios

La Biblia nos dice que no hay más que un solo y único Dios (Véanse: 1 Cor. 8, 4; 1 Rey. 8, 60; Dt. 5, 7; Ex. 20, 2-3; Is. 45, 21). Esto es lo que afirmamos los católicos y también los «testigos de Jehová», y estamos de acuerdo con ellos que Jesucristo es una Persona distinta de Dios Padre. Luego ya tenemos que hay dos Personas diferentes, la del Padre y la de Jesucristo, que es el Verbo, la Palabra del Padre y se llama Hijo de Dios. Y los católicos decimos, si Jesucristo es Hijo de Dios, forzosamente es Dios.

¿Qué dicen a esto los «testigos»?

He aquí su afirmación: No hay más que un solo Dios, y como el Padre es Dios, al ser el Hijo una Persona distinta de la del Padre, Él no puede ser Dios, porque de lo contrario habría dos Dioses, y esto es contra la Biblia, que dice que hay un solo Dios.

Esto es lo que entiende el autor jehovista del folleto: «¿Quién es el Verbo según San Juan?» y lo que le mueve a tratar de demostrar que Jesucristo no es Dios.

Todo el razonamiento que emplea a lo largo del folleto carece de lógica, y aunque demuestre que hay muchas traducciones de los textos que cita de la Biblia distintos, esto no demuestra que los originales (*griego* en el N. T. y *hebreo* en el A. T.) puedan interpretarse de distintas formas, sino que muchos de los traductores tratando de conseguir una literatura más conforme con nuestro lenguaje y más comprensible para los lectores, según su modo de pensar, le han dado a algunos textos distintos sentidos e interpretaciones; pero el verdadero sentido o verdadera interpretación nunca puede ser más que una, y a ésta, manifestada en la Palabra de Dios, es a la que hemos de ceñirnos.

¿Por qué ellos cambian los textos en su Biblia?

Sencillamente, porque no les cabe en la cabeza que Jesucristo pueda ser Dios, y así intentan enmendar la plana al mismo Dios, tergiversando su Palabra.

Veamos cómo cambian en su Biblia textos que tratan de la divinidad de Jesucristo, y luego a continuación de los suyos pondremos los textos traducidos directamente del original griego, y para que confronten luego su Biblia con la de Nacar-Colunga, que ellos suelen usar ante los católicos versados, los tomaremos de esta versión.

Los textos de la Biblia de los «testigos de Jehová», llamada:

«Traducción del Nuevo Mundo de las SANTAS ESCRITURAS», los tomamos de la edición de 1967.

Textos de la Biblia de los «testigos»

1) «En (el) principio la Palabra era, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era un dios» (Jn. 1, 1).

2) «...Cristo según la carne: Dios, que está sobre todos, (sea) bendito para siempre. Amén (Rom. 9, 5).

3) «A los que han obtenido una fe, tenida en privilegio igual a la nuestra, por la justicia de nuestro Dios y del Salvador Jesucristo» (2 Ped. 1, 1) (Igualmente en Tit. 2, 13).

Textos de la Biblia de Nacar-Colunga

1) «Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios» (Jn. 1, 1).

2) «...de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén». (Rom. 9,5).

3) «A los que han alcanzado la misma preciosa fe que nosotros por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 1, 1).

Notemos que los textos anteriores de la Biblia de los «testigos de Jehová» y los de la Biblia de Nacar están tomados de los mismos lugares. Fijémonos ahora en la diferencia.

En el 1) Nacar dice terminantemente y con versión directa del texto griego: «*El Verbo era Dios*». Queda aquí claro que «el Verbo» o la «Palabra» del Padre *era Dios*.

Los «testigos» dicen: *la Palabra era un dios*. De esta manera hacen una versión no correcta al poner el artículo *un* y luego *dios* en letra minúscula para indicar que el Verbo o Palabra(que es el Hijo de Dios, el mismo Jesucristo) no es Dios, sino un ser inferior a Dios, creado por Él.

Los católicos no decimos que Jesucristo sea *un Dios*, sino *el único* en unión con el Padre.

En el texto se dice: «*Al principio* (de la creación) *era* (existía ya) *el Verbo*, la Palabra del Padre, y estaba *en o con* el Padre. *Estar con* es propio de una persona con otra... y *el Verbo era Dios*.»

Las personas son distintas, pero un único Dios. Y no decimos que el Verbo sea la tercera parte de Dios, como dicen los testigos, sino *el único Dios* juntamente con el Padre.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; pero no son tres Dioses, sino un solo y único Dios, porque los tres tienen una sola naturaleza divina. (Notemos que en Jn 1, 1 no se habla del Espíritu Santo como dicen los «testigos de Jehová», ni de la Trinidad en sí, diciendo que los católicos embrollamos y confundimos, y sin duda son ellos con sus falsas interpretaciones.) Más adelante iremos aclarando estos conceptos.

— En el 2), o sea, en Rom. 9, 5. La versión correcta conforme al griego es la de Nacar, que dice: «Cristo, el que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos.» Aquí claramente se nos afirma que *Cristo es Dios*; mas los testigos separan a Cristo de Dios, y añaden un (sea) que no está en el griego, y así dicen: Dios, que está sobre todos sea bendito... De esta manera niegan la divinidad de Jesucristo afirmada por el apóstol.

— En el 3), en 2 Ped. 1, 1, la versión conforme al griego es la de Nacar en la que se nos revela la *identidad* de naturaleza de Dios y de Cristo, pues dice que «Jesucristo es nuestro Dios y Salvador». (Lo mismo en Tit. 2, 13.)

Los testigos de Jehová para desvirtuar esta evidencia, ponen un *del* (que no existe en el griego), y así separan las dos palabras «Dios y Salvador», y por eso traducen: «por la justicia de nuestro Dios y *del* Salvador Jesucristo».

Notas:

1.^a Donde los «testigos» no se han dado cuenta en cambiar un texto que habla de la divinidad de Jesucristo en su Biblia, es en 1 Jn. 5, 20. Allí dice su Biblia: *...por medio de su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero.*

2.^a Los «testigos» dicen contra los católicos que éstos, para defender el misterio de la Trinidad, alegan el texto Jn. 5, 7. Y esto, respondemos: No es cierto, porque el versículo que dice: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa*, no están en el original griego, sino que se hallan en la Vulgata desde el siglo XIII, y tal versículo parece ser, según muchos autores, que poco a poco fue saliendo por vía de exégesis del versículo anterior; pero por no estar en todas las ediciones críticas, los católicos no nos apoyamos en ese texto.

3.^a Los «testigos» dicen que no puede ser igual a tres, y que es imposible que existan tres personas en una... A esto les decimos que los católicos no decimos que hay tres dioses en uno, o tres personas en una, sino una naturaleza o esencia que es la divinidad y tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y no se diga que cada una de estas divinas Personas sea una tercera parte de Dios, porque no se reparten la divinidad, el poder, la sabiduría ni ninguno de los atributos de Dios; sino que cada una de las tres divinas Personas tiene todo el poder, toda la sabiduría, todo el amor y toda la divinidad.

Podemos decir que «el Padre es omnipotente, el Hijo es omnipotente y el Espíritu Santo es omnipotente», pero no son tres omnipotentes, sino un solo omnipotente, un solo eterno y un solo Señor.

Yo no lo comprendo

Nadie puede comprender el misterio de la Trinidad, como no pueden comprenderse otros misterios; pero lo conocemos, porque Dios nos lo ha revelado.

El Concilio IV de Letrán nos dice que la Santísima Trinidad es un misterio incomprensible e inefable.

Mas, aunque no lo comprendamos (ya que lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento), es una doctrina clara en la Biblia y que precisamente debemos creer porque Dios lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña.

Quien no quisiera creer este misterio, porque no lo entiende, se asemejaría a un ciego que no quisiera creer en la existencia del sol porque no lo ve.

Que los testigos de Jehová dicen que no comprenden el misterio de la Trinidad. Tampoco lo comprendemos nosotros; pero creemos en él, como en tantas otras cosas que no comprendemos, porque nos basta saber que son verdades reveladas por Dios.

¿Quién puede comprender cómo pudo hacer el universo sacándolo de la nada?

Según las ciencias, de la nada no puede salir nada. Es ilógico creer que alguien pueda hacer algo material sin el uso de la materia.

El albañil para hacer una casa necesita ladrillos u otra materia. El carpintero para hacer una mesa necesita madera, el artista para dibujar un cuadro, necesita un lienzo y un pincel... Sin nada, nada se puede crear...

Y Dios creó todo el universo de la nada, lo que supone un poder infinito.

¿Es ilógico creerlo porque no se entiende? ¿Acaso el misterio de la Trinidad es más difícil para Dios?

Pues veamos otro ejemplo.

Veamos otro de nuestros absurdos, que, no obstante, compartimos con los testigos de Jehová.

Los católicos creemos que Dios está en todas partes. «Dice el Señor: ...Por mucho que uno se oculte en escondrijos, no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?» (Jer. 23, 23-24.)

«Los ojos de Yahvé están en todas partes, observando a los buenos y a los malos.» (Prov. 15, 3.)

«Dios no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos... Él mismo es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas.» (Hech. 17.)

«¿Crees tú poder sondear a Dios, llegar al fondo de su omnipo-

tencia? Es más alto que los cielos, ¿qué harás? Es más profundo que el abismo, ¿qué entenderás? (Job. 11, 7-9.)

¿Cómo se entiende que haya un solo Dios y que éste esté en todas partes?

No se entiende. Los católicos no lo entendemos; pero, sin embargo, lo creemos por dos motivos:

El primero y más principal, porque lo dice la Biblia y la Biblia es palabra de Dios que no engaña.

En segundo lugar lo creemos porque sabemos que las razones de la lógica, que allí donde no esté Dios no puede haber vida. Él es quien a todos da la vida, y sin Él nada puede existir.

Pues si los testigos de Jehová creen que Dios está en todas partes siendo uno solo, ¿acaso no están creyendo algo más difícil que el misterio de la Trinidad?

La fe católica sobre el misterio de la Trinidad

Interesa hagamos unas aclaraciones, recordando primeramente lo que leemos en el Símbolo llamado «Atanasiano»:

«La fe católica es que veneramos a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la Unidad; sin confundir las Personas ni separar la substancia. Porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo *tienen una sola divinidad*, gloria igual y coeterna majestad.»

Las tres divinas Personas son eternas e iguales en perfección. El Hijo es la Palabra del Padre, y existe desde que existe el Padre, y lo mismo el Espíritu Santo.

Ejemplo aclaratorio: «El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor», y como en la Biblia se nos dice que el Hijo es como el brillo de la luz eterna (Sab. 7, 26), el resplandor de la gloria del Padre... (Heb. 1, 3), tenemos que la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios...

La Escritura Santa nos dice además al hablar del Espíritu Santo, que éste es «el Espíritu del Padre» (Mt. 10, 20) y es también el «Espíritu del Hijo» (Gál. 4, 6), y la Iglesia nos enseña en el Credo: «Que procede del Padre y del Hijo, y por ser Dios como ellos, recibe la misma adoración y gloria.»

Como «Espíritu del Padre y del Hijo» existe desde que existen ellos, o sea, eternamente.

El Espíritu Santo es Dios verdadero, como el Padre y el Hijo. Léase Hech. 5, 3-5, donde se dice que «mentir al Espíritu Santo es mentir a Dios».

«Engendrado, no creado...»

Cuando decimos en el «Credo» que el Hijo de Dios es «engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre» es para manifestar que no ha sido creado como las demás cosas, y por tanto no es inferior al Padre, por ser de *la misma naturaleza que Él*, y porque «por Jesucristo su único Hijo, fueron creadas todas las cosas» (Jn. 1, 3), las del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, y Él es anterior a todo (Col. 1, 16-17), anterior a toda la creación.

La palabra «generación» es empleada para hacer ver su origen o procedencia del Padre, pero en esta procedencia de una Persona de otra se excluye la sucesión del tiempo, pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma y única naturaleza divina y eterna, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre, y existe desde que existe el Padre, como queda explicado con el ejemplo anterior.

El Hijo procede eternamente del Padre (véanse sus dos nacimientos, p. 69) (y el Esp. Santo eternamente del Padre y del Hijo), es decir, este proceder no es temporal, sino eterno; pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser «inmutable» y no sería Dios.

El Hijo fue engendrado de la eterna esencia del Padre ante toda criatura (Sal. 110, 4) de la manera siguiente: Dios Padre, como espíritu infinitamente perfecto, es infinitamente inteligente, y conociéndose, produce un concepto o verbo infinito de sí mismo, esto es, una imagen substancial y perfectísima suya; al modo de nuestra inteligencia, conociendo un objeto, produce en sí una imagen de él.

«Como una antorcha encendida puede encender otra sin perder nada de su llama, así el Hijo procede del Padre sin disminuir nada de Él.» (Taciano.)

Mientras el Hijo procede del Padre *por vía de entendimiento*, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo *por la voluntad o vía de amor*.

El mismo Jesucristo expresa que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, pues dice una vez que el Padre lo enviará (Jn. 14, 26), y otra vez que lo enviará él mismo. (Jn. 15, 7; 15, 26.)

— El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como el calor procede del sol y de su luz. (Santo Tomás.)

— Como el fruto procede del árbol y de su raíz a la vez, así se origina el Espíritu Santo del Padre y del Hijo. (Tertuliano.)

— *Un ejemplo gráfico:* Cuando uno se mira en un espejo, forma en él su fiel imagen y, viendo la belleza de esa imagen, experimenta amor hacia ella y hacia sí, por ser causa de la misma.

Así el Padre, mirándose en el espejo de su divinidad produce o engendra al Hijo, su imagen consustancial (Heb. 1, 3), y el amor mutuo del Padre y del Hijo originan el Espíritu Santo. (San Agustín y San Anselmo.)

SEGUN LA BIBLIA, JESUCRISTO ES DIOS

1.º Jehová y Cristo son una misma cosa

Un sincero «testigo de Jehová» tiene que ver claro el siguiente razonamiento (vea su Biblia), negarlo sería dejarse guiar por la malicia o la ignorancia.

1) De Jehová Dios se nos dice en el A. T. que *es el Creador de cielos y tierra* (Is. 42, 5; Gen. 1, 1), y en el N. T. vemos que «todas las cosas fueron creadas por Él (por Cristo). (Jn. 1, 3.) Luego Cristo y Jehová son el mismo Dios Creador.

2) En el profeta Isaías (40, 3), se lee que *Jehová tendría un precursor*, y en el N. T. vemos que se cumplió esta profecía en Cristo, pues Juan Bautista fue su precursor, él preparó el camino del Señor. (Mt. 3, 3; Mc. 1, 3). Luego Cristo es Jehová Dios.

3) *Jehová*, dice el profeta Zacarías (11, 12-13), *sería vendido...* «Y dijo Jehová... ¡hermoso precio con que me han apreciado!...» Y luego vemos en el N. T. que Judas, le dijo: «¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?; y ellos le asignaron 30 monedas de plata... Así se cumplió lo dicho por el profeta» (Mt. 26, 14-15; 27, 9-10) en Jesucristo.

¿Quién no ve aquí claramente que Jesucristo es Jehová y por tanto que es Dios?

Nota:

Otros textos que nos dicen que Jesucristo es Jehová son éstos: a) Compárense Is. 45, 23 y Rom. 14, 11 con Fil. 2, 10-11; b) igualmente Sal. 102, 16 y Zac. 14, 3-4, 9 con Hech. 1, 11 y Mt. 24, 30...

2.º Decir: «Jesucristo es el Hijo de Dios» es afirmar que Jesucristo es Dios

Los testigos de Jehová dicen que Jesucristo es el Hijo de Dios y que hay que llamarlo así, pues bien, este reconocimiento nos conduce a afirmar que Él es Dios. Veamos algunos textos bíblicos:

— Jesús, como ya vimos (pág. 69) se proclamó ante Caifás «Hijo de Dios», pues al preguntarle él si lo era, contestó: «Tú lo has dicho. Yo soy.» Y esta expresión equivale a decir: «Yo soy Dios», pues así lo entendieron los judíos, quienes dijeron a Pilato: «Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.» (Jn. 19,7.)

— Jesús llama a Dios su Padre: «Las obras (o milagros) que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí.» (Jn. 10, 15.) El que habla es «el» Hijo de Dios en persona, es una misma cosa con el Padre en su obrar y en su ser; es por consiguiente verdad lo que dice Jesús:

— «El Padre está en Mí y Yo en el Padre.» (Jn. 10, 38.)

— «El que me aborrece a Mí, aborrece también a mi Padre.» (Jn. 15, 23.)

— «El que no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió.» (Jn. 5, 23.)

— «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quisiera revelárselo.» (Mt. 11, 27.)

¿Quién no ve en estos textos la identidad de naturaleza en el Padre y el Hijo? Si el conocimiento que tiene el Hijo del Padre es igual al que el Padre tiene del Hijo, forzosamente tenemos que concluir que en ambos *hay igualdad de sabiduría y también igualdad de naturaleza.*

— «Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro Yo también. Por esto los judíos buscaban con más ahínco matarle, pues no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios.» (Jn. 5, 18.)

— Recordemos el milagro del ciego de nacimiento: Una vez curado, Jesús le dice: «¿Crees en el Hijo del hombre? Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en Él? Jesús le dijo: Le estás viendo; es el que habla contigo. Dijo él: Creo, Señor, y se postró ante Él.» (Jn. 9, 35-37.)

Nota: Decir «Jesucristo es el Hijo de Dios» es afirmar que Jesucristo es el Hijo de Dios. En el «Hijo del hombre» los judíos veían al Mesías, al Salvador espe-

rado. Otros traducen aquí «Hijo de Dios»; pero aunque sea con esta expresión del «Hijo del hombre», indica al hombre por excelencia, al Dios hecho hombre para salvar a los hombres, que aparece como nuestro modelo entre los hombres.

— En la resurrección de Lázaro, dijo Jesús: «Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella.» (Jn. 11, 4.)

— Jesús también dijo: «El que ama al padre o a la madre más que a Mí, no es digno de Mí:» (Mt. 10, 37.)

Esta expresión es solamente propia de Dios, pues a Dios debemos «amarle sobre todas las cosas» y al anteponer Jesús su amor a todas las criaturas, es una afirmación clara de que Él es Dios.

— Además Jesús dijo a los judíos: «Creéis en Dios, creed también en Mí» (Jn. 14, 1), y les sigue diciendo: «En la casa de mi Padre hay muchas moradas...»

Jesús llama a Dios su Padre, y por tanto, si los judíos creían en Dios, lo propio es que creyeran en Jesús por ser su Hijo, pues como tal tenía la misma naturaleza que el Padre, y por tanto era Dios como Él.

San Agustín comenta así dicha expresión: «Lógico es que si creéis en Dios creáis también en Mí; lo cual no sería lógico, si Cristo no fuera Dios.» (Trac. 67 in Jn.)

En consecuencia: Está claro en los textos citados de la Escritura, y en otros muchos más, que pudiéramos citar, que Jesucristo es el Hijo de Dios, que Él se proclama así; que Dios Padre lo llama «Hijo suyo» al decir: «Éste es mi Hijo amado...» (Mt. 3, 17; 17, 15); que los apóstoles lo llamaron «Hijo propio de Dios». (Rom. 8, 32.)

Por tanto Jesucristo es Dios, porque, como tenemos ya dicho, *el Hijo natural de Dios* es Dios, participa de la misma naturaleza divina, así como el *hijo natural de un hombre* es hombre.

Finalmente Jesús dice: «Todo cuanto tiene el Padre es mío» (Jn. 16, 15), luego también la divinidad y el poder y todos los atributos de Dios. De hecho Jesús dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra...», como luego' diremos.

Con razón dice el apóstol: «En Él habita la plenitud de la divinidad.» (Col. 2, 9.)

Además afirmó: «Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo, mío.» (Jn. 17, 10.) ¿Quién no ve aquí la identidad de naturaleza divina?

Otros varios textos a favor de la divinidad de Jesucristo, pueden verse en las pruebas siguientes.

OTRAS PRUEBAS PARA DEMOSTRAR QUE JESUCRISTO ES DIOS

1.º Por el anuncio de los Profetas

— Isaías predice que el Mesías sería Dios: *El mismo Dios vendrá y os salvará* (35, 4). Y el pueblo de Dios dirá en aquel día: *«Verdaderamente que éste es nuestro Dios.»* (Is. 25, 9.)

— El Niño que había de nacer para la redención de los hombres sería el mismo Dios.

Los siguientes títulos aluden a su dignidad divina:

«*Emmanuel*» = Dios con nosotros (Is. 7, 14), *será llamado Admirable, Consejero, Dios, Príncipe de la paz...* (Is. 9, 6.)

— Daniel le aplica el atributo de la eternidad: *Su dominio es dominio eterno...Su imperio no tendrá fin.* (7, 14.)

2.º Por las mismas palabras de Jesucristo

1) Jesucristo se identifica con el Padre al decir:

— *Quien me ve a Mí, ve al Padre.* (Jn. 14, 9.)

— *Yo y el Padre somos uno* = una misma cosa (Jn. 10, 30), y según el contexto no se trata de una unidad moral, sino de una unidad física y de sustancia, no de Persona, pues dice claramente: *Yo y el Padre (Personas distintas) somos una sola cosa.* Así lo entendieron los judíos, y por eso quisieron apedrearle. (Jn. 10, 33.)

Se dirá: También la Escritura dice: *El Padre es mayor que yo* (Jn. 14, 28); mas esto lo dijo por razón de su naturaleza humana, y así decimos: «Igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad.» (Credo del Pueblo de Dios.) Notemos que Cristo apareció como hombre entre los hombres, siendo Dios, y por razón de su naturaleza humana, como representante de los hombres, es Mediador ante el Padre.

2) Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad, exclusiva de sólo Dios, y así dice:

a) *Padre..., con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo existiese.* (Jn. 17, 5.) Él, pues, existió antes que el mundo.

Nota:

«Cuando el Unigénito de Dios se declara menor que el Padre (Jn. 14, 28) e igual a Él (Jn. 10, 30), demuestra la verdad de sus dos naturalezas. En la forma o naturaleza de siervo que asumió para nuestra reparación en la plenitud de los tiempos, es inferior al Padre; pero en la forma o naturaleza de Dios, en la cual existía antes de los siglos, es igual al Padre» (San Agustín).

Por consiguiente, a los que digan: «¡Pero el mismo Cristo dijo que el Padre era más grande que Él», hay que decirles: «Más grande que el Hijo del hombre, sí; pero más que el Hijo de Dios, no.»

Jesucristo, dice San Pablo, es «el primogénito de toda criatura». Muchos interpretan mal esta frase, pero el mismo apóstol nos la explica al decirnos que equivale a ésta: *Él es antes que todas las cosas, pues todas fueron creadas por Él y todas subsisten en Él.* (Col. 1, 15-17.)

Primogénito de toda criatura señala una autoridad sobre todas las criaturas, y no implica que haya sido creado, sino todo lo contrario, como *anterior a toda la creación.*

Nota:

Se dice de Jesucristo también el *primogénito de entre los muertos*, no porque haya sido el primero en morir, sino todo lo contrario: el primero en resucitar (1 Cor 15, 20), como convenía a quien, siendo «Cabeza del cuerpo que es la Iglesia» es menester que «*en todo tenga el primado*»... A Dios mismo se le llama también el «primogénito del mundo» porque Él es antes de toda creatura y de toda creación, pues todo fue hecho por Él.

Los mismos judíos reconocieron en las afirmaciones de Jesús que se proclamaba igual a Dios y por eso querían matarle (In 5, 18). «Hijo de Dios» era sinónimo de deidad, y de hecho el *Hijo natural de Dios*, es Dios, participa de su misma esencia, como el hijo natural de un hombre es hombre... Y Jesús dirá también a sus apóstoles: *Mi Padre y vuestro Padre...*, pero no dirá *nuestro Padre y nuestro Dios...* La expresión *Mi Padre y mi Dios* está dicha en sentido propio y único, porque sólo Él con el Padre y no nosotros compartimos su esencia o naturaleza divina.

Como nota muy bien E. Danyans, Jesús dice «Mi Dios» como nosotros podemos decir «mi alma, mi espíritu, mi cuerpo», y mi alma y yo no somos cosas distintas, lo mismo que mi espíritu y yo, o yo y mi cuerpo, por formar una sola y misma naturaleza. La relación de Cristo con el Padre es única, exclusiva. Su naturaleza divina (Cfr. *Proceso a la «biblia» de los testigos de Jehová*, p. 160). La inferioridad del Hijo respecto del Padre es siempre por razón de su naturaleza humana.

b) *Antes que Abraham fuera, yo soy.* (Jn. 8, 58.)

He aquí otro texto en el que Jesucristo se atribuye la propiedad de la eternidad.

Notemos que Abraham vivió unos 2.000 años antes de Jesucristo, y al decir Él: *Antes que Abraham yo soy* demostró que era Dios, pues por razón de su divinidad o como Dios que es, es anterior a Abraham y al mundo creador por Él, y por razón de su naturaleza humana o como hombre es posterior a ellos.

Conviene notar que estas palabras *yo soy*, son las mismas del *Exodo* (3,14), o sea, el nombre de Dios revelado a Moisés en el A. T.: (El que se nombra) *yo soy, me manda a vosotros.* Al aplicarse Jesucristo estas palabras, tenemos que se identifica con *Yahvé* = el que es, el ser por esencia, del cual dependen todos los seres creados, y por tanto Él es Dios.

— Notemos que el nombre de Dios es propiamente *Е҃҃҃҃҃҃҃* = *yo soy*, como tenemos dicho, pues Dios habló a Moisés en Primera persona, y nosotros lo llamamos en tercera persona: *YAHVE* (o Je-

hová = EL QUE ES. Los «testigos de Jehová» cambian la versión diciendo: «Yo resultaré ser», y lo mismo hacen en Jn. 10, 30.

3.º Por la misma manera de hablar de Jesucristo

— Jesucristo habla como Dios, al decir: *El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere, se condenará.* (Mc. 16, 16.) Esta manera de hablar es propia solamente de una autoridad suprema y divina, o sea, de Dios. Además Jesucristo es Dios:

— Porque se proclama *Autor de la vida* (Jn. 11, 27; Hech. 3, 15); el Juez universal (Mt. 25, 31); el perdonador de los pecados (Mc 2, 5-7);... el que tiene todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 18)...

Ahora bien, estas propiedades convienen solamente a Dios. Luego Jesucristo es Dios.

4.º Por las palabras de San Juan (Jn 1, 1)

En este texto del que antes hablamos, leemos: *Al principio* (como en el Gén. 1, 1: al principio de la creación) era (existía) *el Verbo* (= Palabra del Padre, Y EL VERBO ERA DIOS... y *el Verbo se hizo carne* (= hombre).

Aquí tenemos claramente que el Verbo (que existe desde la eternidad y que se encarna) es Dios y hombre a la vez. Antes de la encarnación se llamaba *el Verbo*, y después de la encarnación se llamó JESÚS porque vino a salvarnos.

Notemos que el Verbo es Dios, y como el Verbo hecho carne se llama Jesucristo, tenemos que Jesucristo es Dios.

5.º Por sus milagros

Los muchos milagros que hizo Jesucristo en su propio nombre, demuestran su omnipotencia y su divinidad:

— Milagros en la naturaleza inanimada (multiplicación de los panes, andar sobre las aguas, calmar la tempestad, etc.).

— Curación de enfermedades, de ciegos, mudos, leprosos, etc. (Mt. 11.)

— Resurrecciones de muertos, y así al difunto hijo de la viuda de Naín, en su propio nombre: *Joven, levántate, que yo te lo mando* (Lc. 7, 14); al leproso: *Quiero, ¡sé limpio!* (Mt. 8, 3); al mar: *¡Calla, enmudece!* (Mc. 4, 39)... Esto no lo puede hacer un simple hombre. Luego Jesucristo es más que un hombre, es Dios.

— Su propia resurrección es el sello claro de su divinidad, pues aparece como dueño de la vida y de la muerte... El poder de hacer milagros es propio de Dios. Luego Jesucristo es Dios. (Véase p. 86.)

6.º Por sus profecías

Jesucristo predijo su muerte en Jerusalén (Lc. 13, 32), y que sería azotado, crucificado y al tercer día resucitaría (Mt. 20, 17); predijo también la traición de Judas (Jn. 13, 26) y que Pedro le negaría tres veces (Mt. 26, 34)...

También vaticinó que Jerusalén sería sitiada por los enemigos, destruida y los judíos dispersos. (Lc. 21, 24.) Y todas las profecías se cumplieron.

Ahora bien, sólo Dios conoce el porvenir (Is. 41, 23). Luego Jesucristo es Dios.

7.º Por el testimonio de los Apóstoles

He aquí unos testimonios que designan a Cristo como Dios:

a) *De los israelitas según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos.* (Rom. 9, 5.)

b) *Aguardamos la feliz esperanza de nuestro Dios y Redentor Jesucristo.* (Tit. 2, 13.)

c) *A los que han alcanzado la misma preciosa fe por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.* (2 Pdr. 2, 1.)

En estos textos la denominación de Dios se refiere claramente a Cristo y no a Dios Padre. Esta es sentencia unánime de los Santos Padres, pues todos refieren estos pasajes a Cristo.

Los testigos de Jehová, como tenemos anteriormente demostrado, desvirtúan estos textos en su Biblia, pues cambian sus palabras.

La enseñanza de la Iglesia

La Iglesia, que se apoya en las Escrituras Santas, enseñó claramente desde un principio la divinidad del Hijo de Dios.

Y así vemos que en el año 325, en el Concilio de Nicea contra la herejía de Arrio se proclamó este dogma:

«Creemos... en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, nacido Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas...» (Dz. 54.)

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Este tema merece una especial atención porque la resurrección de Jesucristo es el centro y fundamento de nuestra fe, y porque las

consecuencias que se siguen de este hecho son de suma transcendencia.

Si Cristo resucitó, *Él vive* y la doctrina, enseñada por Él, es verdadera. Además se sigue que todas sus profecías se han cumplido, y todos tienen que admitir que «fue un profeta grande en hechos y palabras» (Lc. 24, 19) y ante todo que es Dios.

La resurrección de Cristo es la rúbrica, el sello y la clave para entender su misión salvadora, y la confirmación de que la religión enseñada por Él, es la única verdadera.

Él «*fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras*». (1 Cor. 15, 4.)

1.º ¿Qué hemos de decir de la resurrección de Jesucristo?

La resurrección de Jesucristo es el dogma fundamental del cristianismo, el mayor de los milagros. Jesucristo resucitó. Este es un hecho real e histórico, porque los Evangelios son *históricos*, íntegros y verídicos, y gozan de mayor autenticidad que cualquier otro libro profano.

He aquí las pruebas en favor de la resurrección de Jesús:

1) *Profecía del Antiguo Testamento*. «No dejarás que tu justo experimente la corrupción (del sepulcro). (Sal. 16, 10.)

Aquí se anuncia la resurrección de Cristo según la interpretación de los apóstoles Pedro y Pablo. (Hech. 2, 24 ss; 13, 35 s.)

2) *Profecía del mismo Jesucristo*: Él anunció varias veces, según los textos siguientes, que padecería mucho, sería azotado, escupido, muerto y al tercer día resucitaría (Mt. 16, 21; 17, 22; 20, 19; Jn. 2, 19; etc.), y luego vemos que se cumplió según lo había predicho. (Mt. 28, 6.)

3) *Las diversas apariciones* y los testimonios diversos de los apóstoles, como veremos, lo confirman.

Cristo murió y resucitó

Para demostrar que uno ha resucitado, naturalmente deben darse pruebas de que primero murió y luego se mostró vivo, y tenemos que los cuatro evangelistas nos dicen que «expiró» en una cruz (Mt. 26, 56)...

— Los judíos rogaron a Pilato que rompieran las piernas de Jesús y de los crucificados con Él, para que terminasen de morir y quitarlos de las cruces. Fueron los soldados y a los crucificados con Jesús les rompieron las piernas, «pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas». (Jn. 19, 31-33).

— Después colocaron el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuevo y, como sus enemigos sabían que había profetizado que al tercer día resucitaría, pusieron guardia en el sepulcro después de haber sellado la piedra. (Mt. 26, 66).

Jesús resucitó, porque luego se mostró vivo. Primeramente un ángel lo atestiguó al decir: «*Resucitó, no está aquí*». (Mc. 16, 6), y resucitó según lo había predicho. (Mt. 28, 6). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?». (Lc. 24, 5-6). La tumba apareció vacía.

— *Sus muchas apariciones* demuestran este hecho de la resurrección a la Magdalena. (Mc. 19, 9); 2) a Pedro (Lc. 24, 34); 3) a los discípulos de Emaús (Lc. 25, 13-32); a los discípulos en presencia de Tomás (Jn. 20, 26); al mismo Pedro y a más de 500 discípulos de una vez (1 Cor. 15, 5-8)...

Jesucristo resucitó corporalmente

Claramente lo dicen estas sus palabras: «Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Diciendo esto les mostró las manos y los pies... y comió con ellos». (Lc. 24, 39-43).

Jesucristo resucitó para nunca más morir. (Rom. 6, 9).

2.º El fundamento de nuestra fe

La resurrección de Jesucristo es el mayor de los milagros, fundamento firme de nuestra fe. Si este dogma fuera falso, lo serían todos los demás, y vana sería nuestra fe.

San Pablo lo dice así:

«*Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe...; mas no; Cristo ha resucitado de entre los muertos y nosotros también resucitaremos*». (1 Cor. 15, 14 y 20).

Cuando en el grupo de los apóstoles se quiso elegir al sustituto de Judas, se puso como condición que éste fuera un testigo de la resurrección de Jesús. (Hech. 1, 22).

No ha habido ningún otro fundador de religión que haya resucitado de entre los muertos, ni ninguna religión que haya hecho fundamento de su fe la resurrección de su fundador. (Véase: «*Jesús y los fundadores de religiones*», p. 119.)

La idea central del cristianismo, en la que se basan todas las demás, es la de que Cristo resucitó de entre los muertos, y que por este hecho históricamente demostrado, probó definitivamente que era Hijo de Dios.

Jesucristo resucitó *por su propia virtud*, demostrando así que Él es dueño de la vida y de la muerte; mas si alguna vez dice la Escritura que «*fue resucitado por Dios*». (Hech. 2, 24), ésta es una afirmación que debe entenderse en razón de su naturaleza humana.

El objeto de la primera predicación de San Pedro fue la confirmación categórica de la resurrección de Jesús: el Señor fue condenado y recibió muerte por los mismos infieles; fue sepultado y su sepulcro se conserva y todos lo pueden ver. Pero Dios le resucitó según las Escrituras..., y de todo esto, los apóstoles dirán: «*nosotros somos testigos*». (Hech. 2, 22-35).

Conclusión

1) La resurrección de Cristo es un hecho real e histórico. «*Cristo resucitó, no está aquí*». (Mc. 16, 6). Este fue el anuncio del ángel, y que hoy puede verse puesto sobre el mismo sepulcro de Cristo en Jerusalén. ¡Epitafio único en el mundo! En los demás sepulcros humanos y de los fundadores de las religiones, se halla un ¡Aquí yace!

La resurrección de Cristo es el fundamento firme de la fe de los cristianos. Cristo resucitó y nosotros resucitaremos. (2 Cor. 2, 14).

«Por un hombre vino la muerte; por otro hombre vino la resurrección de los muertos. Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo seremos todos vivificados». (1 Cor. 15, 21-22).

2) *La tumba vacía y las apariciones* de Jesús son hechos realmente comprobados por la historia. El ángel como hemos dicho, fue el primero en anunciar que si en el sepulcro no estaba Jesús era porque había resucitado...

Además sus muchas apariciones fueron verdaderamente *reales e históricas, no imaginativas*, las que confirman su resurrección porque *visto y tocado* por los apóstoles y multitud de fieles, no pudiéndose decir, como algunos han pretendido, que «el entusiasmo de la fe los exaltaba» pues no se mostraron crédulos, sino después de tener innumerables pruebas sobre el hecho.

Jesús se manifestó a los testigos que Él había designado (Hech. 10, 41). La fe cristiana de todos los siglos se apoya firmemente en el testimonio de la fe apostólica.

Los apóstoles, y los mártires que les siguieron, fueron los primeros testigos de la resurrección de Cristo y los que unieron su sangre al testimonio de la palabra.

Cristo resucitó para nunca más morir (Rom. 6, 9), y los verdaderos cristianos viven resucitados a la vida de la gracia con Cristo, y deben procurar no morir jamás a ella por el pecado. Busquemos las cosas de arriba, una vez resucitados con Cristo... (Col. 3, 1-2).

¿Qué dicen los sabios de Jesucristo?

Hay diversas clases de sabios: *los sabios cristianos*, los que admiten la existencia de lo sobrenatural y que han estudiado a fondo a Jesucristo en la Biblia y a través de la historia de todos los siglos, y de cuyas personas y dichos no vamos ahora a hacer aquí un relato, porque sería preciso un libro mayor que el presente. Estos son los que nos dan elocuentes testimonios acerca de la divinidad de Jesucristo.

Los sabios racionalistas son los que prescinden de todo lo sobrenatural y hasta se empeñan en negarlo.

Nos vamos a fijar en los testimonios de estos investigadores y poseedores de la ciencia racionalista, que es la que admiten, y ver cómo aparece la persona de Jesucristo estudiada por ellos y con su técnica.

Como podemos observar nos vienen a decir aquella frase que Napoleón dijo al general Bertrand, cuando estaba desterrado en la isla de Santa Elena: «Créame usted, yo conozco bien a los hombres; yo le digo que Jesucristo es más que un puro hombre».

1) *Renán*, uno de los corifeos racionalistas, que quiso muchas veces embadurnar la gran figura de Jesucristo, sin embargo dijo: «Jesús es la más alta regla de la vida, la más destacada y la más virtuosa. Él ha creado el mundo de las almas puras... Jesucristo nunca será sobrepujado», y en un momento dado, dirigiéndose a Él exclama: «Entre Ti y Dios no hay diferencia. Plenamente vencedor de la muerte, tomas posesión del reino al que te seguirán, por la vía real que Tú has trazado, siglos de adoradores» (*Vie de Jesús*, p. 440).

2) *Harnack*, cabeza del racionalismo alemán, dice: «La grandeza y la fuerza de la predicación de Jesús, se muestra en que ella es, a la vez, tan sencilla y tan rica: tan sencilla, que ella está encerrada en cada uno de los pensamientos fundamentales que él ha expresado; tan rica, que cada uno de sus pensamientos parece inagotable, y que nosotros jamás hemos llegado al fondo de sus sentencias y parábolas».

Quien «se esfuerce en conocer a Aquél que ha traído el Evangelio, testificará que aquí lo divino ha aparecido con la pureza que es posible que aparezca en la tierra.

3) *Loysi*, el apóstata modernista: «Se siente por todo en los discursos de Jesús, en sus actos, en sus dolores, un no sé qué de divino, que le eleva no sólo por encima de la Humanidad ordinaria, sino por encima de lo más selecto de la Humanidad».

4) *Goethe*: «Me inclino ante Jesucristo, como ante la revelación divina del principio supremo de la moralidad».

5) *Wernle*: «Es del todo imposible el representarse una vida espiritual tal como la de Jesús... Él era más que un hombre».

6) *Tyrrel*: «Jesús es el más semejante a Dios entre los hombres» (Y es lo que más recientemente dijo *J. Middleton Murray*: «Jesús es el más divino de los hombres».

7) *Straus* escribió: «El Cristo no podía tener sucesor que le aventajase... Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que Él, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual».

8) *Rousseau* llegó a decir: «Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios».

9) *Augusto Sabatier*: «Jesús es el alma más bella y pura que existió jamás, elevada a una altura a la que nunca el hombre podrá llegar».

10) *Wilhelm Bousset* no pudo menos de escribir: «Jesús queda, es cierto, en relación con nosotros, a una distancia infranqueable... Nosotros no nos atrevemos a medirnos con Él, ni a colocarnos al lado de este Héroe».

Esto es lo que los incrédulos, pero a la luz de la llamada ciencia, sienten de Jesucristo.

Jesucristo es ante la ciencia racionalista, la persona histórica de la superioridad máxima de la Humanidad, la inteligencia más sublime y más profunda, el alma más bella, aquel en quien se concentra todo lo noble, puro y elevado de nuestra naturaleza.

La ciencia racionalista que dice tales cosas de Jesucristo, si fuera lógica y verdaderamente sabia, debiera confesarle por Dios.

¡Oh! Si todos estudiaran y conocieran a Jesucristo, todos se arrojarían a sus pies para aclamarle y bendecirle. Hay que estudiarle bien en las Escrituras Santas, que tratan de Él. De aquí que San Jerónimo dijera: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

El Evangelio nos presenta y nos pregona que Él es santo, que es sabio, que es Dios.

Sólo Jesucristo pudo retar a sus enemigos con estas palabras: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»

Todo nos habla de la santidad de Jesucristo: su doctrina, su conducta, sus milagros...

Jesucristo no es solamente hombre, sino *verdadero Dios*, pues claramente lo dijo de sí, y lo probó con multitud de milagros y profecías... y sobre todo con el hecho histórico, indubitable de su propia resurrección. Y lo prueba también la existencia de la Iglesia por Él fundada, a través de veinte siglos contra los herejes y perseguidores... «Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Nuestro deber es leer con frecuencia los Santos Evangelios para «ir creciendo en el conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 3, 18).

¿Qué hemos de decir como conclusión?

Después de lo expuesto hemos de reconocer forzosamente la divinidad de Jesucristo:

1.º Porque el mismo Jesucristo afirma que es Dios.

2.º Porque Él prueba que es Dios con sus obras: *los milagros*; con un libro maravilloso: *el Evangelio*, palabra siempre viva, siempre presente, siempre eficaz del Hombre-Dios; con una institución: *la Iglesia*, la que fundó sobre los apóstoles, y a ellos y sus sucesores ordenó que fueran enseñando *en su nombre* a todos los pueblos una *doctrina* sorprendente por sus misterios, una *moral* contraria a todas las pasiones..., y el empleo de los *medios* establecidos por Él para conseguir la salvación eterna... y prediciéndoles persecuciones sin cuento, les prometió su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 28, 20).

He aquí las conclusiones que fluyen de la divinidad de Jesucristo. Tres principales:

1.^a Puesto que Jesucristo es Dios, es evidente que la religión por Él establecida *es divina*, la única verdadera, *la única querida por Dios*, la única que exige de todos los hombres, la única que puede llevarnos al cielo.

2.^a Todas las enseñanzas de Jesucristo, dogmas y preceptos, *deben ser aceptados* en su integridad, puesto que son manifiestamente divinos. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no dejarán de cumplirse» (Mt. 24, 35).

3.^a Hay que creer, sin vacilar siquiera, *los misterios* que forman parte de la Revelación cristiana, aunque no los comprendamos, porque estos misterios se fundan sobre la autoridad infalible de la palabra de Dios (Véase P. A. Hillaire. Rel. Demostrada).

El mundo es el testigo permanente de la existencia de Dios. La Iglesia católica es el testigo permanente también de la divinidad de Jesucristo. ¡A él solo todo el honor y toda la gloria por los siglos de los siglos!

Este mundo es el testigo permanente de la existencia de Dios. La Iglesia católica es el testigo permanente también de la divinidad de Jesucristo. ¡A él solo todo el honor y toda la gloria por los siglos de los siglos!

Que hemos de decir como conclusión?

Después de lo expuesto hemos de reconocer formalmente la divinidad de Jesucristo.

1. Porque el mismo Jesucristo afirma que es Dios.

Porque Él prueba que es Dios con su obra: los milagros, los signos, las profecías, la Resurrección, siempre viva, siempre presente, siempre eficaz del Hombre-Dios; con una institución, la Eucaristía, la que prueba sobre los apóstoles, y a ellos y sus sucesores, que forman su sucesión, en su nombre, a todos los siglos una sola y misma Iglesia, una misma misión, una misma doctrina, una misma fe, una misma esperanza, una misma caridad, una misma comunión, una misma salvación, una misma gloria.

2. Porque la Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios.

En la Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, se afirma que Él es Dios. La Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios. La Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios.

3. Porque la Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios. La Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios. La Iglesia, que es la divinidad de Jesucristo, afirma que Él es Dios.

8.º ¿QUÉ ES LA FE CRISTIANA?

La teología, al reconocer a Jesucristo como fuente y plenitud de la revelación, nos plantea esta cuestión fundamental, y es el verdadero problema de la fe:

¿Quién es este hombre?, a saber, Jesús de Nazaret, para que creamos en Él (Mc. 4, 41).

Hay *fe humana*, y es la que se funda en la palabra o testimonio de otros hombres; y *fe cristiana divina*, que se funda en la palabra de Dios, y es de la que aquí tratamos.

¿Qué es fe cristiana? Fe cristiana es creer en Jesucristo, aceptar su persona y su doctrina; es dar una respuesta favorable a la Palabra de Dios; es creer o tener por cierto lo que no hemos visto porque Dios nos lo ha revelado.

Si creemos lo que nos dicen nuestros padres y maestros, que pueden fácilmente equivocarse, y a tantos otros que nos hablan de cosas que no hemos visto, ¿no es más razonable creer lo que nos dice Dios, que no puede engañarse ni engañarnos?

Dios nos ha hablado muchas veces y de muchas maneras por medio de los profetas y últimamente por medio de su Hijo Jesucristo (Heb. 1, 1-2), y por sus opóstoles...

Aquí surgen estas preguntas: ¿Quién es el Dios que nos habla? ¿Quién es Jesucristo...? Ya sabemos quién es Dios, y también quién es Jesucristo, y sabiendo que Él es una persona histórica y que es Dios, forzosamente hemos de creer en Él y en todo lo relacionado con Él. Y ¿qué nos ha hablado? ¿Qué recitas en el «Credo»? ¿Qué lees en la Sagrada Escritura? o ¿qué oyes cuando te comentan el Evangelio en el templo...? Estas cosas las ha hablado Dios. Lo que tenemos, pues, que creer, lo encontramos resumido en el Credo.

El objeto de nuestra fe es la persona de Cristo que nos ha hablado y como consecuencia sus palabras o verdades reveladas en la Biblia e interpretadas por el magisterio de la Iglesia.

El Concilio Vaticano I dice:

«Cando Dios revela estamos obligados a prestarle por la fe plena obediencia de entendimiento y de voluntad. Ahora bien, esta fe, que es el principio de la humana salvación, la Iglesia católica profesa que:

— Es una virtud sobrenatural por la que, con la inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado; no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, si no por la autoridad de Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos (Dz. 1789).

La fe cristiana es ún don de Dios (Ef. 2, 8), porque sólo Él con su gracia nos da capacidad para creer.

Necesidad de la fe

La fe es necesaria para salvarse. El mismo Jesucristo nos lo dice así: «*El que creyere (el Evangelio) y fuere bautizado, se salvará*» (Mc. 16, 16); y el apóstol: «*Sin la fe es imposible agradar a Dios*» (Heb. 11, 6).

El cristiano debe vivir conforme a la fe y confesarla exteriormente (1 Cor. 13, 2; Rom. 10, 10; Mt. 10, 32).

Los adultos, como Dios no les da su gracia sin cooperación de ellos, es preciso que se preparen de alguna manera para recibir la fe (C. Trento. ses. 6, 5).

Dios comunica principalmente la fe: a los que *se esfuerzan* seriamente por conocer la verdad; a los que *viven* con santo temor de Dios; a los que *piden* este don de la fe verdadera. Si muchos no alcanzan la fe cristiana es porque les falta *buena voluntad* o les *ciega la soberbia*.

¿Cómo comunica Dios la fe?

Para comunicar la fe a los hombres, Dios se vale ordinariamente de la *predicación del Evangelio* (Rom. 10, 17). Otros *medios ordinarios* fuera de la predicación, son: la lectura de la Biblia y de libros buenos, y también de la enseñanza por medio de otros hombres: *San Agustín* creyó en Jesucristo y su doctrina por los sermones de San Ambrosio, obispo de Milán; *San Ignacio de Loyola* se convirtió de su vida disipada, por la lectura de la vida de Jesucristo y de los santos...

Nota:

Siendo necesaria la fe para salvarse, conviene saber, como dice Santo Tomás, que si uno hubiera crecido vg. en los bosques y entre fieras, siguiendo los dictámenes de la razón y procurara hacer el bien y evitar el mal, se puede tener por cierto, que Dios le comunicaría la fe y los medios necesarios para salvarse, ya por la ilustración interior, ya enviándole un mensajero suyo. Así, Pedro fue enviado por Dios al centurión gentil de Cesarea, Cornelio (Hech. 10), y Pablo a los de Macedonia (Hech. 16).

¿Sobre qué cosas versa la fe cristiana?

La fe cristiana versa sobre cosas que no podemos percibir con los sentidos: tales son Dios, el alma, los ángeles, etc. o sobre cosas que no podemos comprender, como el misterio de la Santísima Trinidad, el Santísimo Sacramento, etc., y la causa es porque Dios es infinito y no puede ser comprendido por nuestro débil y limitado entendimiento.

Y tengamos por cierto que así como con el telescopio vemos mejor que a simple vista, y con la luz del sol mejor que con la claridad de una lámpara, así con la *fe* conocemos mejor que con la razón. Debemos tener por cierta y segura la palabra de Dios.

Cristo en la última cena, dijo: «*Esto es mi cuerpo*», «*esta es mi sangre...*» y nosotros ahora, hecha la consagración en la Misa, creemos firmemente en la presencia real de Jesucristo bajo los accidentes de pan y del vino, aunque los sentidos no lo vean, ni el entendimiento lo comprenda; pero lo creemos porque Él lo ha dicho y sus palabras son verdaderas.

San Pablo lo reconoce así al decir: «*quien come de este pan (consagrado) indignamente, se traga y bebe su condenación y es reo del cuerpo y de la sangre del Señor*» (1 Cor. 11, 27-29; 10, 14-16).

— La fe es un tributo y obsequio que ofrecemos a Dios; pero desde el momento que vemos una cosa con los ojos o la comprendemos bien con el entendimiento, la fe sería tan superflua como falta de merecimiento.

Objeciones:

1) Dicen algunos: es contra razón creer, en general, lo que *no se ve*.

Éste es un principio falso, pues según él, toda enseñanza sería imposible, pues no se podría creer al maestro que da instrucción en Geografía, Historia o Ciencias naturales. Hasta los mismos lazos de familia se disolverían, pues como dice San Agustín, los hijos no podrían creer a sus padres, que son tales hijos suyos. Tendríamos por temerarias a las gentes que creen que existe París y Roma, sin haber visto estas ciudades. Sólo sería contra razón creer a un hombre, si no nos enteramos antes de que es fidedigno.

2) Otros dicen: es contra razón creer cosas que *nuestro entendimiento no puede comprender*.

A esto hemos de advertir que entonces tendríamos que rechazar muchos descubrimientos de las ciencias, porque no comprendemos cómo pueden haberse realizado. Además, aunque muchas verdades religiosas superen nuestro entendimiento, no son por eso contrarias a la razón, como nos dice el Vaticano I, pues el mismo Dios que nos ha dado la razón, nos ha dado la doctrina revelada, y Él no se puede contradecir.

Motivos de credibilidad

Nosotros creemos la doctrina predicada por Jesucristo porque Él es Dios y porque con su resurrección y otros muchos milagros y profecías confirmó la verdad de sus palabras, y porque así nos lo enseña la Iglesia fundada por Jesucristo, a la que tiene prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 28, 20). (Véase BREVE TEOLOGÍA, 3.^a edic. págs. 34 y 35).

¿Cómo ha de ser nuestra fe? Ha de ser «viva», una fe que implica aceptación personal de Jesús y de toda su doctrina revelada, una fe con buenas obras, o sea, hermanada con la caridad... y ha de ser firme, sin vacilación o dudas...; constante, con la voluntad resuelta de no abandonarla jamás..., y universal, que acepta todas las verdades reveladas por Dios sin excluir ninguna...

En consecuencia: Hay que tener fe, pero la sola fe no basta para la salvación, porque es preciso vivir conforme a la fe y confesarla ante los hombres.

9.º FIN DEL HOMBRE... ¿QUÉ HAY MAS ALLA DE LA MUERTE?

1) ¿Para qué estamos en este mundo?

Para darnos cuenta de la necesidad de la fe para salvarnos, al ser Dios el creador del hombre, debe interesarnos a todos el saber cuál es nuestro fin, para qué estamos en este mundo.

Todas las cosas tienen un fin; así vemos que lo tienen el ojo, el oído, la mano, el pie. Y como cada uno de nuestros miembros lo tiene, lo debe tener también todo hombre. Este fin es muy elevado.

Como el estudiante frecuenta la escuela para alcanzar un fin, a saber, una carrera, una posición social, así también el hombre está en la tierra, en esta *escuela de la vida*, para alcanzar un alto fin, esto es, *la felicidad eterna*.

Muchos creen que estamos en este mundo para acumular tesoros terrenales, para alcanzar honores, para comer y beber o gozar de placeres de los sentidos; pero los bienes terrenos no son el fin de nuestra vida breve, sino sólo *medios* para el fin.

Salomón, que disfrutó de toda clase de riquezas, honores y placeres, terminó diciendo al final de su vida: «Vanidad de vanidades y todo vanidad».

San Agustín, después de una vida de pecado, se volvió a Dios y dijo: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansa en Ti».

Es evidente que nuestro corazón tiene ansias de felicidad, y al no hallarla aquí en la tierra en las riquezas ni en los placeres, es que ha nacido para cosas mayores.

Nuestro fin es alabar y glorificar a Dios

Dios es eternamente feliz y no necesitaba para nada del mundo y de los hombres para aumentar su felicidad o perfecciones, y sólo movido por su infinita bondad, creó los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, para que, según su posibilidad y dignidad, le alabaran y glorificaran, y así fueran felices.

Aun las criaturas racionales e insensibles, los animales salvajes y los domésticos, los árboles y las plantas, los metales y las pie-

dras, alaban a Dios, cada uno según su naturaleza y posibilidad, cumpliendo sus leyes para honra y alabanza del Creador.

¡Con cuánta más razón los hombres, por ser de naturaleza racional y libre, debemos glorificar a Dios con nuestra inteligencia y libertad!

La Biblia nos dice:

Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre toda la tierra... Dióle inteligencia, lengua, ojos..., para que viera la grandeza de sus obras, PARA QUE ALABARA A SU SANTO NOMBRE y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad... (Ecl. 17, 3 ss).

El hombre está en esta vida para alabar y glorificar a su Creador, y ¿qué es glorificar a Dios? Es conocerle, amarle y servirle como a Padre en esta vida y después ser feliz con Él en el cielo.

Si Dios es eternamente feliz, ¿para qué quiere ser glorificado? Si Él quiere que le glorifiquemos es para nuestro bien, pues Él no lo necesita. Como dice San Agustín: «La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tú alabándole, te haces mejor, y vituperándole te haces peor. Él sigue siendo el mismo».

También el libro del Eclesiastés (12, 13) nos dice: «*Teme a Dios y guarda sus mandamientos, esto es el todo del hombre*», a esto se reduce el fin del hombre.

El mismo Jesucristo nos recordó nuestro último fin al decirnos: «*Una sola cosa es necesaria*» (Lc. 10, 42). «*Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*» (Mt. 6, 33).

El que no piensa en su último fin se parece al navegante que no sabe a dónde va y, por tanto, viene a naufragar (S.Alf.)

2) ¿Hay otra vida después de ésta?

La Constitución Pastoral «*Gaudium et spes*» ante la actual evolución del mundo dice que son cada día más numerosos los que entre los interrogantes más profundos, se plantean éstos: «¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, susisten todavía...? ¿Qué hay después de esta vida temporal?» (GS. 10).

Mas, como veremos, la clave de todas las soluciones está en Cristo, en su Evangelio.

Muchos no creen o no piensan que existe otra vida. Su fin es temporal, sólo ponen su felicidad en tener mucho dinero y gozos terrenos, y piensan al igual que aquellos impíos de que habla el

libro de la Sabiduría, «que el hombre vuelve por la muerte a la nada de donde salió, o a la materia de que fue formado» (Sab. 2); mas aquí no encontrará la felicidad, porque todo lo tiene que dejar con la muerte. ¡Cuántos acaparan, sin saber para quién! Si no esperamos otra vida éramos, como dice el apóstol, los más miserables de todos los hombres (1. Cor. 15, 19); mas es necesario reconocer que no todo termina con la muerte. Y esto nos lo dicen la razón natural y la revelación divina.

El género humano ha visto siempre en el hombre dos cosas: el *alma* y el *cuerpo*, el *espíritu* y la *materia*. Y ha visto también una diferencia esencial entre el hombre y el bruto, porque el hombre está dotado de *alma inteligente y libre*.

En la muerte *el alma se separa del cuerpo* y vuelve a Dios (Ecl. 12, 7); el cuerpo se corrompe, pues como es formado de la tierra, vuelve a la tierra. (Gén. 3, 19.)

En un muerto ya no hay alma, porque no hay vida en el cadáver. Lo que le vivificaba no está allí.

Es evidente que en el hombre hay un principio vital, y este principio no es otro que el alma que anima al cuerpo y que es un ser *inteligente*, que *vive*, *siente*, *piensa* y *obra libremente*..., y cuando vemos que este ser piensa y raciocina y habla y conoce el bien y el mal, porque cuando obra el mal siente remordimientos, y si obra el bien siente alegría y satisfacción, ¿acaso no nos dice todo esto que tenemos un alma espiritual, inmortal y libre?

El alma es espiritual...

La filosofía, o sea, la misma razón humana nos dice que el alma es *espiritual* porque no está ligada a las leyes de la materia ni en su ser ni en sus operaciones específicas como son el *amar*, *querer*, *entender*, etc. Y por ser *inteligente y libre* en su voluntad, vemos que es capaz de conocer lo bello y lo bueno, lo justo y lo verdadero... y tiene capacidad de amar el bien... y ansias de dominar el mundo.

Si nuestra alma produce actos espirituales, es porque ella es espiritual, de lo contrario los actos u operaciones (efecto) serían superiores a ella (o sea, a la causa de las mismas).

Y nuestra alma por ser espiritual es inmortal... Todo esto lo puede ver uno demostrado en los buenos tratados de filosofía; pero por no ampliar este trabajo, fijémonos en lo que Dios nos dice en la Escritura Santa, el libro de la revelación, tan ignorado de las gentes de este mundo, y por eso andan como a ciegas.

El más allá a la luz de la fe

Esto es evidente y máxime a la luz de la fe. Veamos unas pocas pruebas:

1) Dios nos promete una vida futura con premios y castigos eternos: Los malos irán al *suplicio eterno* y los justos a la *vida eterna*. (Mt. 25, 46.) Luego el alma vivirá eternamente.

p) Jesucristo nos lo dice así: *No tengáis miedo a los que matan al cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno.* (Mt. 10, 28.)

3) Al referirse Jesucristo a estas palabras del Éxodo: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac...» (3, 6), termina diciendo: «Dios no es Dios de muertos, sino de vivos...» (Mt. 22, 32.)

Con esto afirmó la inmortalidad del alma, pues continúan viviendo Abraham e Isaac...

4) En el libro de la Sabiduría leemos: «Dios creó al hombre para la inmortalidad...» (2, 23.)

No hay duda que el alma del hombre es inmortal por naturaleza...

Todos los pueblos de la tierra han admitido siempre la inmortalidad del alma. ¿No nos dice algo el *culto* a los muertos y los *monumentos* que han erigido sobre sus sepulcros, y el *clamor a la justicia divina* para que recompense a los buenos y castigue a los malos?

¿Qué más nos dice la Biblia?

— San Pablo estaba *deseando morir para estar con Cristo*. (Fil. 1, 21.)

— Está establecido morir una sola vez, y *después de esto el juicio*. (Heb. 9, 27.)

— *Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios...* (2 Cor. 5, 10.)

— *No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna.* (Heb. 13, 14.)

— *El cielo es nuestra morada y a ella aspiramos.* (2 Cor. 5, 1.)

— *Somos peregrinos y huéspedes en la tierra.* (Heb. 11, 13.)

— *Alegraos y regocijaos, porque es grande vuestra recompensa en el cielo.* (Mt. 5, 12.) *Es indescriptible la felicidad del cielo.* (2 Cor. 2, 9.)

— *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos.* (Mt. 19, 17), etc.

Y en cuanto a la resurrección de los muertos

Véanse entre otros estos dos textos: Dn. 12, 2; Jn. 5, 28... «Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.» Esta es la fe del cristiano. Hay, pues, una vida nueva después de la muerte.

La teología del más allá

Este tema que plantean así algunos, queda ya en parte tratado en lo anteriormente dicho, pero resumiendo diremos: que la fe católica apoyada en la relevación divina, reconoce los cuatro «no-vísimos» o lo último que sucederá a cada hombre: muerte, juicio, infierno y gloria.

Señalaremos los textos principales:

1.º «Está establecido morir una sola vez, y después de esto el juicio.» (Heb. 9, 27.)

2.º Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios para dar cuenta de nuestras obras... (2 Cor. 5, 10.)

3.º (Los impíos) irán al suplicio eterno (Mt. 25, 46).

4.º Los justos irán a la vida eterna. (Mt. 25, 46).

(También admitimos el Purgatorio, ¿qué decir de él y del «limbo de los niños»? Como estos temas los tengo tratados con amplitud en «Breve Teología», remito a este libro.)

El por qué del dolor y de la muerte

Este es uno de los «porqués» que preocupa a muchos y preguntan: «¿Por qué Dios permite los sufrimientos?» Respondemos: Hay que saber que Dios no ha creado el dolor ni el mal, pues todas las cosas salidas de las manos de Dios *«eran en gran manera buenas»*. (Gén. 1, 31.)

El origen del mal y de los sufrimientos son debidos al primer pecado y a los pecados personales de los hombres. Dios les dio el don de la libertad, pero ellos la emplearon para el mal.

San Pablo lo dice así: *«Por Adán (el primer hombre) entró el pecado en el mundo y por el pecado (el dolor) y la muerte»*. (Rom. 5, 12; Gén. 3, 17-18.)

«La muerte es estipendio o paga del pecado.» (Rom. 6, 23.) Cristo, inocente y santo, descendió del cielo y vino a redimirnos del pecado por medio de los sufrimientos: *«Cristo padeció por nosotros.»* (1 Ped. 2, 21 y *se entregó a la muerte por nosotros* (Gál. 2, 20), y nos ha revelado que *por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo*. (Hech. 14, 21.) (Véase el valor del dolor y su premio: Rom. 8, 18; 2 Cor. 4, 17.)

10. ¿CUAL ES LA RELIGIÓN QUE DEBO PROFESAR?

Hemos hablado de la existencia de Dios, de su divina revelación, y de cómo llegar al conocimiento de Dios creador, y este conocimiento nos obliga a darle culto, o sea, a practicar la religión.

La religión es el lazo que une al hombre con Dios. Este lazo se compone de *deberes* que el hombre debe llenar para con el Ser Supremo, su Creador, su Bienhechor y Señor.

Estos deberes incluyen *verdades* que hemos de creer, *preceptos* que debemos practicar, y *un culto* que hemos de tributar a Dios.

Los dos polos necesarios a la esencia de la religión son el hombre y el mundo transcendente o divino, o sea, Dios y el hombre. Considerando unilateralmente uno de los polos, como relegándolo a *segundo plano*, resultan concepciones erróneas y falsas de la religión.

Para tener ideas claras plantearemos estas dos cuestiones:

1.^a Fenomenología del hecho religioso.

2.^a Religiones existentes en el mundo.

Luego terminaremos diciendo cuál es la verdadera religión.

1.^a Fenomenología del hecho religioso

1) Hecho religioso

La religión, en su sentido más amplio, es un fenómeno propio del conjunto de la humanidad.

El hecho religioso es un *hecho universal* porque abarca a todos los pueblos y a todos los tiempos, pues no hay pueblo ni tribu sin cultura que no haya admitido la existencia de un poder o ser transcendente, Ser Supremo, al que llamamos Dios, y con el cual debe el hombre vivir en estrecha relación para vivir rectamente.

En el siglo XIX, época del nacimiento de la *ciencia de las religiones*, se trató de investigar cuál era el origen de la religión, y por el estudio de la etnología, la paleontología, la arqueología, el arte, etc., sacaron sus autores, la consecuencia de que las creencias religiosas aparecieron juntamente con el hombre, y que en el estadio primero de la humanidad existía la creencia en un solo Dios.

Sólo los defensores de la teoría marxista, llevados por los prejuicios propios, sin duda de su ateísmo, y sin aducir prueba alguna, dijeron que la religión había aparecido en una época más tardía.

Damos por supuesto que la religión existe, porque existe Dios creador y existe el hombre hechura suya, y por tanto éste es un ser dependiente de Dios.

2) El hecho religioso es universal

Entre otros muchos testimonios que lo comprueban tenemos los ya citados de Cicerón, Plutarco, Séneca, etc.

— *Balmes* (filósofo español; 1810-1848) dijo: «La civilización europea lo debe casi todo al cristianismo, y algo a la romana; la romana a la griega; la griega a la egipcia; la egipcia a la oriental; y allí se encuentra un velo que con nada se levanta, sino con los primeros capítulos del Génesis.»

— *Los misioneros*, al hablar de tribus y pueblos incultos: australianos, los yamanas (estrecho de Magallanes), bosquimanos (sur de África), etc., dicen que aunque han caído en grandes supersticiones y torpe fetichismo, reconocen a Dios, Ser Supremo de los cielos y del mundo.

No cabe duda que la religión es un hecho universal, y la Historia de las religiones nos demuestra irrefutablemente que no ha existido ningún pueblo sin religión.

La creación entera, como ya demostramos al principio, nos habla de Dios, y por eso San Pablo llama a los paganos «inexcusables» por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios. (Rom. 1, 21.)

Estos *alardeando de sabios se hicieron necios*, y por lo mismo no es de extrañar que diga el salmista: «*Dijo el necio (el impío) en su corazón: no hay Dios.*» (Sal. 14, 1.) Notemos que lo dijo en su corazón (no en su inteligencia).

Conceptos materialistas sobre la religión

El doctor Koning, Cardenal Arzobispo de Viena, en su libro: «Cristo y las religiones de la tierra», nos ofrece unas ideas claras sobre la concepción materialista del mundo y las tendencias que incrementaron el deseo de este materialismo, y así hemos de precisar más el valor absoluto de la religión católica. He aquí su pensamiento:

«Efecto del ateísmo materialista ha sido, curiosa paradoja, el que la preocupación de la ciencia por la religión en los últimos cien años no haya decrecido, sino aumentado considerablemente.

Junto a la teología, y contra la teología tradicional, comenzó «la ciencia de las religiones» a introducirse en las universidades como

una disciplina nueva, y se ocupó de la forma más intensiva de las religiones y de la aparición de lo religioso en la vida espiritual del hombre.

La lógica de la nueva concepción materialista del mundo exigía concebir el fenómeno de lo religioso —no sólo dentro de la religión cristiana, sino especialmente en todas las formas no cristianas— de una forma tal, que pudiera ser incluido sin contradicciones dentro de una tal concepción del mundo.

Dos tendencias incrementaron el deseo del materialismo en este aspecto: el racionalismo y el evolucionismo.

1) *El racionalismo* niega el mundo de lo suprasensible y de lo divino, y como principio filosófico rechaza la pretensión del cristianismo de poseer las fuentes de una revelación directa de carácter divino sobrenatural en el Antiguo y Nuevo Testamento, y dice que estos libros sagrados deben ser interpretados y valorados con los mismos criterios de los libros sagrados de otras religiones.

También la filosofía de la religión, contribuyó, a su manera, a una devalorización de lo religioso. Era el influjo de Kant, para quien la religión tenía sólo el valor de un postulado de la razón práctica.

En consecuencia, el racionalismo quería sostener que no existía comunicación revelada de Dios fuera del conocimiento de la razón.

2) *El evolucionismo* vino a decir que las religiones habrían llegado a ser, nacido y crecido de la misma forma que los demás seres y organismos vivos, es decir, que así como en la naturaleza todo evoluciona de la imperfección a la perfección, así también todas las formas religiosas menores y más sencillas deben ser situadas en el principio, y las más elevadas, consideradas como producto de una más larga evolución.

Desde un estadio arreligioso, la religión «se desarrolló» paulatinamente, alcanzando, tras de pasar por diversos grados, la máxima perfección y pureza.

El primero en utilizar en nuestro campo la idea de la evolución fue H. Spencer, y luego el etnólogo E. B. Tylor, y también J. Lubboch, inglés, cercano en sus ideas al marxismo y otros siguieron la teoría evolucionista, y con ella intentaban demostrar cómo la religión se había ido desarrollando paulatinamente..., y que la historia de esta evolución muestra la inexistencia de un ser divino transcendente, porque la causa de la religión no está en otro, sino en este mundo, es decir, exclusivamente en el hombre mismo.

El materialismo y el evolucionismo se unieron para buscar el origen de la religión no en el más allá, sino en el más acá, en la peculiaridad del hombre.

Como resultado de esta investigación, se llegó a la conclusión de que la religión es una creación humana, y que por lo tanto, al desaparecer el hombre, desaparecerá también la religión.

De aquí surgieron pensadores como *Feuerbach*, que vino a decir que la religión no tiene su fundamento en una realidad del más allá, sino que es creada por los hombres, y así dice: «No fue Dios el que creó al hombre a su imagen, como dice la Biblia, sino que el hombre creó a Dios a su imagen.» (De esta doctrina participaría luego Marx.)

— *E. Durkheim*, el padre de la sociología científica, pretende concebir la religión como una función de la sociedad humana. Para éste como para otros la religión era una ficción y no tenía un valor de verdad sino de utilidad.

— *Nietzsche, Wundt, Darwin, Freud, A. Adler* y otros buscan también las raíces de la religión en el hombre, y *Hume* y *Straus* dirán que en la impotencia del hombre...

Una reacción contra estas teorías. Esta forma de pensar racionalista y materialista halló una fuerte reacción por *Rudolf Otto, M. Scheler* y otros, pero aunque conocen el profundo arraigo y la vocación transcendente de lo religioso en el ser todo del hombre, por otro lado destaca tan fuertemente lo irracional, que el contenido objetivo de la religión corre el riesgo de disolverse en lo subjetivo y en lo inmanente.

Además su postura abierta a todas las formas de aparición de lo religioso experimenta una peligrosa restricción por su negación de la *ortodoxia*, es decir, de la posibilidad de una revelación sobrenatural como la conciben no sólo los católicos, sino también los protestantes.

En conclusión:

El análisis racionalista y evolucionista del cristianismo no han logrado refutar que el origen del cristianismo sea sobrenatural.

También *H. Gunkel, Bultmann* y otros han fracasado en su origen «sincretista» o mezcla de religiones...

La fenomenología de la religión, tal como muchos la presentan, parte del mismo presupuesto que la «historia comparada de las religiones»: que entre las distintas religiones no puede existir ninguna diferencia esencial.

La comparación de las religiones

He aquí las palabras del citado doctor *König*, que nos vienen a resumir todo lo dicho de las dos tendencias filosóficas que han pretendido desvirtuar el cristianismo afirmando que todas las religiones son iguales.

«Como consecuencia de estas dos tendencias (racionalista y evolucionista) nació en el siglo XIX la historia comparada de las reli-

giones, a la que movía la secreta intención de demostrar que el cristianismo era una magnitud relativa y no absoluta, nacida y crecida como todas las demás religiones y cuyo origen no era más ni menos divino que el de las otras.

Y, en consecuencia, que no había diferencia entre religiones verdaderas y religiones falsas. Así, pues, no fue el contacto entablado con las religiones alienígenas, sino la situación espiritual del siglo XIX, lo que hizo que de ese contacto naciera la moderna ciencia de las religiones con sus distintas disciplinas (filosofía de la religión, historia de las religiones, psicología de la religión, fenomenología y sociología de la religión) con la intención de valerse de ella como arma contra el cristianismo.

En esta confrontación comparativa del cristianismo con las religiones no cristianas lo que importaba no era demostrar, como en la época primitiva de la cristiandad, la superioridad del cristianismo y su valor absoluto, sino el presentar el cristianismo como una magnitud relativa, el caracterizarlo como una forma de religión que, aunque resalta con mayor pureza y elevación que las otras los valores religiosos, no se diferencia de ellas más que en grado y no en esencia.»

El cristianismo es una religión incomparable

La persona de Jesús y el prestigio de su Evangelio superan a los fundadores de otras religiones. (p.)

Se hablara de ciertas semejanzas entre cristianismo y otras religiones, pero «una analogía no es una igualdad».

El cristianismo debe su origen a una intervención directa de Dios en la historia humana. Y es de lamentar que esto apenas se estudie, ni siquiera como posibilidad, ni se intente una discusión de este problema, como nota ya el doctor Koning, y ¿por qué?, porque dados los puntos de vista racionalista y precientífico de que se parte, no puede ser tomada en consideración; pero nosotros hemos de subrayar que esa afirmación es una idea esencial al cristianismo.

La pretensión cristiana de validez absoluta no es una afirmación hecha por los prosélitos del cristianismo, sino algo contenido en la esencia del mensaje cristiano, el cual debe ser estudiado a fondo.

Al terminar el estudio de las diversas religiones existentes debemos reconocer que la verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que Él nos ha revelado y que podemos conocer por señales ciertas e infalibles: los milagros y las profecías.

Esta religión es la cristiana, la fundada por Jesucristo, la única verdadera, la que debemos profesar para salvarnos.

Sólo la Iglesia católica tiene la verdadera fe o doctrina enseñada

por Jesucristo, porque sólo ella la recibió de Él y de sus apóstoles, y la ha conservado sin alteraciones hasta nuestros días.

No puede haber más que una religión verdadera, porque no hay más que un solo Dios y una manera de honrarle.

TIPOLOGÍA DE LAS DISTINTAS RELIGIONES

Historia de las religiones

Este es un tema muy amplio que necesitaría una obra extensa (el Dr. König le dedica tres tomos, ya conocidos, editados por la BAC, que recomiendo a los estudiosos). Por mi parte me voy a limitar a compendiar y dar una idea de las diversas clases de religiones existentes, enumerando las más importantes y conocidas, dando un breve juicio para que todos puedan tener una idea clara sobre las mismas.

RELIGIONES EXISTENTES EN EL MUNDO

Las grandes religiones modernas las podemos reducir a cuatro:

- EL HINDUISMO Y BUDISMO (*politeístas*, que adoran muchos dioses).
- EL MAHOMETISMO O, CRISTIANISMO Y JUDAÍSMO (*monoteístas*, que adoran a un solo y único Dios verdadero).

Otros reducen las religiones a estos tres grupos:

- 1) *El Paganismo*, conjunto de religiones politeístas, que no dejan de tener algunas doctrinas piadosas y hasta morales, pero desfiguradas, como (el Confucionismo), hinduismo, budismo, etc.
- 2) *El Judaísmo y Mahometismo o Islamismo*, que son monoteístas y tienen sus puntos de contacto con la Biblia.
- 3) *El Cristianismo*, monoteísta, con bautismo y fe en Cristo.

Vamos a hablar de todas estas religiones de las que haremos un breve resumen, para darlas a conocer, mas antes diré unas palabras del *Confucionismo* (que otros prefieren decir *Confucianismo*), religión antigua, atendiendo a su influjo, hoy decadente.

RELIGIONES NO CRISTIANAS

«La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces

reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres.

»Anuncia y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo que es *el camino, la verdad y la vida* (Jn. 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa...» (NA 2).

El Confucionismo

El Confucionismo no es una religión, sino más bien un sistema filosófico o una moral fundada en el amor y en el respeto mutuo, atribuido a *Confucio*, filósofo y gobernante chino (551-478 a. C.), el cual gozó de gran veneración hasta el punto de llegar a ser adorado en templos propios como santo nacional. Su doctrina religiosa ha sido profesada principalmente por chinos y japoneses.

El Confucionismo reconoce al «Dios del cielo» y al «Soberano de la tierra» (son las dos principales divinidades antiguas con sus sacrificios y ritos).

El representante del Dios del cielo en la tierra es el Emperador. La segunda divinidad tenía a sus órdenes otra serie de dioses regionales y locales.

En el siglo anterior a nuestra era, fue elevado el Confucionismo a religión del Estado (y tuvo que luchar con el *Aaoísmo*, otra religión llena de supersticiones, creada por *Lao-Tse*, contemporáneo de Confucio), y persistió como religión oficial hasta 1912, en que tuvo lugar el cambio de régimen político en China, y su enseñanza dejó de ser obligatoria en las escuelas.

Con estas religiones se mezcló, durante el primer siglo de nuestra era, la religión budista, procedente de la India, la que se extendió rápidamente por todo el país.

El hinduismo

El hinduismo es hoy la religión oficial de la India, país eminentemente religioso, como lo prueban sus muchas y grandes pagodas o templos, y porque no conciben la literatura, el arte o la poesía sin que sean religiosos.

Sus libros sagrados

Los más antiguos eran *los Vedas* (*Veda* significa «ciencia», «conocimiento», «doctrina sagrada»). Estas escrituras sagradas constituyen la base de su religión, que procede del *brahmanismo* con incorporaciones de elementos extraños, y por eso hoy algunos lo llaman *neobrahmanismo*, que se reduce a un sistema oficial y religioso y se remonta a la religión de los Vedas.

Se funda en el culto a Brahma y en el sistema jerárquico, hoy abolido, de las castas hereditarias: *brahmanes* (sacerdotes), *chatrias* (guerreros), *sudras* (artesanos), etc.

El libro más antiguo y sagrado es el *Rig-Veda*, que contiene más de un millar de grandiosos himnos a las múltiples divinidades... Este libro con el *Sama-Veda* y otros más fueron redactados el año 1500 a. C., pero su doctrina ya existía más de mil años antes y es admirable saber que se conservó en la memoria de generación en generación.

Libros modernos del hinduismo

Además de los antiguos, tienen otros más modernos: La gran epopeya llamada *Mahabharata*, que consta de más de cien mil estrofas, reunidas en 18 libros.

Este libro es de elaboración brahmánica y pertenece al siglo IV a. C. Le sigue el *Ramayana*, poema épico con 24.000 estrofas; las *Puranas*, obra didáctica; las *Agamas* (tradiciones), según las cuales los Vedas fueron dictados por Brahma.

Divinidad del hinduismo

El catálogo de los antiguos dioses indios es inmenso; pero el panteón hindú moderno lo constituye la trinidad india o Trimurti: *Brahma*, *Siva* y *Vishnú*.

— *Brahma* es el creador del mundo, la personificación del Uno, del Absoluto. Por su carácter abstracto no es una divinidad popular, pues sólo dos templos le están dedicados con algunos santuarios más en la India meridional.

— *Siva*, por el contrario, es el destructor del mundo. Su figura es horrible. Se presenta con cuatro brazos y adornado con serpientes.

— *Vishnú*. Su figura también es grotesca y en postura ridícula. Lo más notable de este dios son sus encarnaciones: en pez, en tortuga, en león..., en Buda.

En la religión india se admiten también diosas, y son innumerables, tantas como dioses, pues son sus esposas..., y se cuentan entre la principales: *Parvati*, *Saki* y *Kali*... Además de las diosas y de la trinidad india, hay que añadir otras innumerables divinidades, completando el cuadro espíritus, demonios y fetiches de todas clases. Son adorados los animales, las piedras y los ríos, especialmente el *Ganges*, en el que se bañan y hacen sus abluciones para purificarse de sus pecados. Para ellos, la *vaca* es un animal sagrado e intangible.

¿Qué juicio hemos de dar del hinduismo?

Hemos de distinguir el pueblo y la religión en sí.

— *Por lo que hace al pueblo indio* podemos decir que es sin duda el más religioso de la tierra, rayando en el fanatismo por sus magnas procesiones, sus abluciones en el Ganges, sus grandes sacrificios de fakires y de sus ascetas.

— *Por lo que hace a la religión en sí misma*, repugna su politeísmo multiforme, pues son millones de dioses los existentes entre ellos..., y es que buscan al verdadero Dios, porque tantos no les satisfacen..., y repugna también la degradación e impureza de las divinidades mismas.

Los hombres de letras se preocupan del porvenir de su religión, y al parecer son ya varios los sectores que se preocupan por el Evangelio y por el conocimiento de Cristo que cada día los va atrayendo más.

Gandhi, el padre de la independencia del pueblo hindú admiró y ensalzó a Cristo y su moral, y el gran poeta Tagore dijo: «¡Oh, Cristo!, ¿por qué no has nacido entre nosotros? Los hindúes te hubiéramos recibido mejor».

El budismo

El *budismo* es la religión fundada por un príncipe indio llamado *Siddharta Gautama* y que a los treinta y seis años recibió el nombre de *Buda* (= el iluminado), por una *iluminación* que dijo había tenido.

Buda nació en la India sobre el año 560 antes de Cristo. Se casó a los dieciséis años y tuvo varias mujeres, y de la última tuvo un hijo; mas a los veintinueve años, hastiado de la vida disoluta y de placeres sensuales, convencido de la insuficiencia de todo lo terreno para la felicidad perfecta a que aspiraba, impulsado por los dioses, dejó a su mujer y a su hijo y se fue por el mundo como un mendigo.

Después de seis años de maceraciones halló alguna luz y entró en al India como predicador. Y por defender la igualdad entre los hombres y combatir la diferencia de castas, encontró allí muchos partidarios.

Buda modificó grandemente las doctrinas del brahmanismo, rechazó los Vedas y las castas y fundó órdenes monásticas, o más bien, como otros defienden, las fundaron sus seguidores.

La comunidad de monjes o bonzos son los verdaderos observantes de las enseñanzas de Buda, especialmente de su pobreza, castidad y meditación de su moral. Murió a los ochenta años, y más tarde se le divinizó.

Se reduce a esto: Toda la vida del hombre, desde su nacimiento hasta la muerte, está sujeta al dolor. La causa del dolor son las pasiones o deseos insaciables de los sentidos que son los que corrompen el cuerpo y la ignorancia entenebrecedora del entendimiento.

¿Cómo librarse del dolor? Mediante la mortificación de las pasiones, y por eso son necesarias las maceraciones del cuerpo y seguir el camino de la moral recta: obrar bien, creer, hablar y pensar bien, abstenerse de bebidas alcohólicas, practicar la continencia.

Todo esto conduce a librarse de la transmigración del alma o de reencarnaciones humanas inferiores (Samsara), y, en definitiva, a alcanzar el *nirvana*.

¿Qué es el nirvana?

El nirvana viene a significar «quietud y bienandanza absoluta», y equivale a la negación del «yo» o liberación de la existencia, pues el autor último de la existencia soy yo mismo. «Yo» me apego a la existencia, «yo» tengo sed de placer y ambiciona la vida... La liberación del yo es el nirvana.

Pero, ¿cómo se consigue el nirvana? El nirvana puede ser doble: *terreno* y *ultraterreno*. Si el nirvana es *terreno*, como éste viene a ser un estado de perfección, descanso, y de quietud, se consigue con la extinción de todas las pasiones y apetitos desordenados.

Esta es la aspiración de todo buen budista y especialmente de los bonzos, y por eso dejan todo en el mundo y se retiran al cenobio y llevan vida de austerísima pobreza, de castidad y meditación, mas a pesar de esta vida de austeridad son pocos los que pueden conseguir tal quietud y paz anhelada.

Si el nirvana es *ultraterreno* y eterno, la final bienaventuranza se obtiene por la absorción o disolución de nuestro «yo» en el «yo» universal. Esto es una concepción panteísta. De este modo, el hombre es como una emanación del gran ser, que dura poco tiempo y luego desaparece en el gran todo.

¿Opinan hoy así todos los budistas?

No, pues hay quienes no se resignan a ese aniquilamiento personal absoluto, y para ellos no se debe considerar el «nirvana» como la «nada», y si bien la palabra «nirvana» etimológicamente tiene el significado de «expirar, exhalar, extinguirse», en la última

etapa, la conciencia *exhala* del mundo de la contingencia para unirse con el Brahman.

Con el «nirvana» cesa el sufrimiento, y tal «nirvana» constituye para muchos de ellos una suerte de felicidad en un lugar remoto e invisible, adonde emigra el santo envuelto en una aureola de llamas, como en magnífica apoteosis.

Código moral de Buda

Este código tiene algunas máximas dignas de la religión cristiana, como es ésta: «Destruid el mal, fomentad el bien, purificad vuestro corazón».

Buda prohibió el homicidio, el hurto, la lujuria, la mentira, las bebidas alcohólicas, y mandó el amor al prójimo y la libertad y no dañar a los animales.

Entre los muchos pensamientos buenos, tiene la nota triste de que todo viene a «acabar con la muerte» y el hombre se resuelve en la nada.

Extensión del budismo

Por espacio de quince siglos estuvo muy extendido en al India, pero luego cayó allí en el abandono y hasta se ha borrado de su memoria. Hoy pertenecen a él, en su mayoría, Tibet, China, Japón y también Indochina, Corea, Ceilán, Birmania..., pudiendo decir que el budismo tiene el mayor número de adeptos, exceptuando el cristianismo. En conjunto tendrá 500 millones o más.

La antigua religión del Japón se llamó *Shintoísmo* o *Shinto* (camino de los dioses), a la que se le añadió en el siglo VI después de Cristo, por el influjo de los chinos, el *butsudo*, camino de Buda.

En la actualidad conviven allí ambas religiones con sus propios cultos y templos.

Juicio sobre el budismo

No hay que dudar que en el budismo hay cosas buenas y excelentes como son las normas morales dichas, y según dice el Vaticano II: «la Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NA 2).

Aunque la moral budista cause admiración y merezca encomio,

sin embargo, hemos de reconocer que es una religión sin dogmas, sin los más esenciales, como son Dios y el alma inmortal.

La doctrina de Buda se queda en un plano muy natural y meramente filantrópico, y en ella no se halla siquiera una palabra que lleve a los hombres a Dios, y para algunos aparece como si fuera ateo, y aunque su doctrina tiene algunos aspectos acertados en la diagnosis del sufrimiento y en su terapia psicológica, como pone en duda la existencia de Dios y de la vida futura, no puede procurar al hombre ninguna verdadera satisfacción.

De aquí que algunos budistas no se resignan, como dijimos, a la desaparición del hombre, del «yo», viéndose movidos por una fuerza interior de la conciencia que los lleva, sin conocerlo, al verdadero Dios, y es como la aspiración de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansen en Ti».

El judaísmo o religión mosaica

Esta religión es el conjunto de los dogmas y mandamientos revelados al pueblo hebreo por ministerio de Moisés.

La religión judaica es la misma religión primitiva perfeccionada. La revelación primitiva fue la dada por Dios a los patriarcas.

1) *El dogma* o principales verdades reveladas son: la existencia de un solo Dios, su Providencia, su infinita perfección, la creación del mundo, la formación del hombre a imagen de Dios; su destino sobrenatural; la caída del primer hombre y el pecado original; la promesa de un Redentor.

2) *La moral* de esta religión primitiva comprendía la ley natural, formulada más tarde en el Decálogo, y se venía a reducir a los diez mandamientos.

Tenían preceptos positivos tales como: los sacrificios ofrecidos como figura de la Redención; la santificación del día séptimo.

3) *El culto* de la religión primitiva consistía en la oración y en el sacrificio.

La religión mosaica hace resaltar de un modo especial la «unidad de Dios» y la «expectación de un Mesías», como puede verse anunciada por los profetas.

La historia del pueblo judío o pueblo de Israel, que empieza con Abraham, su establecimiento en Palestina..., la historia de su hijo Isaac y de Jacob y de José..., su establecimiento en Egipto, su liberación por Moisés, la promulgación del Decálogo, etc., puede verse en *Biblia E. E.* a partir de la página 61.

Es islamismo

La religión musulmana recibe los nombres de *Mahometismo* por su fundador, llamado *Mahoma*, y de *Islamismo* (= sometido, entregado a Dios), lo que equivale a monoteísmo.

De *Mahoma*, autor de esta religión, diremos brevemente que nació en la Meca, hacia el año 510 de la era cristiana, pasó su juventud en el comercio, se hizo luego reformador religioso, y se dio por inspirado y profeta del único Dios verdadero.

La era de Mahoma comienza el año 622 de la nuestra, o sea, de la era cristiana, en que huyó de la Meca a Medina (la égira o huida) para formar la unidad árabe por medio de la religión.

Prometió a los pueblos rudos, entre quienes vivía un cielo de deleites carnales, les permitió la poligamia y los llevó a la guerra, para extender a la vez su religión y el poderío. Profesó el *fatalismo*, o sea, la creencia en un destino inevitable, y puso el centro de su religión en la Meca, adonde instituyó peregrinaciones. Murió el año 632.

La doctrina de Mahoma

Esta se recopiló en el *Korán*, el libro sagrado del Islamismo. Consta de 114 suras o capítulos, redactado después de su muerte y es un conjunto de cosas dispares, mezcla del cristianismo y del judaísmo, y puede reducirse su doctrina a estos puntos:

1) Unicidad de Dios: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta»; 2) la oración, que se practica cinco veces al día, vueltos de cara a la Meca; 3) el ayuno o abstinencia de comer, beber y modernamente, fumar durante las horas de sol de un mes al año (el Ramadán); 4) peregrinación, por lo menos una vez en la vida, a la Meca; 5) zakaat o diezmo, con que todo musulmán ha de contribuir para la guerra santa; también mantuvo antiguas prácticas, como la prohibición de comer carne de cerdo, bebidas alcohólicas y juegos de azar y el mantenimiento de la poligamia.

El Islamismo admite a Moisés, a los profetas, y a Jesucristo superior a ellos, pero por encima de todos, a una altura inasequible, está Mahoma.

Extensión del islamismo

Mahoma, a pesar de ser llamado por muchos péfido y avaro, profeta sin profecías y haber hecho crueles matanzas de judíos, y además de su índole y carácter sensuales, su sed de venganza y carencia absoluta de prodigios sobrenaturales, supo entusiasmar y unir las pobres y dispersas tribus árabes con la promesa de goces sensuales y le vieron como a un enviado de Dios, y al desaparecer de este mundo, lo supusieron como ascendido al cielo, al igual que Jesucristo.

Los árabes, hoy en las guerras, se muestran fanáticos y crueles, por su idea del destino y por la opinión de que la fe se ha de extender con la espada y el fuego.

Los sucesores de Mahoma se llamaron califas, y emprendieron grandes conquistas, extendiéndose rápidamente por Asia, África y Europa. Invadieron muy pronto España y llegaron hasta Francia, donde los detuvo Carlos Martel.

Juicio sobre el islamismo

No se puede negar que Mahoma fue una gran personalidad por el solo hecho de haber podido sacar del ostracismo y de la más profunda abyección a unas tribus miserables, ignorantes e incultas y de haber constituido con ellas un imperio.

Su idea obsesionante fue el culto al único Dios verdadero, y el Korán tiene altos conceptos y alabanzas a la divinidad. Mahoma aparece como genio religioso, pero fue en realidad *un iluso* por tomar por verdaderas visiones y revelaciones lo que habían sido sólo meras imaginaciones, y así las juzgaban sus contemporáneos, y su voluptuosidad y crueldad no están a la altura de la dignidad de un profeta y enviado de Dios.

No tenemos pruebas para demostrar que su religión sea sobrenatural y revelada.

EL CRISTIANISMO

El Cristianismo fue fundado por Jesús de Nazaret el Cristo Mesías, llamado también Jesucristo.

Nació en Belén de Judá, de la Virgen María y conforme a las profecías, hacia el año 750 de la fundación de Roma, durante el imperio de César Augusto, y siendo Cirino gobernador de Siria. ú

Fue contemporáneo de Séneca, de Lucano, de Filón y de Flavio Josefo. Éste nos habla de Él en su libro *Antigüedades Judaicas*.

Jesucristo vivió durante su juventud y hasta los treinta años en Nazaret, y luego dedicó tres a predicar su doctrina, demostrando con sus profecías y milagros, especialmente el de su resurrección, que era no solamente un hombre, sino Dios a la vez (pág. 149 y ss.).

En los Evangelios podemos ver su nacimiento milagroso y su doctrina en compendio, su vida, su pasión, muerte y resurrección. También puede verse la fundación de su Iglesia con el fin de agrupar a todas las naciones y salvarlas. Él, pues, es verdadero Dios y verdadero hombre, el Redentor y Salvador del mundo.

La doctrina de Jesucristo es la que nos da solución a todos los problemas que el hombre hoy se plantea sobre su origen y su destino..., y esta doctrina que es la de la «religión católica» se halla en el libro sagrado de *la Biblia*, cuya interpretación auténtica corresponde al Magisterio Supremo de la Iglesia por Él fundada. Véase el breve resumen de su vida (pág. 137 y ss.).

No hay más que una sola religión verdadera

Algunos dicen: «Todas las religiones son buenas»; pero esto no es cierto. La razón por la cual no puede haber más que una religión buena y verdadera es porque no hay más que un solo Dios y una sola manera de honrarle.

La religión verdadera tiene unos mismos dogmas, una misma moral y un mismo culto establecido por Dios, y si Él ha establecido una manera de servirle, no se le puede servir de manera diferente.

Como nota A. Hillaire: «Si dos religiones son igualmente verdaderas, tienen el mismo dogma, la misma moral, el mismo culto; entonces ya no son distintas».

Si son distintas, no pueden serlo sino por enseñar doctrinas diferentes acerca de una de estas materias y, en este caso, ya no son igualmente verdaderas. Por ejemplo, a esta pregunta: ¿Jesucristo es Dios? Sí, dice el católico; puede ser, dice un protestante racionalista; no, contesta un judío y lo mismo afirma el testigo de Jehová; es profeta como Mahoma, añade un musulmán... Estos hombres no pueden tener razón a la vez; evidentemente, uno sólo dice la verdad. Luego las religiones que admiten aunque sólo sea «una sola verdad dogmática diferente» no pueden ser igualmente verdaderas. Y lo que decimos del dogma, hay que decirlo de la moral y aún del culto en sus prácticas esenciales.

Cuando los protestantes dicen: Nosotros servimos al *mismo Dios* que los católicos, luego nuestra religión es tan buena como la suya —contestamos: Indudablemente, vosotros servís al mismo Dios, puesto que no hay más que uno para todos, pero no le servís de la *misma manera*, no le servís *en la forma con que Él quiere ser servido*. Ahí está la diferencia... Dios es el Señor, y el hombre debe someterse a su voluntad.

No se diga: «Todas las religiones son buenas». ¿Acaso lo son todas las monedas? ¿No hay que distinguir entre las verdaderas y las falsas? Lo mismo sucede con la religión, y las falsas suponen la verdadera.

Decir que todas las religiones son buenas es tomar a Dios por un ser *indiferente* para la verdad y para el error. Se supone que Dios puede amar con igual amor al cristiano que adora a Jesucristo, que al mahometano que le insulta, o que bendice al católico que adora a Jesucristo presente en la Eucaristía, y sonrío a los que se burlan de este misterio...

Una religión para ser buena debe agradar a Dios, y como Dios es la Verdad, una religión falsa no podría agradarle. Es evidente que dos cosas contradictorias no pueden ser verdaderas, porque la verdad es una, como lo es Dios, y Él no se contradice.

Si la Iglesia ha recibido de Jesucristo la misión de interpretar

la Biblia y de explicárnosla debidamente, no queda a la voluntad de cada uno el interpretarla a su manera.

También algunos dicen: Un hombre honrado no debe cambiar de religión y debe seguir la de sus padres. A esto diremos: cada uno puede y debe seguir la religión de sus padres, si esta religión es la verdadera; pero si es falsa, debe abandonarla. Si el padre de uno es ignorante, ¿será necesario permanecer en la ignorancia como él? Lo propio es investigar en caso de duda cuál sea la verdadera.

¿CUAL ES LA RELIGIÓN VERDADERA?

Palabras del Concilio Vaticano II:

«Creemos que la única religión verdadera subsiste en la Iglesia católica y apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la obligación de difundirla a todos los hombres» (DH. 1).

«La verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales los hombres se exponen mutuamente la verdad que han encontrado o juzgan haber encontrado para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse a ella con el asentimiento personal» (DH. 3).

La verdadera religión es la que nos viene de Dios, la que Dios mismo nos ha revelado.

A este propósito dice el Conc. Vaticano I: Puesto que el hombre depende todo entero de Dios, su Creador y Señor, y que la razón creada está completamente sujeta a la Verdad increada, *cuan-do Dios revela estamos obligados* a someterle plenamente nuestra inteligencia y nuestra voluntad por la fe.»

He aquí las pruebas en favor de la divinidad de la religión católica:

1) *El cumplimiento de las profecías y los milagros obrados por Jesucristo*, son señales ciertas e infalibles y sello de su divinidad (Véanse en los Evangelios.)

2) *Los millares y millares de mártires* que ofrendaron su vida para dar testimonio de la religión católica y de las verdades de la Fe.

3) *La propagación de la misma religión*, pues siendo anunciada al mundo con medios muy pobres, por unos pocos hombres de

condición humilde... y habiéndose *conservado y perseverado* a pesar de tantos obstáculos, herejías y persecuciones crueles y sangrientas, y habiéndose extendido *predicado austeridad y vencimiento de pasiones*, la Iglesia católica y apostólica es la única verdadera.

4) *La persona de Jesús*, supera a todos los demás fundadores de religiones.

Jesús y los fundadores de religiones

Algunos han querido considerar a Jesús como un fundador más, junto a Buda, Confucio, Mahoma, etc.; pero es necesario reconocer que entre Él y los demás fundadores de religiones existe una diferencia esencial, pues es enteramente distinto:

1.º Por el prestigio del Evangelio y porque su religión es universal que abarca todos los continentes, mientras que las demás religiones fundadas se extienden solamente por zonas limitadas.

2.º Por la Persona misma de Jesús, porque Sólo Él es Dios y hombre a la vez. ¿Quién ha obrado como Jesús los milagros tan extraordinarios para demostrar que es Dios y que su misión era divina? ¿Quién ha muerto y ha resucitado como Él demostrando ser dueño de la vida y de la muerte?

Uno que recite el Credo católico, el símbolo de la fe de los apóstoles, o sea, en los comienzos del mismo cristianismo, no podrá menos de ver que la persona de Jesús es distinta totalmente de la de los fundadores de otras religiones.

«Creo... en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de la Virgen María..., crucificado, muerto y sepultado. Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos..., y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos».

Ningún otro fundador de religiones se le puede equiparar: sólo Él procede del Padre y es uno con Él (Jn. 10, 30)... Él reivindicó el título de Mesías prometido en el A. T. al decir: «*Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc. 4, 17-18). Hasta los demonios reconocen su poder...

La religión de Jesús toma su origen allá arriba, pues Él bajó del cielo: «*Yo soy el pan vivo bajado del cielo*» (Jn. 6, 51); todas las demás religiones lo tiene de aquí abajo... (Véase: «*El cristianismo y las religiones de la tierra*» del Card. König).

OTROS TRES TEMAS INTERESANTES

- 1.º La moral predicada por Jesucristo.
- 2.º Los sacramentos instituidos por Jesucristo.
- 3.º El compromiso cristiano.

1.º LA MORAL PREDICADA POR JESUCRISTO

Principios básicos:

— *Moral católica* es un conjunto de normas o reglas que dirigen nuestras acciones o actos humanos en orden al bien y a la perfección. Estas normas son: *la ley y la conciencia*.

— *La ley de Dios* son los mandamientos divinos, verdaderas leyes morales o normas de nuestras acciones, porque determinan claramente lo que es bueno y lo que es malo.

— *La conciencia* es una voz interior que nos manda hacer el bien y nos prohíbe hacer el mal. La conciencia nos acusa o desaprueba nuestras obras si son malas, y las aprueba o aplaude si son buenas. Dios es el que nos habla por medio de nuestra conciencia.

— El autor del Decálogo o los diez mandamientos es Dios, pues de Él traen origen.

— Él los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2, 14-15).

— Los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20).

— Jesucristo los confirmó y perfeccionó (Mt. 5, 10).

¿Qué doctrina predicó Jesucristo?

Jesucristo predicó el dogma o lo que hemos de creer y la moral o lo que debemos practicar.

Empezó revelándonos que Dios es nuestro Padre (Mt. 6, 9), y que habíamos de creer en Él «que le había enviado» (Jn. 6, 9), y en su doctrina que era la de Dios (Padre), pues dijo: «*Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado*» (Jn. 7, 16), y dijo a los judíos que «*investigaran las Escrituras que hablaban de Él*» (Jn. 5, 39), y que la doctrina que Él predicaba se condensaba en lo que decían

la Ley y los profetas, o sea, *en el amor a Dios y al prójimo* (Mt. 22, 40).

Jesucristo nos enseñó nuestras relaciones para con Dios y para con los demás hombres, que es la base de la moral católica.

Los mandamientos, fundamento de la moral

Los mandamientos de la Ley de Dios son los mismos que Dios reveló a Moisés en el monte Sinaí y que le entregó en dos tablas de piedra, y los que Jesucristo perfeccionó en el Nuevo Testamento.

Éstos no son en sustancia otra cosa que los «preceptos de la ley natural» impresos por Dios en el alma de cada hombre, y por lo mismo obligan a todos los hombres de todos los pueblos, y son valederos para todos los tiempos y lugares, constituyendo a su vez el fundamento de toda la moral individual y social.

Jesucristo les perfeccionó en cuanto los llevó a la plenitud del amor: amor a Dios y al prójimo.

La moral de Jesucristo es elevada y mira a la vida futura.

Cuando un joven rico se le acercó a Jesús y le preguntó que tenía que hacer para alcanzar la vida eterna, Jesús le contestó: *«Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos»*.

Notemos que luego el joven le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús respondió: *No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no levantarás falso testimonio; honra a tus padres, ama al prójimo como a ti mismo...*

Y como el joven contestase que todos los había guardado desde su juventud, le invitó a seguirle por el camino de mayor perfección, desprendiéndose de sus riquezas... (Mt. 19, 16 ss.).

El tema central de la predicación de Jesucristo fueron los mandamientos de la Ley de Dios, pues insistió dando otros muchos preceptos complementarios o explicativos de los diez mandamientos.

- Mandó amar a los enemigos y rezar por ellos (Mt. 5, 44).
- Condenó la avaricia (Mt. 6, 19-24).
- Prohibió los juicios temerarios (Mt. 7, 1 ss.).
- Condenó el adulterio, aun cometido interiormente (Mt. 5, 27 ss.).
- Prohibió el divorcio (Mc. 10, 2-12).
- El escándalo contra los inocentes (Lc. 9, 46-48), etc. etc.

Jesucristo pidió que se confiase en su Providencia y que no nos inquietásemos por los bienes de la tierra, que buscásemos ante todo el reino de Dios y su justicia y lo demás se nos daría por vida que en ésta, porque *en la hora que menos pensemos vendrá* añadidura (Mt. 6, 25 ss.), y debemos vivir pensando más en la otra *el Hijo del hombre* (Mt. 4, 44)...

El apóstol diría después: *«No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13, 14)...

El cristiano debe evitar el pecado

Todos debmos vivir en amistad con Dios, pero especialmente el cristiano conociendo el valor de la gracia. *«El que comete el pecado es esclavo del pecado»* (Jn. 8, 34).

El pecado, dice San Juan, *es la transgresión de la ley de Dios* (1 Jn. 3, 4), *es oponerse a la voluntad de Dios, la cual se nos manifiesta en sus mandamientos*. El hombre es libre y por eso Jesucristo habla también de premios y castigos.

El pecado, si es mortal, es una gran ofensa hecha a Dios, que trae consigo la pérdida de la gracia santificante y de todos los méritos para el cielo...

El remedio que tenemos para salir del pecado es confesión sacramental... o bien *la contricción perfecta* con propósito de confesarse.

La conversión del pecador

La conversión es una vuelta a Dios del que estaba alejado de Él. El Señor por los profetas nos dice: *«Convertíos a mí y seréis salvos»* (Is. 45, 22). *«Si el impío se aparta de sus iniquidades y guarda todos mis mandamientos..., todos los pecados que El cometió no le serán recordados»* (Ez. 18, 21-22).

Jesucristo predicó la penitencia, y así al empezar ya su vida pública dijo: *«Arrepentíos y creed en el Evangelio»* (Mc. 1, 15)... y poco antes de subir al cielo, en sus últimas instrucciones dijo a sus apóstoles que *«se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados»* (Lc. 24, 47).

Los mandamientos (código de la felicidad) y *las Bienaventuranzas* (código de la perfección) son los puntos básicos de la moral predicada por Jesucristo... Los profetas repiten e insisten en el cumplimiento de los mandamientos divinos para que los pueblos sean felices (Dt. 5, 29).

2.º LOS SACRAMENTOS INSTITUIDOS POR JESUCRISTO

Principios básicos:

1) *Los sacramentos en sentido estricto* son los instituidos por Jesucristo. Éstos son siete, ni más ni menos como se definió en el Concilio de Trento.

He dicho *«en sentido estricto»*, porque en sentido amplio podemos dar el nombre de «sacramento» a Cristo y a su Iglesia.

— *A Cristo se le ha llamado sacramento primordial o protosacramento* por ser Él instrumento de nuestra salvación por haber asumido una naturaleza humana (LG. 8) y haberse manifestado en Él «la gracia salvadora de Dios a todos los hombres» (Tit. 2, 11), y ser la «imagen de Dios invisible» (Col. 1, 15). Por esto «quien ve a Jesús, ve al Padre» (Jn. 14, 9), y quien toca a Jesús, aunque sólo sea el borde de su manto, queda curado porque de Él «emanaba como una fuerza que los curaba a todos» (Lc. 6, 19)...

— *La Iglesia también es «sacramento»* o instrumento de Cristo para realizar la unión de todos los hombres con Dios y entre sí (LG. 1).

La Iglesia, pues, es sacramento en cuanto que es señal o instrumento de salvación, ya que en ella y mediante ella los hombres se unen con Dios en Cristo que nos confiere la gracia de unión y reconciliación.

Ahora Jesús se hace visible y palpable a través de la Iglesia, prolongando su presencia salvadora no corporalmente como antes, sino mediante los signos o manifestaciones visibles de su poder divino que son los sacramentos.

2) *Lugares del N. T. donde se habla de los sacramentos.*

— *Bautismo*: Mt. 28, 19; Mc. 16, 16; Jn. 3, 5.

— *Confirmación*: Hech. 8, 17; 19, 6.

— *Eucaristía*: Mt. 26, 26; Lc. 22, 19; 1 Cor. 11, 24.

— *Penitencia*: Jn. 20, 23; Mt. 18, 18.

— *Unción de los enfermos*: Mc. 6, 13; Sant. 5, 14.

— *Orden*: 1 Tim. 4, 14; 2 Tim. 1, 6.

— *Matrimonio*: Mt. 19, 6; Ef. 5, 31-32.

3) *¿Qué son los sacramentos?* Son unas señales exteriores y sensibles, instituidas por N. S. Jesucristo para producir la gracia en nuestras almas y santificarnos.

Decimos que son unas señales «exteriores» porque las vemos con nuestros ojos, vg. el *agua* en el bautismo, el *crisma* con la imposición de la mano en la confirmación, etc.

Y Dios ha querido por estas cosas sensibles que los sacramentos causen y den gracia a los que dignamente los reciben. Los sacramentos son canales por donde recibimos la gracia santificante.

4) *Los sacramentos dan la gracia.* Y esto lo dice claramente la Sagrada Escritura, y puede verse en los textos citados, sin que nos conste expresamente con relación al matrimonio.

Hay sacramentos que claramente nos dicen que causan la gracia, como dicen los teólogos, «*ex opere operato*», es decir, «*por la obra realizada*», y esto quiere decir que el sacramento en sí considerado, prescindiendo de los méritos de la persona que lo administra, causa la gracia por la virtud que el mismo Cristo le comu-

nica con tal de no poner obstáculo, como sería comulgar en pecado mortal...

Textos explícitos los tenemos en estos sacramentos: el *Bautismo* (Jn. 3, 5); *Confirmación* (Hech. 8, 18); *Orden* (2 Tim. 1, 6)... y aunque no haya textos tan explícitos como éstos sobre los demás sacramentos, se deduce también por analogía con éstos.

5) *Jesucristo es el autor de los 7 sacramentos*. La Biblia nos da testimonio de que Él los instituyó.

De algunos aparecen claros testimonios en ella: Del *bautismo* (Mt. 28, 19; Jn. 3, 5); de la *Eucaristía* (Mt. 26, 26; Lc. 22, 19), de la *Penitencia* (Jn. 20, 23); del *Orden* (Lc. 22, 19) y del *matrimonio* (Mt. 19, 6)...

De los otros sacramentos no se habla claramente; pero nos consta que existían en tiempo de los apóstoles y como éstos, así como sus sucesores, no son más que *dispensadores y administradores de los misterios de Dios*, y no autores (1 Cor. 4, 1), síguese que Jesucristo instituyó todos los sacramentos, y Él, Dios y hombre, es el que ha dado a éstos la virtud de conferir la gracia que Él nos mereció con su Pasión, Muerte y Resurrección.

Los sacramentos son acciones de Jesucristo. Cuando el sacerdote administra los sacramentos es Cristo el que los administra... y a través de ellos nos da la gracia.

— *La gracia sacramental*. Los sacramentos, cada uno según su fin especial, producen, además de la gracia santificante, común a todos, gracias particulares, llamadas «gracias sacramentales», porque son propias de cada sacramento. Así se comprende la pluralidad de sacramentos. De no producir cada uno gracias especiales, bastaría un solo sacramento.

6) *Los elementos de todo sacramento son cuatro*:

a) *La materia* que se emplea (o sea, una cosa o acción sensible, vg., el *agua* en el *Bautismo*).

b) *La forma o palabras* que pronuncia el ministro, vg., en el *Bautismo*: «Yo te bautizo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

c) *El ministro* que lo realiza.

d) *El sujeto* que lo recibe.

7) *Sacramentos de vivos y de muertos*. El *Bautismo* y la *Penitencia*, que son los más necesarios para salvarnos, se llaman «*Sacramentos de muertos*», porque dan la vida espiritual a los que están muertos cuanto al alma, o sea, privados de la gracia.

Los otros cinco sacramentos aumentan la gracia, y se llaman «Sacramentos de vivos», porque el que los recibe debe tener la vida de la gracia.

El que recibiere, pues, uno de estos sacramentos sabiendo que no está en gracia de Dios cometería un grave sacrilegio.

8) *Sacramentos que imprimen carácter.* Hay tres sacramentos que imprimen *carácter*, o sea, una *señal* o *sello* espiritual en el alma que no se borra jamás, y no se pueden recibir más que una sola vez. Estos son: *el Bautismo, la Confirmación y el Orden Sacerdotal.*

La Iglesia prolonga la salvación de Cristo...

La misión de la Iglesia como prolongación de Cristo glorificado, es introducir a los hombres en la salvación, y ésta se realiza por el cumplimiento del mandato de Jesús: *Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...* (Mt. 28, 19).

En virtud de este mandato la Iglesia predica la divina palabra y a los que crean y se conviertan les administra la salvación por medio de los sacramentos...

La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la tierra, nace cuando nacen los sacramentos, y podemos decir que cuando los sacramentos son instituidos nace la Iglesia. Sin sacramentos no hay Iglesia, y sin Iglesia tampoco hay sacramentos.

*Nuestra vida cristiana, toda entera
está marcada por los sacramentos*

- *Por el bautismo* el hombre nace a la vida de hijo de Dios.
- *En la confirmación* es consagrado para Dios...
- *En la Eucaristía* es alimentado y aceptado como ofrenda grata al Padre...
- *Por la Penitencia* se restaura o aumenta la vida divina...
- *Por la Unción de los enfermos* recibe consuelo y fortaleza en la enfermedad...
- *Por el Orden o el Matrimonio* acepta un estilo de vida que lo marca para el ministerio sacerdotal... o lo hace signo del amor de Dios y lo encauza a crear y educar hijos para el cielo.
- *Por el Viático o última Eucaristía* consuma su paso por el mundo y entra en la vida futura.

Amemos los sacramentos porque son signos sagrados de Cristo; a Él se remontan todos. Él los concibió y lo escogió. Él los llenó de gracia y de vida. Él los confió a su Iglesia para que ésta los custodiase. Él sigue administrándolos por medio de sus ministros...

Nosotros debemos meditar con frecuencia la gracia que recibimos por medio de ellos.

3.º EL COMPROMISO CRISTIANO

El compromiso cristiano es una consecuencia que nace del verdadero conocimiento de Cristo y de su doctrina, pues una vez conocido y sabiendo cuál es su voluntad, se impone el seguirle, y como El nos lo pide: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame» (Lc. 9, 23).

Ya hemos visto la moral predicada por Jesucristo, pues ésta es la que hemos de practicar, pues el compromiso cristiano nos conduce a seguir sus enseñanzas con relación a Dios y a nuestros prójimos.

El cristianismo no es una ideología abstracta, sino algo concreto, enunciados doctrinales concretos en torno a la persona de Jesús, verdades que afirman aspectos reales de su persona, de su vida, de su obra redentora.

El cristianismo no hay que reducirlo a la creencia de un dogma determinado o a un solo mandamiento vg. ser casto o ser caritativo o justo, o bien a un acto de culto, como el ir a Misa...

El cristianismo es profesar toda la doctrina predicada por Jesucristo, y esto supone abnegación. Ser cristiano sin abnegación es un cristiano muy de moda...

El querer disfrutar de todos los placeres que reclaman las pasiones, es un cristianismo falso opuesto al espíritu del Evangelio.

(Estúdiense los temas anteriores: *¿Quién es Jesucristo? ¿Qué es la fe cristiana...?* y entonces comprenderemos cuál debe ser el compromiso de un cristiano.)

¿Qué es ser cristiano?

Un cristiano es el *hombre nuevo*, transformado por el bautismo, que vive la vida de la gracia y que sabe luchar por mantenerse en ella, como seguidor de Cristo.

«El verdadero cristiano, fruto de la educación cristiana, es el hombre sobrenatural que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón, iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo... El verdadero cristiano debe vivir vida sobrenatural en Cristo... y manifestarla en todas sus operaciones» (Pío XI. Div. Illius Mag.).

San Jerónimo dijo: «Cosa grande es ser cristiano en realidad, y no sólo parecerlo». El cristiano debe vivir como tal y procurar serlo. Su actitud frente al mundo seductor debe ser firme y no

una veleta movida por todos los vientos de doctrinas seductoras y vanas. ¡Conducta recta, sin el menor desvío! Tengamos presentes estos ejemplos:

1) *Don Andrés Manjón*, que durante sus estudios en Valladolid pasaba como prototipo del cristiano firme e impertérrito en medio de aquel mar agitado de liberalismo y revolución, solía repetir: «Somos o no somos? ¿Somos hombres que defienden a la Iglesia y a la Patria en todas partes sin miedo a nadie ni a nada, o simples mujerzuelas que nos escondemos cobardemente por miedo a unos cuantos que vocean, sin que haya nadie que tenga valor para salir al paso y hacerles retroceder?...».

2) *Carpo* es conducido ante el procónsul. «¿Cómo te llamas?», le pregunta éste. «*Cristiano* es mi nombre principal. ¿Quieres saber el nombre que llevo en el mundo? Me llamo *Carpo*». Le invitan a ofrecer sacrificio a los dioses. Él impertérrito contesta: «Soy cristiano. Adoro a Cristo, el Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos vino para traernos la salvación y arrancarnos de las insidias del diablo». En medio de los tormentos, mientras le quedaron fuerzas, siguió repitiendo: «Soy cristiano».

El compromiso cristiano nos pide llevar a Cristo con su fe a través de los tiempos. A los que preguntan si es *fácil o difícil* ser cristiano, hemos de responderles: Es fácil si tomamos nuestros deberes superficialmente... pero así será difícil en el juicio; es difícil si cumplimos debidamente... pero será fácil en el juicio. El *deber* del cristiano es conformar su vida a la de Cristo, mediante su imitación, mediante el sacrificio y mediante su gracia, que no le ha de faltar para triunfar.

¡Dichoso el que tiene la vista fija en las alturas, sin que se empañe por las cosas de abajo!

«Los cristianos, ya por su mismo nombre, pertenecen a Cristo» (San Agustín).

ÍNDICE

	Prólogo	5
	Introducción a la Biblia y a la Teología	6
I	¿QUÉ ES LA TEOLOGÍA?...	9
II	¿EXISTE DIOS? Corrientes racionalistas y ateas...	13
III	¿QUÉ ES LA REVELACIÓN SOBRENATURAL?... Dios nos ha hablado	25
IV	¿QUÉ ES LA SAGRADA TRADICIÓN?	29
V	¿QUÉ ES LA BIBLIA O SAGRADA ESCRITURA? La ins- piración... Dificultades...	31
	El estudio de los Evangelios. Su historicidad	47
VI	¿QUÉ ES LA IGLESIA Y SU MAGISTERIO? Historia de la Iglesia (resumen)	57
VII	¿QUIÉN ES JESUCRISTO? Cuestiones principales acer- ca de Jesucristo. Su divinidad. Misterio de la Stma. Tri- nidad. Resurrección de Jesucristo. Diversas pruebas... ¿Qué dicen los sabios de Jesucristo?	63
VIII	¿QUÉ ES LA FE CRISTIANA?	93
IX	FIN DEL HOMBRE... ¿QUÉ HAY MAS ALLA DE LA MUERTE? La teología del más allá... El porqué del dolor de la muerte	97
X	¿CUAL ES LA RELIGIÓN QUE DEBO PROFESAR?	103
	— Fenomenología del hecho religioso.	
	— Conceptos materialistas de la religión.	
	— La comparación de las religiones.	
	RELIGIONES EXISTENTES EN EL MUNDO. Las no cristianas. Judaísmo y cristianismo. ¿Cuál es la religión verdadera? Jesús y los fundadores de las religiones	107
	Otros temas interesantes	119
	1) La moral predicada por Jesucristo.	
	2) Los sacramentos instituidos por Jesucristo.	
	3) El compromiso cristiano.	

ALGUNOS DE LOS LIBROS DEL AUTOR

Santa Biblia ilustrada y Comentada: En 19 × 26 con 356 pág. y más de 200 ilustraciones de Gustavo Doré. Pastas duras a todo color y plastificadas.

La Biblia más Bella: Con 80 pág. de preciosos dibujos a todo color y letra grande para niños pequeños.

El Catecismo más Bello: Con preciosos dibujos en colores y letra grande para niños que se preparan para la primera comunión.

El Catecismo ilustrado: Formato 18 × 26 con 160 pág. y más de 70 preciosas ilustraciones a toda página en colores. Es considerado como el mejor de los Catecismos por su doctrina y la preciosidad de las ilustraciones cuya sola vista instruyen a niños y mayores.

Jesús de Nazaret: Preciosa vida de Cristo ilustrada. Con 120 pág.

Diccionario de Espiritualidad: Con 366 pág. de dichos y sentencias de la Sagrada Escritura y los SS. Padres.

El Pueblo pide Sacerdotes Santos, no Vulgares: Precioso libro para regalar a los sacerdotes y a los que se preparan para recibir ese sacramento.

Seré Sacerdote: Librito destinado a promover las vocaciones sacerdotales.

Florilegio de Mártires (1936-1939). El ejemplo de los que dieron su vida heroicamente por la fe es algo siempre vigente que nunca se debe olvidar.

La Matanza de los Inocentes (El Aborto). El gran crimen de nuestro tiempo.

Vamos de Camino, hacia nuestra morada eterna.

No Pierdas la Juventud: Consejos a los jóvenes de hoy.

Pedro Primer Papa: Trata del primado de Pedro y contiene la lista de todos los Papas.

Historia de la Iglesia: En preparación.

Matrimonio: Preparación para recibir este sacramento.

Los Testigos de Jehová: Su doctrina y sus errores y otras sectas.

Misiones Populares: Lo que diría un misionero hoy.